

ENDNOTES 2



Miseria y forma-valor

Originalmente publicado en inglés en *Endnotes #2: Misery and the Value Form* (2010)

Cita de la contraportada: MARX, *Capital* vol. 3 (MECW 37), p. 263 (traducción modificada).

Ediciones Extáticas

edextaticas@riseup.net / edicionesextaticas.noblogs.org

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual.

De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en octubre de 2022.

Crisis de la relación de clase

¡SÍ, HABRÁ CRECIMIENTO EN PRIMAVERA!

La historia de la sociedad capitalista es la historia de la reproducción de la relación de clase capitalista. Es la de la reproducción del capital como capital y, en cuanto correlato necesario, la de la clase obrera como clase obrera. Si partimos del supuesto de que la reproducción de esta relación no es inevitable, ¿qué posibilidades hay de que *no* se reproduzca?

Por un breve instante, la crisis reciente parecía presentarnos un atisbo de esa no-reproducción: el fenómeno de las retiradas masivas de fondos regresó al núcleo capitalista, muchos países se vieron sumidos en una oleada de disturbios por los precios del combustible y de los alimentos, los mercados bursátiles se tambalearon y las grandes empresas presentaron expedientes de quiebra, la economía islandesa se derrumbó, el mundo entero entró en la peor crisis desde el crack del 29, la insurrección hizo arder Grecia y en el Reino Unido resurgieron modalidades de lucha de clases que no se habían visto en décadas. Por unos meses se lanzaron palabras vacías acerca de un retorno de Marx y los economistas *mainstream* se hicieron catastrofistas, antes de que se volviera a hablar de «brotes verdes» y comenzara a asentarse la común idea de que esta crisis era, a lo sumo, un descalabro especialmente grave del funcionamiento normal de la economía capitalista causado por un factor arbitrario y no sistémico. En tal situación, en vez de plantear la posible no-reproducción de la relación de clase capitalista, quizá sea más plausible interpretar la crisis como un aspecto de la *autorregulación* de la economía capitalista mundial, cuando no como una «purga» especialmente intensa de algunos excesos o irracionalidades en un sistema por lo demás sano y completamente funcional.

Pero en el núcleo de la sociedad capitalista no hay ningún estado de equilibrio sano ni ninguna condición «normal» y completamente funcional. La crisis es el *modus vivendi* de la relación de clase capitalista, el proceso de vida de esta contradicción. En la medida en que la acumulación de capital siempre es un proceso problemático y cargado de tensiones; en la medida en que, incluso cuando ha obtenido la victoria sobre el proletariado, el capital sigue aproximándose a puntos muertos de sobreacumulación; en la medida en que la danza de la relación de clase capitalista no puede celebrarse sin la presencia de sus dos reticentes socios, la crisis siempre está presente. En el modo de producción capitalista la fuente del valor es el trabajo, pero no obstante, a medida que avanza la acumulación, el trabajo necesario se convierte en una magnitud que tiende a reducirse. La crisis siempre nos acecha porque, para el capital, *el trabajo es un problema*.

Ahora bien, la crisis también es un acontecimiento concreto. El catastrofismo espectacular que dominó los mercados de valores globales en torno a la caída de Lehman Brothers, la ola de ejecuciones hipotecarias que barre Estados Unidos, la quiebra inminente de Estados enteros, los enormes rescates y las previsiones de desaceleración, la proclamación jubilosa del fin de la era «neoliberal» y la aparición —por ilusorias que sean— de veleidades acerca de un retorno a Keynes: todos estos son indicios muy reales de una crisis concreta en la relación de clase capitalista. Esta crisis pone de manifiesto la contradicción general de esta relación, como si la tapa de la máquina hubiera sido arrancada de repente por una explosión y estuvieran a la vista todos sus engranajes en movimiento. Como todas las crisis, esta remite a la inestable estructura subyacente de la relación de clase: allí donde un aspecto de la reproducción de la relación topa con sus límites, surge un momento de apertura sistémica y la visión fugaz de la posibilidad de una ruptura. Entonces, donde un engranaje se había desprendido del volante, mediante un

mecanismo caótico otro ocupa su lugar, ahora con renovado impulso. La reproducción contradictoria de la relación de clase capitalista prosigue, con algunas modificaciones, inalterada; los «brotes verdes» del jardinero Chance anuncian el fin del invierno y la crisis queda naturalizada, una vez más, no como una enfermedad crónica o permanente, sino como el eterno retorno de un ciclo estacional.

¿Cuál es el carácter actual de la reproducción de la relación de clase y cómo se está transformando? ¿Qué indicios podemos encontrar en todo esto de la posibilidad de que no se reproduzca? ¿Cuáles son —en otras palabras— las posibilidades actuales de una ruptura completa de esta reproducción? Estas son las preguntas que tiene que hacerse una teoría revolucionaria. Es en las modalidades cambiantes de esta reproducción donde podemos captar la historia real de la sociedad capitalista como algo más que un amasijo contingente de hechos, relatos o conceptos; de victorias, derrotas o recuperaciones estratégicas; porque es mediante su reproducción donde la relación de clase capitalista se construye como totalidad. Por esa misma razón, es en estas modalidades donde hemos de buscar las posibilidades de una destrucción inmanente de esa totalidad.

LA REPRODUCCIÓN DE LA RELACIÓN

[E]l resultado del proceso capitalista de producción no es solo mercancías y plusvalor, sino la reproducción de la *propia* relación [...]. El capital y el trabajo asalariado expresan solo dos factores de la misma relación.¹

Si existe una característica definitoria del capital, una que lo distinga de una mera suma de dinero o de una masa no especificada de materiales con los que uno podría hacer dinero,

1. MARX, 61-63 *Manuscripts* (MECW 30), pp. 113-115. NdT: hasta la fecha no existe traducción al castellano de estos borradores de Marx

es que *se amplía*: se trata de dinero que se convierte en más dinero, valor que *se valoriza a sí mismo*. Para subsistir en cuanto capital debe aumentar perpetuamente en cantidad. En este sentido, tiene un carácter claramente «teleológico»: tiene una meta clara —su propia expansión— y la persigue implacablemente. Dado que, a nivel sistémico, está claro que esa expansión no se puede mantener a través de la mera *reasignación* de valor de un capital a otro, para que haya valorización tiene que haber alguna posibilidad de *producir* valor nuevo. Esta posibilidad reside en la fuerza de trabajo.

Puesto que los trabajadores no necesariamente tienen que pasar la totalidad de la jornada laboral produciendo lo suficiente para reproducirse a sí mismos como trabajadores de cara al día siguiente, puede existir un excedente entre la cantidad de trabajo realizada efectivamente por los trabajadores y la cantidad de trabajo social media invertida en la producción de los bienes con los que estos trabajadores se reproducen a sí mismos. Surge así la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, y sería razonable decir que todo el edificio de la sociedad capitalista se erige sobre el fundamento de esta distinción.

Pese a que, por supuesto, los trabajadores tienen que ser obligados a producir este excedente, dicha compulsión es estructural. Lo que para el trabajador no es sino el número de horas de trabajo requeridas para obtener el salario necesario para reproducir su existencia a un determinado nivel, para el capital es a la vez un desembolso de salarios y una posibilidad de obtener ganancias superiores al mero valor de estos salarios. Si bien la posición del trabajador respecto de la propiedad significa que su libertad formal está simultáneamente ligada a la coacción sistemática, ambas partes de este acuerdo siguen siendo «sujetos burgueses» que acuden libremente al mercado por voluntad propia. Este encuentro en el mercado de trabajo entre capital y trabajo conlleva, claro está, ciertos

roces inherentes, y, como buenos comerciantes, ambas partes buscarán siempre el modo de obtener más a cambio de menos. Los trabajadores acuden de mala gana a trabajar, recuperan para sí tanto tiempo como pueden y a veces se declaran en huelga por aumentos salariales, mientras que el capital impone la jornada de trabajo lo más rigurosamente posible y siempre buscará ampliar la porción excedente del trabajo que tiene lugar en su proceso de producción.

Este encuentro cotidiano entre el capital y el trabajo no es un mero hecho contingente. Si lo fuera, entonces la persistencia en el tiempo de la sociedad capitalista sería poco menos que milagrosa. No es un hecho porque es un proceso en el que todos participamos sin cesar, y no es *contingente* puesto que, en su repetición, podemos detectar una cierta sistematicidad en la forma en que este encuentro tiene lugar.² Los trabajadores no se encuentran casualmente con el capital en el mercado laboral sin otra cosa que vender que su fuerza de trabajo, ni el capital se encuentra casualmente con estos trabajadores en forma de medios de producción acumulados y de propiedad privada. Al contrario, es un proceso determinado el que produce trabajadores como vendedores de fuerza de trabajo y capital en cuanto acumulación de medios de producción. Este proceso es el proceso de la producción misma: además de producir valor y valores de uso concretos, el proceso de producción es al mismo tiempo el proceso de producción de la relación de clase capitalista.

Si examinamos, no el comienzo del proceso de producción, sino su resultado, el capitalista exitoso se ha apropiado plusvalor de los trabajadores y lo ha realizado mediante el

2. «Por la repetición, algo que al principio solo parecía una cuestión de azar y contingencia se convierte en existencia real y confirmada». HEGEL, *The Philosophy of History* (The Colonial Press, 1900), p. 313. [ed. cast.: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. José Gaos (Alianza, Madrid, 2004)].

intercambio, y ahora puede utilizar este valor en el próximo ciclo del proceso de producción. Mientras, el trabajador, al que solo se paga por su fuerza de trabajo, abandona el proceso de producción solo con un salario que cubre los costes de su reproducción para el siguiente ciclo de producción. Ambas partes regresan así, al final del proceso de producción, a los puntos de partida estructurales desde los que entraron en él.

Al trabajador le quedan pocas opciones salvo volver a vender su fuerza de trabajo, ya que en el transcurso del proceso de producción no ha acumulado nada suyo y la lógica expansiva del capital lleva al capitalista a contratarlo de nuevo. Una vez que el proceso capitalista de producción ha comenzado, su continuidad —al menos en este sentido— es *automática*. Existe una *necesidad* de la reproducción continua de la relación de clase capitalista que se deriva del carácter del propio proceso de producción capitalista.³ Dado que el proceso de producción no es otra cosa que esta relación de clase *in actu*, cabe decir que la reproducción de la relación de clase capitalista se sigue necesariamente de la naturaleza de la propia relación.

LA TOTALIDAD

La autopresuposición de la relación de clase capitalista es también la de la *totalidad* de las relaciones sociales capitalistas. Este proceso de reproducción no reproduce solo a trabajadores y capital, sino también al Estado y todos sus órganos,

3. Esto no es lo mismo que la *inevitabilidad*. Que algo sea necesario no nos dice si va a ocurrir o no. A pesar de que la autorreproducción de la relación de clase capitalista posea un carácter automático y por tanto cierta «necesidad», esto no hace que la continuidad de su reproducción sea más inevitable de lo que el funcionamiento continuado de un motor de combustión sería respecto de su construcción.

la estructura familiar y el sistema de relaciones de género, la constitución del individuo como sujeto dotado de una *interioridad* específica opuesta al mundo de la producción, y así sucesivamente. Esta multiplicidad de momentos solo adquiere cierto carácter sistemático, y constituye por tanto una totalidad, mediante la repetición de su reproducción (que gira en torno a la de la relación de clase capitalista).

Es una trivialidad que las estructuras sociales que constituyen esta totalidad no pueden subsistir sin fundar la sociedad en la producción. Considerada solo en su aspecto material *inmediato*, la producción se presenta como un fundamento casi natural para la reproducción de la «sociedad». Ahora bien, en el modo de producción capitalista el objeto directo de la producción es el valor —no la producción general de la vida humana a través de algún «metabolismo humano con la naturaleza»— y antes que nada es *la relación de clase capitalista* la que se reproduce, no «la sociedad». La sociedad como tal —o la formación social— es la manifestación en abstracto de la totalidad de las relaciones que se reproducen mediante la reproducción de la relación de clase capitalista.

Una teoría que parta de la reproducción de la totalidad social en abstracto solo puede expresar tautológicamente la existencia de esta totalidad: la subsistencia de las partes es funcionalmente necesaria para que persista la totalidad, y la persistencia de la totalidad no es otra cosa que la persistencia de estas partes funcionales. La noción althusseriana de «causalidad estructural» considera esta tautología como un principio metafísico, error inseparable de la tendencia funcionalista del marxismo althusseriano.⁴ Ahora bien,

4. Ver, por ejemplo, LOUIS ALTHUSSER, ETIENNE BALIBAR, ET AL., *Reading «Capital»* (New Left Books, 1970, p. 189) [ed. cast: *Para leer El Capital*, trad. Marta Harnecker (Siglo XXI, México, 1969), p. 204]: «Esto implica, entonces, que los efectos no son exteriores a la estructura, no son un objeto, un elemento o un espacio preexis-

proclamar la contingencia o indeterminación de la lucha de clases, o un «giro copernicano» hacia la clase obrera como sujeto de esa lucha, no representa una alternativa apropiada a un funcionalismo o naturalismo de la reproducción social.

La reproducción sistemática de la relación de clase no es un asunto concretamente contingente y, en cuanto polo concomitante del capital en una relación de reproducción recíproca, la clase obrera *como tal* no puede ser el centro neurálgico de la teoría revolucionaria. La totalidad, por supuesto, posee muchos niveles de concreción y está atravesada por factores complejos y contingentes que no pueden considerarse adecuadamente a través de una simple liturgia de las relaciones de clase. Sin embargo, como centro neurálgico de la producción capitalista, como punto del que parte y al que siempre regresa, como momento de la autopresuposición del modo de producción, la reproducción de la relación de clase capitalista desempeña un papel central en cualquier teoría de la revolución.

EL HORIZONTE

[P]ara cualquier época, estar presente significa tener horizontes. Pasar es perder esos horizontes.⁵

Plantear la cuestión de la revolución es poner en riesgo la subsistencia de la propia relación de clase capitalista. La revolución no puede ser la mera expropiación del capital, la incautación de los medios de producción por parte de la

tentes sobre los cuales vendría a *imprimir su marca*: por el contrario, esto implica que la estructura es inmanente a sus efectos, una causa inmanente a sus efectos en el sentido spinozista del término [...], que la estructura, que es una combinación específica de sus propios elementos, no es nada más allá de sus efectos».

5. JEAN PAUL SARTRE, «War Diary», *New Left Review* 59 (2009).

clase obrera o en su nombre. Tiene que ser la destrucción directa de la *relación* de reproducción en la que los trabajadores *conforme trabajadores* —y el capital en cuanto valorización del valor— son y llegan a ser tales. La revolución será comunista o no será. A la revolución así concebida nosotros la denominamos «comunización».

La autopropetución inmanente de la relación clase capitalista se presenta como una *eternización*: en su autopresuposición la relación de clase parece infinita, desprovista de un *más allá*. Dado que esta relación se proyecta hacia un futuro infinito, la teoría revolucionaria se remite necesariamente a la ruptura, a la interrupción de la temporalidad misma de la relación. Pero la reproducción no es una simple tendencia al equilibrio ni la conservación dinámica de un estado fundamentalmente estático. Plantear la reproducción de esta relación no es adoptar un punto de partida que solo pudiera demostrar la clausura funcional del sistema, frente al que habría que afirmar el carácter radicalmente abierto de la lucha de clases o una visión de la revolución como suceso radicalmente exterior, mesiánico o trascendente. Quizás una metáfora orgánica sea más apropiada que una metáfora cibernética o mecánica: un organismo es inherentemente homeostático, pero a lo largo de su ciclo vital cambia necesariamente, tiene que morir en cualquier caso y no se puede entender su tendencia a morir como algo exterior a su proceso de vida. Ahora bien, la relación de clase capitalista no se limita a reproducirse a sí misma con una unidad funcional que, como todo lo bueno, tiene que acabarse algún día. Al contrario, en cuanto relación de clase —relación de explotación— es inherentemente conflictiva. En la medida en que la afirmación de cada uno de los dos polos de la relación frente al otro posee una direccionalidad cuya culminación lógica sería la victoria final, ambos polos de la relación pueden proyectarse como verdad última, como vencedor final. Tanto el capital como el proletariado pueden legítimamente

considerarse como esencia de la sociedad capitalista, pero tal pretensión siempre será contradictoria, ya que ninguno de los polos de la relación es nada sin el otro.

Debido que cada polo de la relación puede considerarse contradictoriamente como su verdad, y puesto que se trata de una relación *dinámica* con una direccionalidad en su núcleo que procede de la orientación hacia el futuro del proceso de valorización del capital, la relación de clase siempre es portadora de un horizonte temporal inmanente. No se limita a eternizarse como totalidad monolítica y cerrada. Al contrario, en cuanto relación de lucha es portadora de una visión del futuro como solución proyectada de este antagonismo como horizonte propio. La victoria final de la clase obrera, el afianzamiento permanente del capitalismo liberal, la barbarie inminente o el apocalipsis ecológico: la lucha de clases siempre tiene un horizonte singular y, en función de la dinámica de la relación de clase en un momento determinado, este horizonte posee una cualidad variable. En el interior de este horizonte surge una superación que puede ser más o menos contradictoria. Si la superación de la relación de clase capitalista sobre la base de la simple victoria de uno de sus polos es imposible —puesto que cada polo no es nada sin el otro—, entonces cabe decir que las revoluciones del siglo XX, en la medida en que su contenido fue la afirmación de la clase obrera *como clase obrera*, plantearon una superación *imposible* de la relación de clase capitalista. Por el contrario, la revolución como comunización aparece solo en la lucha cuyo horizonte inmanente es portador de *la no-reproducción directa de la relación de clase*.

Es solo mediante su reproducción sistemática que esta relación se presenta como una *unidad* y no como un arreglo *ad hoc*, y si por historia se entiende algo más que la descripción imposible de un flujo carente de forma, solo conforme tal unidad es capaz de tener una historia. Del mismo modo

que el fundamento de la acumulación de capital es interno a la relación de clase capitalista, también lo son —a nivel social— sus *efectos*. La pérdida de la rentabilidad afecta directamente no solo a la capacidad del capital de reproducirse a sí mismo, sino también a su capacidad de reproducir a la clase obrera. La incesante reorganización técnica del proceso de trabajo imprime pautas de experiencia radicalmente distintas a la vida de los trabajadores, la reconfiguración de los roles de género hacia formas alejadas de la familia de salario único mediante la contratación laboral creciente de las mujeres genera una diferente experiencia de la «vida personal» al margen del proceso productivo, la expansión del sistema de crédito permite al capital desplazarse por todo el planeta con una fluidez tal que altera a su vez las funciones de los Estados en el sistema mundial y socava la capacidad de negociación de la clase obrera a escala nacional y, por último, la innovación tecnológica expulsa a los trabajadores del proceso de producción y engendra una población sobrante —allí donde esta población tiene la posibilidad de incorporarse al mercado laboral— que presiona a la baja los salarios y la estabilidad laboral —donde no puede hacerlo, surgen inmensas barriadas que albergan excedentes humanos cuya reproducción es cada vez más precaria—. Todas estas tendencias son inmanentes a la relación de clase capitalista. La historia del desarrollo del modo de producción capitalista es la del despliegue de estas tendencias en el seno de la relación de clase capitalista y, por tanto, la de la alteración cualitativa interna de dicha relación.

El horizonte de superación del que la relación de clase es portadora posee una cualidad variable: su carácter en un momento dado es inseparable de la modificación histórica de la relación de clase. Lo que es invariable es la existencia de ese horizonte. El carácter voluble de dicho horizonte es el principal fundamento y objeto de una teoría revolucionaria. Al plantear la cuestión de la superación revolucionaria de la

relación de clase capitalista, atravesamos el terreno teórico de este horizonte tal y como se presenta ahora ante nosotros. Se trata de un terreno estratificado, con su propia geología de sedimentos, irrupciones y fallas. Trazamos la línea de ese horizonte tal como existe ahora —aproximándonos todo lo posible a conceptualizar nuestra salida de este paisaje— y como era antes, distinguiendo entre el paisaje al que nos enfrentamos ahora y los del pasado. La teoría comunista es la teoría del horizonte inmanente de la lucha de clases. Al perfilar este horizonte, y al conceptualizar su superación, convertimos la lucha de clases, en toda su historicidad, en objeto determinado de la teoría y la adoptamos en su finitud. Al poner en juego la propia relación de clase postulando su superación definitiva, podemos ver esta relación como lo que es. Podemos captar su verdad, no a través de la proyección de una falsa neutralidad, sino al contrario, adoptando el punto de vista partidista de su superación, que existe no solo en *teoría*, sino en la dinámica inmanente de la propia relación de clase.

TENDENCIAS DE LA RELACIÓN DE CLASE: LA GANANCIA

En la misma medida en que el tiempo de trabajo —el mero cuanto de trabajo— es puesto por el capital como único elemento determinante, desaparecen el trabajo inmediato y su cantidad como principio determinante de la producción —de la creación de valores de uso—; en la misma medida, el trabajo inmediato se ve reducido cuantitativamente a una proporción más exigua, y cualitativamente a un momento sin duda imprescindible, pero subalterno [...] El capital trabaja, así, en favor de su propia disolución como forma dominante de la producción.⁶

6. MARX, *Grundrisse* (MECW 29), pp. 85-6 (traducción Nicolaus) [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía polí-*

Si la relación de clase capitalista es una relación contradictoria cuya reproducción nunca es una simple cuestión de conservación de un estado estable, esto se debe a que, como antes hemos señalado, *el trabajo es un problema para el capital*. Conforme fuente exclusiva de plusvalor, el capital, en su constante impulso de acumular, siempre requiere más plustrabajo. Al aumentar la productividad del trabajo, el capital se beneficia aumentando la proporción de plustrabajo en relación a la de trabajo necesario, pero al mismo tiempo reduce así el papel del trabajo como «principio determinante de la producción». En última instancia esto significa que se requieren menos trabajadores para producir la misma masa de mercancías, y esta reducción va unida a una reducción de las posibilidades de valorización. A partir de esta sencilla contradicción y en el seno de ella, podemos derivar algunas de las tendencias fundamentales de la reproducción de esta relación y ver cómo el capital «trabaja en pro de su propia disolución».

La célebre ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia expresa aspectos de esta sencilla contradicción. En su formulación canónica dicha ley se deriva del hecho de que, en su lucha competitiva contra otros capitales, todo capital tenderá con el tiempo a incrementar la productividad de sus trabajadores mediante adelantos técnicos en el proceso de producción: su composición *técnica* tenderá a aumentar. Como consecuencia de los aumentos de productividad se requiere menos tiempo de trabajo para producir una misma mercancía y, por tanto, el capital individual obtiene ganancias superiores a otros capitales, pero con el tiempo esos mismos aumentos de productividad se generalizan, lo que tiene como resultado la eliminación de esa ganancia inicial y un valor inferior de la mercancía, ya que ahora su producción

tica (Grundrisse) 1857-1858, vol. 2, trad. Pedro Scaron (Siglo XXI, México, 1972), p. 222].

requiere menos tiempo de trabajo socialmente necesario. Por tanto, hasta en este nivel abstracto podemos identificar una primera manifestación de esta sencilla contradicción, pues el impulso de acumular plusvalor mediante la producción de mercancías —plusvalor que se obtiene a partir del trabajo excedente— conduce a una reducción en el tiempo de trabajo y en el margen para el plustrabajo que conlleva la producción de esas mismas mercancías.

Ahora bien, en sí mismo esto no supone una pérdida para el capital, ya que el aumento de la productividad del trabajo también reduce los costes de la mano de obra mediante el abaratamiento de los bienes consumidos por los trabajadores. Por consiguiente, los salarios se pueden reducir relativamente y puede ampliarse la parte de la jornada laboral consagrada a producir plusvalor para el capital. No obstante, si partimos del supuesto de que con el tiempo semejante incremento en la composición *técnica* desembocará en una composición de *valor* en aumento a nivel del capital social total —un aumento en la proporción de capital destinada a medios de producción (capital constante) en relación con la que se destina a salarios (capital variable)—,⁷ eso significa que un capital del que una proporción creciente se dedica a medios de producción tiene que valorizarse sobre la base de una proporción decreciente de capital variable. Dado que la jornada laboral no puede prolongarse indefinidamente —el día solo tiene veinticuatro horas y el trabajador debe pasar algunas de ellas reproduciéndose a sí mismo como trabajador— y la parte de la jornada laboral dedicada al trabajo necesario solo puede tender hacia cero, la cantidad de plusvalor que el capital puede extraer de un trabajador individual tiene límites evidentes. Por ende, con el tiempo el capital será incapaz de extraer plusvalor suficiente para proseguir la acumulación a la misma escala. Si la reducción directa

7. Relación que Marx denomina composición orgánica.

mediante incrementos de productividad del tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía dada supone una primera manifestación del problema del trabajo para el capital, aquí constatamos la manifestación adicional de la misma contradicción a un nivel más concreto.

Todo esto se sigue, de forma muy sencilla, del aumento de la composición de valor del capital. A favor de este argumento, *damos por hecho* que el aumento de la composición de valor del capital se sigue del aumento de la composición técnica. Ahora bien, existen varios factores que complican la relación entre la composición técnica y la de valor y que compensan la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como consecuencia del efecto directo de la primera sobre la segunda. En particular, hay que señalar que el mismo aumento de la productividad del trabajo, que de otro modo haría aumentar directamente la proporción de capital constante frente a la de capital variable, reduce al mismo tiempo el valor de los medios de producción, por lo que al menos mitiga cualquier tendencia a tal aumento. Por consiguiente, no es en absoluto evidente que la susodicha tendencia se manifieste en el curso efectivo de la acumulación capitalista. No obstante, si la teoría de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia ayuda a poner de relieve hasta qué punto el trabajo es un problema para el capital, la teoría marxiana de la «ley general de acumulación» y de la generación constante de poblaciones excedentes resulta, en este sentido, más reveladora a la par que históricamente más palpable.⁸

8. Para una explicación en profundidad de esta tendencia, véase el artículo siguiente, *Miseria y deuda*.

TENDENCIAS DE LA RELACIÓN DE CLASE: POBLACIÓN EXCEDENTE

La reducción relativa del trabajo necesario aparece como un aumento relativo de la capacidad laboral superflua, esto es, como poner población excedente.⁹

Es evidente que la producción capitalista tiende a aumentar inmensamente la productividad del trabajo. No necesitamos ocuparnos de la relación entre la composición técnica y de valor de capital para demostrarlo, significa simplemente que, conforme pasa el tiempo, hacen falta menos trabajadores para producir la misma cantidad de valores de uso. Así, en el seno de la acumulación capitalista existe una tendencia a reducir la contribución del trabajo directo.

Si esta tendencia no se ve anulada por ninguna tendencia contrapuesta y puede desarrollarse históricamente sin trabas, supondrá que cada vez serán más los trabajadores superfluos para el proceso de producción. Considerado en términos de población, por tanto, el capital tiende a producir una población proletaria superior a los requisitos de la producción: una *población excedente*. Este es otro modo de manifestación del problema fundamental del trabajo para el capital.

Esta tendencia no es absoluta y, al igual que sucede en el caso de la tasa decreciente de ganancia, existen factores compensatorios. El capital puede encontrar nuevos valores de uso en cuya producción emplear a trabajadores y, dada una magnitud de producción creciente en un sector cualquiera, los aumentos de productividad no tienen por qué traducirse directamente en una disminución absoluta del empleo productivo. Aunque, por supuesto, la destrucción del medio

9. MARX, *Grundrisse* (MECW 29), p. 528 (traducción del original modificada) [p. 117 de la ed. cast.].

ambiente se presenta como un problema muy real de la acumulación capitalista, la cantidad de valores de uso que pueden consumirse no tiene límites claramente definidos.

Por consiguiente, podría sostenerse razonablemente que, incluso si el capital tiende con el paso del tiempo a reducir el número de trabajadores necesarios para producir una cantidad determinada de valores de uso, puede impedir que esta tendencia se convierta en un problema crónico dedicándolos a producir valores de uso diferentes —y desarrollando concomitantemente nuevas necesidades para tales valores de uso— o ampliando la producción de bienes existentes. Por supuesto, son muchos los factores que complican todo esto. Una población dada solo puede consumir un tipo particular de mercancía hasta cierto punto, y la productividad del trabajo no es simplemente un borrón y cuenta nueva para la producción de cualquier valor de uso nuevo.

Muy a menudo las técnicas de mejora de la productividad se generalizan en los diferentes sectores de producción, lo que significa que en los sectores nuevos la producción a menudo asimila rápidamente las ganancias de productividad desarrolladas en otros, además de generar nuevos adelantos que pueden generalizarse a su vez. La capacidad del capital social total para superar su tendencia a reducir el número de trabajadores empleados de forma productiva depende, por tanto, de su capacidad de seguir el ritmo de los incrementos en la productividad social.

Históricamente, no ha sucedido así. A nivel mundial, el número de asalariados empleados productivamente, primero en la agricultura y ahora en la industria, ha disminuido en relación con la población mundial. Este es el verdadero significado de la «desindustrialización» que se ha producido a lo largo de los últimos treinta años. Aunque sea fácil demostrar que sigue habiendo mucha producción industrial —y

no solo en países exportadores importantes como China—, a escala mundial la proporción de trabajadores empleados en la industria lleva disminuyendo casi dos décadas.¹⁰

Como explicamos en el artículo siguiente, el resultado ha sido un aumento de los empleos escasamente remunerados (y formalmente subsumidos) del sector servicios e inmensas barriadas en lo que hasta hace poco se conocía como «tercer mundo». Si la reproducción del modo capitalista de producción tiene lugar fundamentalmente a través de la doble reproducción de los trabajadores como trabajadores y del capital como capital —cada uno de ellos produciendo al otro—; si las dos ruedas del *doble molinete* se encuentran en el punto de producción a través de la mediación de la forma-salario, entonces, a medida que el capital tienda a convertir a la población proletaria en superflua para la producción, la integridad del doble molinete se ve deteriorada.¹¹



10. Tabla 4: *Employment in Manufacturing*, en SUKTI DASGUPTA Y AJIT SINGH «Will Services be the New Engine of Indian Economic Growth?», *Development and Change* 36 (6) (2005), p. 1041.

11. El término «doble molinete» [*double moulinet*] es la traducción al francés del *Zwickmühle* de Marx, un término que tiene tanto el significado de «doble vínculo» y, en su contexto del capítulo XXIII de *El Capital*, de la molienda de dos piedras de molino que representan los ciclos de reproducción del capital y de la fuerza de trabajo.

Cada vez se trata menos de una relación recíproca y cíclica en la que el proletariado reproduce al capital y el capital reproduce al proletariado. Más bien, el proletariado se convierte cada vez más en *lo que el capital produce sin producir capital*. Siendo superflua para la producción capitalista, pero desprovista de toda forma autónoma de reproducirse, la población excedente se reproduce como *efecto colateral* de la producción capitalista. Dado que su reproducción no está mediada por el intercambio de trabajo productivo con el capital a cambio de un salario, no cierra el circuito con el capital y su existencia aparece así como contingente o no esencial en relación con la del capital.¹² Una población excedente tan consolidada representa la desintegración potencial del *doble molinete* de la reproducción capitalista.

En el concepto de trabajador libre está ya implícito que él mismo es *pauper: pauper* virtual [...]. Si ocurre que el capitalista no necesita el plusvalor del obrero, este no puede realizar su trabajo necesario ni producir sus medios de subsistencia. Entonces, si no puede conseguirlos a través del intercambio, los obtendrá, en caso de obtenerlos, solo de limosnas que sobren para él del rédito.¹³

12. «La capacidad del trabajo solo puede ejecutar su trabajo necesario cuando su plustrabajo tiene valor para el capital, cuando es valorizable para este. Por consiguiente, si tal capacidad de valorización se halla trabada por este o aquel obstáculo, la *propia capacidad de trabajo* 1) aparece *al margen de las condiciones de la reproducción de su existencia*; 2) existe sin sus condiciones de existencia y es por ende un mero estorbo; 3) genera necesidades sin los medios para satisfacerlas». MARX, *Grundrisse* (MECW 28), p. 528 [p. 116 de la ed. cast].

13. *Ibid.*, pp. 522-3 [p. 110 de la ed. cast.]. Marx continúa: «No es sino en el modo de producción fundado en el capital, donde el pauperismo se presenta como resultado del trabajo mismo, del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo» [p. 111 de la ed. cast.].

Para Marx, en la medida en que no tiene para vender más que su propia fuerza de trabajo y ni siquiera tiene garantizada la posibilidad de hacer esto, el trabajador es un *pobre virtual*.

Para la población excedente consolidada, cuya reproducción ha dejado de ser mediada por el intercambio de trabajo productivo a cambio de un salario, este empobrecimiento se ha vuelto *real*. Es la fuerza de trabajo que la clase de «pobres virtuales» tiene que vender la que a largo plazo reduce esta a una clase de indigentes reales. Por tanto, la proletarización de la población mundial no se limita a adoptar la forma de la transformación de todo el mundo en trabajadores productivos, pues incluso en el caso de que se vuelvan productivos para el capital, en última instancia estos mismos trabajadores producen su propia superfluidad para el proceso de producción.

A medida que disminuye la parte de la población mundial cuya reproducción está mediada por el intercambio de trabajo productivo a cambio de un salario, la forma-salario como mediación fundamental en la reproducción social se vuelve cada vez más difusa. Bajo estas condiciones cambiantes, el horizonte de la relación de clase y las luchas en las que dicho horizonte aparece inevitablemente han de cambiar. En este contexto, los viejos proyectos de un movimiento obrero programático se vuelven obsoletos: su mundo era el de una fuerza de trabajo industrial en expansión en el que el salario aparecía como el eslabón fundamental de la cadena de la reproducción social, en el centro del *doble molinete* donde capital y proletariado se encuentran, y en el que cierto carácter recíproco de las reivindicaciones salariales —un «si queréis esto de mí, yo os exijo esto»— podía dominar el horizonte de la lucha de clases.

Ahora bien, como consecuencia del crecimiento de las poblaciones excedentes, es esta misma reciprocidad la que queda en entredicho, y la forma-salario pierde centralidad como

locus de la impugnación. Tendencialmente, el proletariado no se enfrenta al capital en el centro del doble molinete, sino que se relaciona con él como una fuerza cada vez más externa, a la vez que el capital se topa con sus propios problemas de valorización.

En tales condiciones, la simple autogestión de la producción por el proletariado ya no aparece en el horizonte de la relación de clase. A medida que una proporción cada vez más reducida de la población proletaria se dedica a la producción —proporción que se vuelve a su vez cada vez más precaria conforme compite potencialmente en el mercado laboral con una masa cada vez mayor de trabajadores excedentes—, y a medida que la desintegración de los circuitos de reproducción del capital y del proletariado se acelera, el horizonte de la superación de esta relación resulta apocalíptico: el capital abandona paulatinamente un mundo en crisis y se lo lega a su prescindible prole. Sin embargo, la crisis de la reproducción de la relación de clase capitalista no es algo que simplemente va a *sucedérle* al proletariado. Al estar en juego su propia reproducción, el proletariado no puede sino luchar, y es la reproducción misma lo que se convierte en contenido de sus luchas. A medida que la forma-salario pierde centralidad en la mediación de la reproducción social, es la propia producción capitalista la que aparece como cada vez más prescindible para el proletariado: es aquello que nos convierte en proletarios y después nos deja aquí tirados. En tales circunstancias, el horizonte se presenta como un horizonte de comunización, de tomar directamente medidas para detener el movimiento de la forma-valor y reproducirnos a nosotros mismos sin capital.

Miseria y deuda

Sobre la lógica y la historia de la población y el capital excedentarios

Tendemos a interpretar la crisis actual a través de las teorías cíclicas de una generación anterior. Mientras que los economistas en boga van hozando en busca de los «brotes verdes» de la recuperación, los críticos críticos solo se preguntan si quizá lleve un poco más de tiempo «restaurar» el crecimiento. Es cierto que si partimos de teorías de ciclos económicos, o incluso de las ondas de Kondrátiev, es fácil dar por sentado que los bums siguen a las quiebras igual que un mecanismo de relojería, y que las recesiones siempre «preparan el camino» de una reactivación. Pero ¿qué probabilidades hay —suponiendo que el cataclismo actual remita— de que seamos testigos de una nueva edad de oro del capitalismo?

Podríamos comenzar por recordar que la época milagrosa de la edad de oro anterior (1950-1973, aproximadamente) no solo se debió a una guerra mundial y a un enorme aumento del gasto público, sino también a una transferencia de población de la agricultura a la industria sin precedentes históricos. Las poblaciones rurales resultaron ser una de las armas más potentes de la odisea de la «modernización», pues proporcionaron una fuente de mano de obra barata para una nueva ola industrializadora. En 1950 el 23 por ciento de población activa alemana estaba empleada en la agricultura, en Francia el 31, en Italia el 44 y el 49 por ciento en Japón: en el año 2000, todos estos países tenían poblaciones rurales inferiores al 5 por ciento del total de la población.¹⁴ Durante el siglo XIX y a comienzos del XX, cuando se daban situaciones de desempleo masivo, el capital lidiaba con ellas, además de exportando proletarios a las colonias, enviándolos

14. Base de datos estadísticos FAOSTAT (2009).

de vuelta a la tierra. Al acabar con el campesinado en sus núcleos tradicionales al mismo tiempo que topaba con los límites de la expansión colonial, el capital acabó con sus propios mecanismos tradicionales de recuperación.

Entretanto, la ola industrializadora que absorbió a los que habían sido expulsados de la agricultura topó con sus propios límites durante la década de 1970. Desde entonces, en los principales países capitalistas se ha producido un descenso sin precedentes en los niveles de empleo industrial.

Durante las últimas tres décadas, el empleo en la industria se redujo en un 50 por ciento como porcentaje del total de la población activa en esos países. Incluso en países recién «industrializados» como Corea del Sur y Taiwán, los niveles relativos de empleo industrial han descendido durante las últimas dos décadas.¹⁵ Paralelamente, tanto la cantidad de empleados mal remunerados del sector servicios como la de habitantes de barriadas marginales que trabajan en el sector informal se han ampliado, al ser las únicas opciones restantes para aquellos se han vuelto superfluos para las necesidades de unas industrias en declive.

Para Marx el ámbito de la tendencia a la crisis inherente al modo de producción capitalista no se limitaba a desaceleraciones periódicas de la actividad económica. Se expresaba con la máxima contundencia en una crisis permanente de la vida laboral. La *differentia specifica* de las crisis «económicas» capitalistas (que la gente muera de hambre a pesar de la existencia de buenas cosechas y que los medios de producción permanezcan ociosos pese a la necesidad que hay de sus productos) no es sino un momento de una crisis más amplia: la de la constante reproducción de la escasez de empleo en

15. ROBERT ROWTHORN Y KEN COUTTS, «Deindustrialisation and the Balance of Payments in Advanced Economies» (Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, Documento de trabajo n.º 170, mayo de 2004), p. 2.

medio de la abundancia de bienes. Es la dinámica de esta crisis —la crisis de la reproducción de la relación capital-tra-bajo— la que analiza este artículo.¹⁶

REPRODUCCIÓN SIMPLE Y AMPLIADA

Pese a la complejidad de sus resultados, el capital solo posee un requisito previo esencial: las personas tienen que carecer de acceso directo a los productos que consideran necesarios para vivir, encontrando ese acceso solo por mediación del mercado. De ahí la misma palabra «proletariado», referida en un principio a los ciudadanos desprovistos de tierra que habitaban las ciudades romanas. Al carecer de trabajo, se les apaciguó primero mediante la provisión estatal de pan y circo y, más tarde, contratándolos como mercenarios.

Ahora bien, históricamente la condición proletaria es poco frecuente: a lo largo de la historia, la mayor parte del campesinado mundial ha tenido acceso directo a la tierra en calidad de agricultores o pastores autosuficientes, aunque casi siempre se vieran forzados a entregar una parte de su producto a las élites dominantes. De ahí la necesidad de la «acumulación originaria»: separar a la gente de la tierra —su medio esencial de reproducción— y generar así una dependencia total del intercambio mercantil.¹⁷ En Europa este proceso

16. Al señalar la tendencia del capital a generar escasez de empleo en medio de la abundancia de bienes (que en consecuencia se vuelven artificialmente escasos en relación con la demanda efectiva) no pretendemos apoyar, por supuesto, la reivindicación de «más puestos de trabajo». Tal reivindicación siempre será en vano mientras la venta de la fuerza de trabajo siga siendo la principal forma de adquirir medios de vida.

17. Esto no siempre tiene que ocurrir forzosamente a través de los medios violentos descritos por Marx. En el siglo XX muchos campesinos perdieron el acceso directo a la tierra no a través de la expro-

fue rematado durante las décadas de 1950 y 1960. A escala mundial, solo ahora —exceptuando el África subsahariana, determinadas partes del sur de Asia y China— comienza a aproximarse a su punto culminante.

La separación inicial de la gente de la tierra, una vez lograda, nunca es suficiente. Tiene que ser repetida a perpetuidad para que el capital y el trabajo «libre» se encuentren en el mercado una y otra vez. Por un lado, el capital requiere, ya presente en el mercado de trabajo, a una masa de gente despojada de acceso directo a medios de producción y que busca intercambiar su trabajo por salarios; por otro, también requiere, ya presente en el mercado de bienes de consumo, a una masa de personas que ya tienen salarios y que buscan intercambiar su dinero por bienes. En ausencia de estas dos condiciones, la capacidad de acumulación del capital está limitada: no puede producir ni vender a gran escala. Antes de 1950, fuera de Estados Unidos y del Reino Unido, el ámbito de la producción en masa se hallaba limitado precisamente debido a las limitadas dimensiones del mercado, es decir, debido a la existencia de un campesinado numeroso, relativamente autosuficiente y que no vivía fundamentalmente de los salarios. La historia de la posguerra es la de la abolición progresiva del campesinado mundial restante, primero en lo tocante a su autosuficiencia y, en segundo lugar, como campesinos a secas, propietarios de la tierra que trabajaban.

Marx explica este rasgo estructural del capitalismo en su capítulo acerca de la «reproducción simple» en el primer volumen de *El Capital*. Nosotros interpretaremos este

piación, sino más bien a través de una subdivisión excesiva de sus explotaciones a medida que la tierra iba pasando de generación en generación. Al volverse así cada vez más dependientes del mercado, los pequeños agricultores acabaron encontrándose en desventaja frente a los grandes y, finalmente, acabaron por perder sus tierras.

concepto como la reproducción, en y a través de ciclos de producción y consumo, de la relación entre el capital y los trabajadores.¹⁸

La reproducción simple no subsiste debido a la «costumbre», ni a la falsa (o falta de) conciencia de los trabajadores, sino a través de una compulsión material, que no es otra que la explotación de los trabajadores asalariados, el hecho de que en conjunto solo pueden adquirir una parte de los bienes que producen:

Pero el proceso vela para que esos instrumentos de producción autoconscientes no abandonen su puesto, y para ello aleja constantemente del polo que ocupan, hacia el polo opuesto ocupado por el capital, el producto de aquellos. El consumo individual, de una parte, vela por su propia conservación y reproducción, y de otra parte, mediante la destrucción de los medios de subsistencia, cuida de que los obreros reaparezcan constantemente en el mercado de trabajo.¹⁹

Por tanto, la acumulación capitalista no es una cuestión de organización de la esfera de la producción ni de la esfera del consumo. Un excesivo énfasis en la producción o el consumo

18. A veces Marx se refiere a la reproducción simple como una disquisición teórica abstracta —el capitalismo sin crecimiento—, pero dejar las cosas ahí equivaldría a no ver lo que el concepto nos dice sobre el mecanismo interno del proceso de acumulación. El capítulo sobre la reproducción simple concluye así: «El proceso capitalista de producción, considerado en su interdependencia o como proceso de reproducción, pues, no solo produce mercancías, no solo produce plusvalor, sino que produce y reproduce la relación capitalista misma: por un lado el capitalista, por el otro el asalariado». MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 573 [ed. cast.: *El Capital*, vol. 1, trad. Pedro Scaron (Siglo XXI, México, 2003) p. 712].

19. *Ibid.*, p. 573 [p. 705 de la ed. cast.].

tiende a suscitar teorías parciales de las crisis capitalistas: «la superproducción» o el «subconsumo». El trabajo asalariado estructura el proceso de reproducción como un todo: el salario distribuye a los trabajadores en el proceso de producción y, al mismo tiempo, distribuye el producto entre los trabajadores. Esta es una invariante del capital independiente de particularidades geográficas o históricas. La contracción de la reproducción crea una crisis *tanto* de sobreproducción como de subconsumo, ya que bajo el capital son lo mismo.

Sin embargo, no podemos pasar de una manera tan directa de presentar la estructura de la reproducción simple a una teoría de la crisis, ya que por su propia naturaleza la reproducción simple también es reproducción ampliada. Así como los trabajadores tienen que regresar al mercado de trabajo para reponer su fondo salarial, también el capital tiene que regresar a los mercados de capitales para reinvertir sus beneficios en la ampliación de la producción. Todo capital ha de acumular, so pena de quedarse atrás en su competencia con otros.

La fijación de precios a través de la competencia y las estructuras de costes variables dentro de cada sector desembocan en tasas de ganancia intersectoriales divergentes, lo que a su vez estimula la introducción de innovaciones que aumenten la eficiencia, pues al reducir sus costes por debajo de la media del sector las empresas pueden obtener beneficios extraordinarios o bajar los precios para aumentar su cuota de mercado. En cualquier caso, la disminución de los costes desembocará en un descenso de los precios, pues la movilidad del capital entre sectores tiene como resultado una nivelación de las tasas de ganancia intersectoriales, a medida que la circulación de capitales en busca de mayores beneficios hace que la oferta (y por tanto los precios) aumente y disminuya, lo que hace fluctuar el rendimiento de las nuevas inversiones en torno a una media intersectorial.

Este movimiento perpetuo del capital también propaga las innovaciones destinadas a reducir costes a todos los sectores, lo que establece una ley de rentabilidad que obliga a todos los capitales a maximizar los beneficios con independencia de la coyuntura política y social en la que se encuentren. Y a la inversa: cuando la rentabilidad disminuye, no se puede hacer otra cosa para recomponer la acumulación salvo el «sacrificio de valores de capital» y la «liberación del trabajo», que restablecen las condiciones de rentabilidad.

Sin embargo, esta concepción formalista del proceso de valorización no logra captar la dinámica histórica con la que está en sintonía el análisis de Marx. Por sí sola, la ley de la rentabilidad no es capaz de garantizar la reproducción ampliada, pues eso también requiere la aparición de nuevas industrias y de nuevos mercados. Los aumentos y descensos de la rentabilidad actúan como señales que indican a la clase capitalista que se han producido innovaciones en industrias concretas, pero lo decisivo es que con el tiempo la composición de la producción —y por tanto del empleo— cambia: industrias que en otros tiempos eran responsables de una gran parte de la producción y del empleo crecen ahora más lentamente, a la vez que nuevas industrias se hacen cargo de una cuota cada vez mayor de ambos. Aquí hemos de tener en cuenta los factores determinantes de la demanda considerando los como independientes de los factores determinantes de la oferta.²⁰

La demanda varía de acuerdo con el precio de un producto dado. Cuando el precio es elevado, el producto solo lo adquieren los ricos. A medida que se acumulan las innovaciones

20. Los marxistas han tendido a evitar las cuestiones de demanda debido a un presunto monopolio neoclásico sobre este discurso, pero Marx no tenía tales reticencias. La compulsión a ampliar los mercados y disputarse cuotas de mercado es esencial para el funcionamiento de la ley del valor (véase *ibid.*, p. 434).

en procesos de ahorro de mano de obra, los precios descienden y el producto se transforma en un bien de consumo masivo.

En el punto culminante de esta transformación las innovaciones amplían enormemente el mercado para un producto dado. Esa ampliación supera la capacidad de las empresas existentes, y los precios bajan más lentamente que los costes, lo que desemboca en un período de alta rentabilidad.

Entonces el capital se precipita hacia esos sectores, arrastrando a la fuerza de trabajo tras de sí. Al llegar a cierto punto, sin embargo, se alcanzan los límites del mercado, es decir, el mercado se satura.²¹ Ahora las innovaciones hacen que la capacidad total aumente más allá de las dimensiones del mercado y que los precios desciendan más rápidamente que los costes, lo que desemboca en un período de rentabilidad descendente. El capital abandonará el sector y, al hacerlo, expulsará trabajo.²²

Este proceso, que los economistas llaman la «maduración» de las industrias, se ha producido muchas veces. La revolución agrícola, que estalló por primera vez en la Inglaterra renacentista, acabó topando con los límites del mercado interior. Innovaciones en el proceso de trabajo tales como

21. La saturación es cuestión, no de la cantidad absoluta de mercancías compradas y vendidas, sino de cambios en la relación entre las tasas de crecimiento de la capacidad productiva y de la demanda.

22. Este proceso solo es válido para las industrias de bienes de consumo. Las industrias de bienes de capital tienden a ampliarse y contraerse de acuerdo con las necesidades de los bienes de consumo particulares que «encabezan» cada ciclo. No obstante, la relación entre ambos «departamentos» nunca es tan sencilla. Como mostraremos, las «innovaciones de procesos» que ahorran trabajo en el departamento 1 pueden desembocar en «innovaciones de productos» en el departamento 2, y conducir así a la expansión del mercado en su conjunto.

la consolidación de la fragmentación en tenencia de tierras, la eliminación del barbecho y la diferenciación del uso del suelo de acuerdo con las ventajas naturales acarrearón (*en condiciones capitalistas de reproducción*) la expulsión sistemática del campo tanto de trabajo como de capital. Como consecuencia, Inglaterra se urbanizó rápidamente y Londres se convirtió en la ciudad más grande de Europa.

Es aquí donde interviene la dinámica decisiva de la reproducción ampliada, pues a los trabajadores expulsados de la agricultura no se les dejó languidecer indefinidamente en las ciudades. Acabaron siendo empleados por el sector manufacturero de una Gran Bretaña en vías de industrialización, sobre todo en la creciente industria textil, que en aquel entonces estaba efectuando la transición de la lana al algodón.

Ahora bien, una vez más las innovaciones en los procesos laborales —como la hiladora de usos múltiples, la hiladora Jenny y el telar mecánico— llevaron a que con el tiempo también esta industria comenzase a expulsar mano de obra y capital. Y el declive de las industrias de la primera revolución industrial, desde el punto de vista del porcentaje total de mano de obra empleada y capital acumulado, dio paso a las de la segunda revolución industrial (el sector químico, las telecomunicaciones, y las mercancías eléctricas y motorizadas). Este movimiento de entrada y salida de trabajo y capital de diferentes sectores, basado en tasas de ganancias diferenciales, es el que garantiza la posibilidad continuada de la reproducción ampliada:

La expansión [...] es imposible si no existe el material humano disponible, si en el número de los obreros no se produce un aumento independiente del crecimiento absoluto de la población. Dicho aumento se genera mediante el simple proceso que «libera» constantemente una parte de los obreros, aplicando métodos que reducen, en comparación

con la producción acrecentada, el número de los obreros ocupados. Toda la forma de movimiento de la industria moderna deriva, pues, de la transformación constante de una parte de la población obrera en brazos desocupados o semioocupados.²³

La reproducción ampliada es, en este sentido, la reproducción continua de las condiciones de la reproducción simple. Los capitales que ya no se pueden reinvertir en un sector determinado debido a una rentabilidad decreciente tenderán a encontrar en el mercado laboral trabajadores disponibles expulsados de otros sectores. Estas cantidades «libres» de capital y trabajo serán invertidas a continuación en mercados en expansión en los que las tasas de ganancia sean más elevadas, o se concentrarán en sectores completamente nuevos en los que fabricarán productos para mercados que aún no existen. Un número cada vez mayor de actividades se ven así subsumidas como procesos de valorización capitalista, y las mercancías se propagan desde los mercados de lujo a los mercados de masas. El economista burgués Joseph Schumpeter describió este proceso en su teoría del ciclo económico.²⁴ Señaló que la contracción de sectores antiguos rara vez se produce sin sobresaltos o de manera pacífica y que suele ir asociada a cierres de fábricas y bancarrotas a medida que los capitales intentan reducir sus pérdidas desviándolas de unos a otros mediante guerras de precios competitivas. Cuando varios sectores se contraen al

23. MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 627 (traducción Fowkes) [p. 788 de la ed. cast.].

24. JOSEPH SCHUMPETER, *Business Cycles: A Theoretical, Historical and Statistical Analysis of the Capitalist Process* (Martino Pub, 2005) [ed cast.: *Ciclos económicos: análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*, trad. Jordi Pascual Escutia (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2003)].

mismo tiempo (y suele ser el caso, ya que están basados en conjuntos de innovaciones tecnológicas relacionadas entre sí) se produce una recesión.

Schumpeter llama a esta pérdida de capital y de trabajo «destrucción creativa». «Creativa» no solo en el sentido de que está estimulada por la innovación, sino también porque la destrucción crea las condiciones para nuevas inversiones e innovaciones: en el transcurso de una crisis, los capitales encuentran medios de producción y fuerza de trabajo disponibles en el mercado a precios de saldo. De ahí que, igual que un incendio forestal, la recesión despeje el camino para una nueva fase de crecimiento.

Muchos marxistas han hecho suya una concepción semejante a la del crecimiento cíclico de Schumpeter, a la que se limitan a añadir la resistencia obrera, o tal vez los límites de la ecología, como restricción externa. De ahí que complementen la noción marxista de la crisis como mecanismo de autorregulación con la convicción de que las crisis ofrecen oportunidades para hacer valer el poder de la fuerza de trabajo —o corregir las tendencias ecológicamente destructivas del capitalismo—. En esos momentos, «otro mundo es posible».

Ahora bien, la teoría del capitalismo de Marx no hace ninguna distinción semejante entre dinámica «interna» y límites «externos». Para Marx la dinámica del capital se manifiesta *como su propio límite* en y a través de este proceso de reproducción ampliada, no mediante *ciclos* de prosperidad y depresión, sino mediante el deterioro *secular* de sus propias condiciones de acumulación.

LA CRISIS DE LA REPRODUCCIÓN

Suele buscarse una teoría de la decadencia secular en las notas de Marx sobre la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, que Engels editó y compiló como los capítulos XIII a XV del tomo III de *El Capital*. Allí se sostiene que la tendencia de la tasa de ganancia a igualarse entre sectores, —combinada con la tendencia de la productividad a aumentar en todos los sectores— da lugar a una disminución tendencial de la rentabilidad en el conjunto de la economía. Décadas de debates se han centrado en el «aumento de la composición orgánica del capital» al que se achaca esta tendencia, así como a la compleja interacción entre las diversas tendencias y contratendencias implicadas. No obstante, quienes participan en estos debates suelen olvidar que la misma explicación de la composición del capital sustenta *otra ley*, que se expresa en una tendencia a la crisis tanto cíclica como secular, y que cabe leer como una reformulación más ponderada de esta explicación por parte de Marx, a saber, el capítulo XXV del tomo I de *El Capital*: «La ley general de la acumulación capitalista».²⁵

Este capítulo, que sigue inmediatamente a los tres capítulos sobre la reproducción simple y ampliada, suele leerse como si tuviera objetivos más modestos. Los lectores se centran exclusivamente en la primera parte de la argumentación de Marx, donde da cuenta de la determinación endógena del

25. Aunque sea anterior, la versión publicada del primer volumen, redactado en 1866-7, es en realidad posterior al tercero, la mayor parte de cuyo material fue redactado en 1863-5. Por tanto, parece plausible dar cuenta de los sorprendentes paralelismos que hay entre el capítulo XXV del tomo primero y el capítulo XV del tercer volumen basándonos en la suposición de que Marx introdujo elementos fundamentales del material del tercer tomo en la versión publicada del primero cuando previó la dificultad de terminar el tercer volumen en un plazo razonable.

nivel de los salarios. Allí Marx muestra cómo, a través del mantenimiento estructural de un cierto nivel de desempleo, los salarios se ajustan a las necesidades de la acumulación. A medida que aumenta la demanda de fuerza de trabajo, el «ejército industrial de reserva» de los parados se contrae, lo que a su vez hace aumentar los salarios. A continuación, este aumento de los salarios disminuye la rentabilidad y hace que la acumulación se ralentice. A medida que la demanda de trabajo se reduce, el ejército de reserva vuelve a crecer y los aumentos salariales previos se evaporan. Si este fuera el único argumento del capítulo, entonces la «ley general» no sería más que una nota al pie de las teorías de la reproducción simple y ampliada. Pero Marx solo está empezando a desplegar su argumento. Si los parados tienden a ser reabsorbidos por los circuitos del capitalismo como ejército industrial de reserva —todavía sin empleo, pero desempeñando una función fundamental para la regulación del mercado de trabajo—, también tienden a proliferar por encima de la magnitud requerida por esta función y a convertirse en *absolutamente redundantes*:

Cuanto mayores sean la riqueza social, el capital en funciones, el volumen y vigor de su crecimiento y por tanto, también, la magnitud absoluta de la población obrera y la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor será la pluspoblación relativa o ejército industrial de reserva. La fuerza de trabajo disponible se desarrolla por las mismas causas que la fuerza expansiva del capital. La magnitud proporcional del ejército industrial de reserva, pues, se acrecienta a la par que las potencias de la riqueza. Pero cuanto mayor sea este ejército de reserva en proporción al ejército obrero activo, tanto mayor será la masa de la pluspoblación consolidada o las capas obreras cuya miseria está en razón inversa a la tortura de su trabajo. Cuanto mayores sean, finalmente, las capas de la clase obrera formadas por el lumpemproletariado, así

como el ejército industrial de reserva, tanto mayor será el pauperismo oficial. Esta es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista.²⁶

En otras palabras, la ley general de la acumulación capitalista consiste en que, en paralelo a su crecimiento, el capital parte de la masa de trabajadores para producir una población relativamente superflua, la cual luego tiende a convertirse en una población excedentaria consolidada completamente prescindible para las necesidades del capital.²⁷

No resulta inmediatamente obvio cómo Marx llega a esta conclusión, aunque en una época de reactivaciones económicas sin empleo, barriadas de chabolas y precariedad generalizada, la tendencia que describe parece cada vez más evidente. En la edición francesa del primer volumen de *El Capital* Marx expone con más claridad su argumento. Allí señala que cuanto más elevada sea la composición orgánica del capital, más rápidamente tiene que proseguir la acumulación para mantener el empleo, con lo que «acelera, al mismo tiempo, los trastrocamientos en la composición técnica del capital que acrecientan la parte constante de este a expensas de la variable, reduciendo con ello la demanda relativa de trabajo». Se trata de algo más que una característica de industrias concretas caracterizadas por una gran concentración. A medida que avanza la acumulación, una creciente «sobreabundancia» de bienes disminuye la tasa de ganancia e intensifica la competencia entre sectores, obligando así a

26. MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 638 [p. 803 de la ed. cast.].

27. Esta población excedente no tiene por qué estar completamente «al margen» de las relaciones sociales capitalistas. Puede que el capital no necesite a estos trabajadores, pero ellos siguen teniendo necesidad de trabajar. Por tanto, se ven obligados a prestarse a las formas más abyectas de esclavitud asalariada en forma de la pequeña producción y los servicios.

todos los capitalistas a «economizar en mano de obra». Los aumentos de productividad, por tanto, «se concentran bajo esta gran presión y se asimilan a través de modificaciones técnicas que revolucionan la composición del capital en todas las ramas que rodean las grandes esferas de la producción».²⁸

¿Qué sucede, entonces, con las nuevas industrias? ¿No se hacen cargo del empleo sobrante? Marx constata, en los movimientos del ciclo económico y a través de ellos, un desplazamiento de industrias intensivas en mano de obra a industrias intensivas en capital, con la consiguiente caída en la demanda de fuerza de trabajo tanto en los nuevos sectores como en los antiguos: «[p]or una parte, como vemos, el capital suplementario formado en el curso de la acumulación atrae cada vez menos obreros, en proporción a la magnitud que ha alcanzado. Por otra parte, el capital antiguo, reproducido con una nueva composición, repele cada vez más obreros de los que antes ocupaba».²⁹

Este es el secreto de la «ley general»: *las tecnologías ahorradoras de trabajo tienden a generalizarse* dentro y fuera de cada sector, lo que acarrea una disminución relativa de la demanda de fuerza de trabajo. Más aún, esas innovaciones son irreversibles: no desaparecen ante la eventualidad de un restablecimiento de la rentabilidad —de hecho, como veremos, el restablecimiento de la rentabilidad a menudo depende de innovaciones ulteriores en sectores nuevos o en expansión—. Por tanto, de no ponerse freno, la disminución

28. Las traducciones de la edición francesa del primer volumen de *El Capital* proceden de SIMON CLARKE, *Marx's Theory of Crisis* (St Martin's Press, 1994), pp. 172-5.

29. MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), pp. 622-3 [p. 781 de la ed. cast.].

relativa de la demanda de trabajo amenaza con avanzar más rápidamente que la acumulación de capital, convirtiéndose así en absoluta.³⁰

Marx no se limitó a sacar esta conclusión a partir de su análisis abstracto de la ley del valor. En el capítulo XV de *El Capital* intenta demostrar empíricamente esta tendencia. Allí presenta estadísticas del censo británico de 1861 que muestran que las nuevas industrias que estaban entrando en funcionamiento a raíz de las innovaciones tecnológicas ocupan un espacio en la producción global que, en términos de empleo, «no es en modo alguno considerable». Ofrece los ejemplos de «las fábricas de gas, el telégrafo, la fotografía, la navegación de vapor y el ferrocarril» —todas ellas industrias sumamente mecanizadas y dotadas de procesos relativamente automatizados— y muestra que el empleo total en estos sectores no alcanzaba los cien mil trabajadores, frente al más de un millón en la industria textil y la del metal, cuya mano de obra estaba entonces disminuyendo a raíz de la introducción de maquinaria.³¹ Exclusivamente a partir de estas estadísticas, resulta evidente que, en el momento de su aparición inicial, las industrias de la segunda revolución industrial no absorbieron ni de lejos tanto trabajo como las de la primera. En el capítulo XXV Marx proporciona pruebas estadísticas adicionales de que, entre 1851 y 1871, el empleo continuó creciendo sustancialmente solo en aquellas industrias más antiguas en las que la maquinaria aún no se

30. A veces Marx enfoca esto como una crisis revolucionaria: «[u]n desarrollo de las fuerzas productivas que redujese el número absoluto de los obreros, es decir, que de hecho capacitase a la nación entera para llevar a cabo su producción global en un lapso más reducido, provocaría una revolución, pues dejaría fuera de circulación a la mayor parte de la población». MARX, *Capital*, vol. 3 (MECW 37), p. 262 [p. 338 de la ed. cast.].

31. MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 449 [p. 542 de la ed. cast.].

había introducido con éxito. Por tanto, las expectativas de Marx de una trayectoria secular de descenso primero relativo y luego absoluto de la demanda de fuerza de trabajo fueron confirmadas por las pruebas disponibles en su época.

Lo que Marx describe aquí no es una crisis en el sentido habitualmente usado por la teoría marxista, es decir, una crisis periódica de producción, consumo o incluso acumulación. En y a través de estas crisis cíclicas surge *una crisis secular, una crisis de reproducción de la propia relación capital-trabajo*. Si la reproducción ampliada indica que la mano de obra y los capitales expulsados de la industria tratarán de encontrar un lugar en sectores nuevos o en expansión, la ley general de la acumulación capitalista apunta a que, con el paso del tiempo, serán cada vez más los trabajadores y los capitales incapaces de reinsertarse en el proceso de reproducción. De esta manera, el proletariado tiende a convertirse en una externalidad con respecto al proceso de su propia reproducción, en una clase de trabajadores «libres» no solo de medios de reproducción, sino también del trabajo mismo.

Para Marx esta crisis expresa la contradicción fundamental del modo de producción capitalista. Por un lado, las relaciones sociales capitalistas reducen a la gente a trabajadores. Por otro, esas personas *no pueden ser trabajadores*, ya que, al trabajar, socavan las condiciones de posibilidad de su propia existencia. El trabajo asalariado es inseparable de la acumulación de capital, del aumento de las innovaciones ahorradoras de trabajo que, con el tiempo, reducen la demanda de fuerza de trabajo: «[l]a acumulación capitalista produce de manera constante, antes bien, y precisamente en proporción a su energía y a su volumen, una población obrera relativamente excedentaria, esto es, excesiva para las necesidades medias de valorización del capital y por tanto superflua».³² Podría parecer que la abundancia de bienes resultante de

32. *Ibid.* p. 625 [p. 784 de la ed. cast.].

las innovaciones ahorradoras de trabajo debería conducir a una abundancia de puestos de trabajo. Sin embargo, en una sociedad basada en el trabajo asalariado, la reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario, que lleva a que los bienes sean tan abundantes, solo puede expresarse bajo la forma de la escasez de puestos de trabajo y de la multiplicación de las formas de empleo precario.³³

La exposición que Marx hace de la ley general es una reafirmación a su vez, un dramático despliegue de lo que expone como su tesis al principio del capítulo XXV. Allí escribe, de manera un tanto simple: «[a]cumulación del capital es, por tanto, aumento del proletariado». Los marxistas de épocas anteriores interpretaron esta tesis en el sentido de que la expansión del capital exige la expansión de la clase obrera industrial. Pero el proletariado no es idéntico a la clase obrera industrial. De acuerdo con lo que Marx expone en la conclusión de este capítulo, el proletariado es más bien una clase obrera en transición, una clase obrera que tiende a *convertirse* en una clase excluida del trabajo. Esta interpretación

33. Cabría imaginar un mundo en el que las innovaciones ahorradoras de trabajo desembocasen en una disminución, no del número de trabajadores en un sector determinado, sino de la cantidad de tiempo que trabaja cada uno de ellos. Sin embargo, dado que los capitalistas obtienen sus beneficios del valor añadido por el trabajador más allá de lo necesario para costear su salario, nunca es del interés de los capitalistas reducir el número de horas realizadas por cada individuo (a menos, claro está, que se vean obligados a hacerlo por la acción del Estado o la agitación obrera). Semejantes reducciones mermarían directamente los beneficios a menos que los salarios también fuesen reducidos de forma conjunta. Debido a las peculiaridades de una forma social basada en el trabajo asalariado, por tanto, los capitalistas deben reducir el número de individuos que trabajan en lugar de reducir el número de horas que trabaja cada individuo, disminuyendo así los costes del trabajo en relación con el valor añadido y arrojando a grandes masas de gente a la calle.

queda corroborada por la única definición del proletariado que Marx ofrece en *El Capital*, situada en una nota al pie de la tesis anterior:

Por «proletario» únicamente puede entenderse, desde el punto de vista económico, el «asalariado» que produce y valoriza «capital» y al que se arroja a la calle no bien se vuelve superfluo para las necesidades de valorización del *Monsieur Capital*.³⁴

DE LA REINDUSTRIALIZACIÓN A LA DESINDUSTRIALIZACIÓN

La «ley general de la acumulación capitalista», con sus claras implicaciones para la interpretación de *El Capital*, ha sido pasada por alto en nuestra propia época porque bajo el nombre de la «tesis del empobrecimiento» fue apoyada y abandonada muchas veces en el transcurso del siglo XX.

Se sostuvo que las predicciones de Marx sobre el aumento del desempleo y, por ende, acerca del empobrecimiento creciente de la población activa habían sido contradichas por la evolución histórica del capitalismo: tras la muerte de Marx, la clase obrera industrial no solo había aumentado en número, sino que su nivel de vida también había aumentado.

Sin embargo, y dejando de lado el hecho de que estas tendencias suelen generalizarse en exceso, en tiempos más recientes su aparente inversión ha hecho que la tesis del empobrecimiento parezca más plausible. En los últimos treinta años hemos sido testigos de un estancamiento global en el número relativo de trabajadores industriales. La diferencia ha sido compensada por un sector servicios con salarios bajos en los países de PIB alto y por una explosión sin precedentes

34. *Ibid.*, p. 609 (comillas de énfasis añadidas) [p. 890 de la ed. cast.].

del chabolismo y del trabajo informal en los países de PIB bajo.³⁵ Así pues, la pregunta no es si es correcta la tesis del empobrecimiento, sino: ¿en qué condiciones esta es válida?

Marx escribió acerca del crecimiento de las poblaciones excedentarias consolidadas en 1867. Sin embargo, la tendencia que describió —según la cual, las nuevas industrias, debido a su mayor grado de automatización, absorben una proporción menor de capital y de trabajo expulsados por la mecanización de las industrias más antiguas— no evolucionó de la forma que él había previsto.

Como podemos ver en el gráfico de la página siguiente, el punto de vista de Marx era correcto para el Reino Unido de su época: las incipientes industrias de comienzos de la segunda revolución industrial —como el sector químico, los ferrocarriles, el telégrafo, etc.— no fueron capaces de compensar la disminución del empleo en las industrias de la primera revolución industrial.

La consecuencia fue un descenso continuo de la tasa de crecimiento del empleo industrial, que parecía destinado a convertirse en descenso absoluto en algún momento de principios del siglo XX.

Lo que Marx no había previsto, y lo que realmente ocurrió en la década de 1890, fue la aparición de nuevas industrias que absorbieron mano de obra y de capital al mismo tiempo y que lograron posponer esa disminución durante más

35. En este artículo hemos optado por utilizar los epítetos de «PIB alto»/«PIB bajo» (es decir, el PIB per cápita) para describir la división del mundo entre una minoría adinerada de Estados capitalistas y una mayoría más pobre. Adoptamos estos términos, que no son plenamente satisfactorios, debido a que carecen de asociaciones con los problemáticos análisis políticos y teóricos que conllevan otras divisiones (por ejemplo, primer mundo/tercer mundo, centro/periferia, desarrollados/subdesarrollados, imperialistas/oprimidos).

de medio siglo. El crecimiento de estas nuevas industrias, fundamentalmente la del automóvil y la de bienes de consumo duraderos, dependió de dos novedades del siglo XX: el papel cada vez mayor del Estado en la gestión económica y la transformación de los servicios al consumidor en bienes de consumo.³⁶



Gráfico 1: El empleo en la industria en el Reino Unido: 1841-1991.

Fuente: Brian Mitchell, *International Historical Statistics: Europe, 1750-2005* (Palgrave Macmillan, 2007).

Las industrias emergentes sobre las que Marx escribió durante la década de 1860 —las fábricas de gas, los telégrafos y los ferrocarriles, (a los que nosotros solo añadiríamos la electrificación)— ya comenzaban a ofrecerse a los consumidores en aquel entonces. Sin embargo, los servicios al consumidor generados a partir de estas tecnologías —inicialmente reservados para el disfrute de una élite acaudalada— eran secundarios en relación con los servicios que proporcionaban en el marco de la economía interna y planificada de las empresas.

36. En lo que sigue nos ocupamos solo de este último fenómeno. Para una descripción del anterior, véase el artículo *Notas sobre la cuestión de la vivienda*, en este número.

Las vías férreas surgieron como una innovación ahorradora de trabajo en el seno de la minería y luego se extendieron a otras industrias. Solo se convirtieron en un servicio ofrecido a los consumidores después de que cárteles apoyados por el Estado construyeran extensas infraestructuras ferroviarias nacionales. Pese a que los costes descendieron y que el transporte mecanizado por ferrocarril se hizo accesible para cada vez más gente, como servicio al consumidor conservaron muchas de las características de su empleo inicial como «proceso de innovación» en el marco de la industria. Los ferrocarriles nacionales, que transportaban pasajeros además de cargamentos, absorbieron grandes cantidades de capital y trabajo durante su construcción, pero posteriormente fueron procesos relativamente automatizados que requerían menos capital y trabajo para su mantenimiento.³⁷

El advenimiento de la industria del automóvil, subvencionada por la construcción estatal de carreteras, acabó transformando el servicio al consumidor del transporte mecanizado en un bien que podía ser adquirido por el consumidor individual. Esta segmentación y replicación del producto —la transformación de un proceso de innovación ahorrador de trabajo en una «innovación productiva» que absorbe capital y mano de obra— supuso que dicha industria fuera capaz de absorber más capital y trabajo a medida que su mercado se fue ampliando. Algo parecido se puede decir del paso de la telegrafía a los teléfonos y de la fabricación electrónica a los productos electrónicos de consumo. En ambos casos, un servicio colectivamente consumido —que a menudo había surgido como un servicio intermediario en el marco de la

37. La diferencia entre la economía de tiempo que el transporte ferroviario ofrecía al consumidor y la economía de tiempo y trabajo que ofrecía al capitalista se convirtió a su vez en una diferencia evanescente a medida que la noción capitalista del tiempo como recurso escaso que hay que distribuir con la máxima eficiencia llegó a dominar cada vez más la sociedad en conjunto.

industria— quedó transformado en una serie de mercancías que se podían adquirir individualmente y que abrían nuevos mercados, que a su vez se convertían en mercados de masas a medida que los costes disminuían y la producción aumentaba. Este fue el fundamento del «consumo de masas» del siglo XX, pues las nuevas industrias lograron absorber simultáneamente grandes cantidades de capital y de trabajo, aun cuando los incrementos de productividad hicieron disminuir los costes relativos de producción de tal manera que cada vez más campesinos se convirtieron en trabajadores y a cada vez más trabajadores se les proporcionó empleo estable.

Sin embargo, como muestra el gasto público sin precedentes que sustentó este proceso, el capital no está dotado de ninguna tendencia intrínseca que permita generar de forma continua innovaciones en productos que compensen sus procesos de innovación para ahorrar mano de obra. Al contrario, esas mismas innovaciones en productos actúan a menudo como procesos de innovación, con lo que la solución no hace más que agravar el problema inicial.³⁸ Cuando, durante las décadas de 1960 y 1970, las industrias del automóvil y de bienes de consumo duraderos comenzaron a expulsar capital y trabajo, nuevos sectores como el de la microelectrónica se mostraron incapaces de absorber los excedentes, incluso décadas después.

38. «Para absorber un número adicional de obreros de una magnitud dada, o incluso a causa de la metamorfosis constante del capital antiguo para mantener ocupados a los que ya estaban en funciones, no solo se requiere una acumulación del capital global acelerada en progresión creciente; esta acumulación y concentración crecientes, a su vez, se convierten en fuente de nuevos cambios en la composición del capital o promueven la disminución nuevamente acelerada de su parte constitutiva variable con respecto a la parte constante». MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 623-624 [p. 783-784 de la ed. cast.].

Estas innovaciones, como las de la segunda revolución industrial descritas, surgieron de optimizaciones de procesos concretas en el marco de la industria y del ejército, y solo recientemente se han transformado en una diversidad de productos de consumo. La dificultad inherente a este desplazamiento, desde la perspectiva de la generación de nuevos puestos de trabajo, no reside simplemente en la dificultad de controlar un mercado de software, sino también en que los nuevos bienes generados por la industria microelectrónica han absorbido magnitudes cada vez menores de capital y trabajo.

Es más, no se trata solo de que los ordenadores tengan unos requisitos de mano de obra rápidamente decrecientes (la industria de los microchips, restringida a solo unas cuantas fábricas en el mundo entero, está increíblemente mecanizada), sino también de que, al incrementar rápidamente el grado de automatización, tienden a disminuir las necesidades de mano de obra en todos los demás sectores.³⁹ Así, en lugar de resucitar una industria estancada y restablecer la reproducción ampliada —en línea con el pronóstico de Schumpeter—, el auge de la industria informática ha contribuido a la desindustrialización y a una escala de acumulación descendente —en línea con el pronóstico de Marx—.

LAS POBLACIONES EXCEDENTARIAS BAJO LA DESINDUSTRIALIZACIÓN: EL SECTOR SERVICIOS Y LAS BARRIADAS MARGINALES

La desindustrialización comenzó en los Estados Unidos, donde la participación en el empleo industrial empezó a disminuir en la década de 1960 antes de descender de forma

39. Véase *Forces of Labor* (Cambridge University Press, 2003) [ed. cast.: *Fuerzas de trabajo: los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, trad. Juan María López de Sa y de Madariaga (Akal, Madrid, 2005)].

absoluta en los años ochenta, aunque esta tendencia no tardó en generalizarse a la mayoría de los demás países de alto PIB, e incluso a países y regiones considerados «en vías de industrialización».⁴⁰ El crecimiento explosivo de un sector servicios caracterizado por bajos salarios compensó parcialmente la disminución del empleo en la industria. No obstante, los servicios demostraron ser incapaces de sustituir a la industria como base de una nueva ronda de reproducción ampliada.

A lo largo de los últimos cuarenta años, de un ciclo a otro el promedio del PIB ha crecido de forma cada vez más lenta tanto en los Estados Unidos como en Europa —con la sola excepción de Estados Unidos durante la década de 1990—, a la vez que los salarios reales se han estancado y los trabajadores han tenido que recurrir cada vez más al crédito para mantener su nivel de vida.

Si, como hemos resaltado, la reproducción ampliada genera un crecimiento dinámico cuando el aumento de la productividad libera capital y trabajo en determinados sectores, que luego se congregan en industrias nuevas o en expansión, entonces eso tiene consecuencias importantes de cara a comprender el crecimiento en la industria de servicios. Los servicios son, casi por definición, actividades en las que los aumentos de productividad son difíciles de obtener salvo de manera marginal.⁴¹ La única forma conocida de mejorar drásticamente la eficiencia de los servicios consiste en

40. La desindustrialización no supuso una disminución de la producción industrial real en ningún país (salvo el Reino Unido). En 1999 la industria aún representaba el 46 por ciento del total de los beneficios estadounidenses, pero solo ocupaba al 14 por ciento de la mano de obra.

41. ROBERT ROWTHORN Y RAMASWAMY RAMANA, «Deindustrialization: Causes and Implications», *IMF Working Paper* 97/42, abril de 1997.

transformarlos en mercancías para luego producir esas mercancías mediante procesos industriales que con el tiempo se vuelven más eficientes. Muchas mercancías son en realidad antiguos servicios: antes, en las casas de los ricos, los platos los lavaba el servicio doméstico; hoy en día, los lavavajillas prestan ese servicio de una manera más eficiente y su producción cuesta cada vez menos trabajo. Las actividades que siguen siendo servicios tienden a ser precisamente aquellas que *hasta ahora ha sido imposible sustituir en el universo de los artículos manufacturados*.⁴²

Por supuesto, el concepto burgués de «servicios» es notoriamente impreciso y abarca todo lo que va desde los llamados «servicios financieros» al trabajo administrativo y al personal de limpieza de los hoteles, pasando por algunos empleos industriales subcontratados. Muchos marxistas han intentado asimilar la categoría de los servicios a la de trabajo improductivo, pero si reflexionamos sobre la caracterización anterior resulta evidente que se aproximan más al concepto marxiano de la «subsunción formal». Marx criticó a Smith por tener una visión metafísica del trabajo productivo e improductivo —siendo el primero el que producía bienes y el segundo aquel que no los producía— y la reemplazó por una distinción técnica entre trabajos realizados como parte de un proceso de valorización del capital y trabajos realizados al margen de ese proceso para el consumidor inmediato.

En los *Resultados inmediatos del proceso de producción* Marx sostiene que, teóricamente, todo trabajo improductivo puede ser transformado en productivo, pues esto solo significaría

42. JONATHAN GERSHUNY, *After Industrial Society?: the Emerging Self-Service Economy* (Humanities Press, 1978) [ed. cast.: *La nueva economía de servicios: la transformación del empleo en las sociedades industriales* (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1988)].

que ha sido formalmente subsumido por el proceso capitalista de valorización.⁴³ Sin embargo, las actividades formalmente subsumidas solo producen plusvalor absoluto.

Para poder producir plusvalor relativo es preciso transformar el proceso material de producción de modo que se preste a aumentos de productividad rápidos —cooperación, manufactura, gran industria y maquinaria—, esto es, subsumirlos *realmente*. Cuando economistas burgueses como Rowthorn hablan de «servicios tecnológicamente estancados» evocan, sin saberlo, el concepto de Marx de un proceso de trabajo que ha sido subsumido solo de manera formal, pero no realmente.

Así pues, a medida que la economía crece, el volumen de producción real en los «servicios» tiende a crecer, pero lo hace solo mediante el incremento de las plantillas o la intensificación del trabajo de las plantillas existentes; es decir, mediante la producción de plusvalor absoluto y no de relativo. En la mayoría de estos sectores los salarios representan la práctica totalidad de los costes, por lo que estos tienen que mantenerse bajos para que los servicios sigan siendo asequibles y rentables, sobre todo cuando las personas que pagan por ellos son pobres a su vez: de ahí McDonalds y Wal-Mart en los Estados Unidos o el enorme proletariado informal de India y China.⁴⁴ Supone un peculiar fracaso

43. MARX, «Results of the Direct Production Process» (MECW 34), pp. 121-46 [ed. cast.: *Resultados del proceso inmediato de producción*, trad. P. Scaron (Siglo XXI, México, 2009)].

44. Muchos puestos de trabajo del sector servicios solo existen debido a las diferencias salariales, es decir, debido a enormes desigualdades sociales. Marx observó que en la Inglaterra victoriana los servidores domésticos superaban en número a los trabajadores industriales (MARX, *Capital*, vol. 1 [MECW 35], p. 449). El aumento de los salarios reales hizo cada vez más inviable para familias de clase media emplear a sirvientes. Durante gran parte del siglo XX, esta mano de

analítico que hoy en día, en determinados ámbitos, se atribuya la desindustrialización de los países de PIB alto a la industrialización de los países de PIB bajo, mientras que en otros, la desindustrialización de los países de PIB bajo se atribuye a las políticas del FMI y del Banco Mundial, que presuntamente estarían al servicio de los intereses de los países de PIB alto. De hecho, casi todos los países del mundo han participado de la *misma transformación global*, pero en grados variables. A comienzos de la posguerra, muchos países viraron hacia el «fordismo», lo que implica que la importación de los métodos de producción en masa fue posible gracias a las «transferencias tecnológicas» de los países de PIB alto que patrocinaron los gobiernos. Suele considerarse al fordismo como una política de desarrollo económico nacional basada en un *pacto* entre el capital y el trabajo para compartir los beneficios de los aumentos de productividad. No obstante, el fordismo se basó casi desde sus comienzos en la internacionalización del comercio de bienes manufacturados. Europa y Japón fueron los máximos beneficiarios del resurgimiento del comercio internacional durante las décadas de 1950 y 1960: los capitales de estos países fueron capaces de realizar enormes economías de escala mediante la producción para el comercio internacional, superando así los límites de sus propios mercados nacionales. A mediados de los años sesenta, los capitales de los países de bajo PIB, como Brasil y Corea del Sur, estaban haciendo lo mismo: aun cuando solo lograban hacerse con una pequeña porción de un mercado de exportación internacional en plena expansión, crecían a pesar de ello mucho más allá de lo que les habría permitido hacerlo su mercado interno. Así pues,

obra desamparada quedó reducida a una mera anécdota, hasta que reapareció bajo la forma de trabajadores del sector servicios, incluso en los lugares más recónditos del mundo contemporáneo.

en el período anterior a 1973, *en todos los países en vías de industrialización la internacionalización del comercio estuvo asociada a tasas de crecimiento elevadas.*

A partir de 1973 esa situación cambió. Los mercados de productos manufacturados se estaban saturando y cada vez más se daba el caso de que unos pocos países eran capaces de suministrar bienes manufacturados a todo el mundo (en la actualidad, una empresa china produce más de la mitad de los microondas del planeta). De ahí la crisis subsiguiente de la relación capital-trabajo o, dicho de otro modo, la crisis conjunta de sobreproducción y subconsumo, que estuvo marcada por un descenso global de la tasa de ganancia que desembocó en una multiplicación de formas de desempleo y de empleo precario. A medida que el acuerdo entre capital y trabajo se vino abajo, después de haber tenido siempre como fundamento unas tasas de crecimiento saludables a escala mundial, los salarios se estancaron.

En todos los países el capital se volvió aún más dependiente del comercio internacional, pero a partir de ahora *los capitales de algunos países solo podrían ampliarse a expensas de los de otros.* Pese a que todavía no habían alcanzado a los países de alto PIB, los países de PIB bajo fueron partícipes de la misma crisis internacional. Los Programas de Ajuste Estructural no hicieron más que acelerar su transición hacia un marco internacional nuevo e inestable. La desindustrialización, o cuando menos el estancamiento del empleo industrial, se hizo sentir de forma casi universal en las naciones industrializadas entre las década de 1980 y 1990.⁴⁵

Para los países que siguieron siendo agrícolas o que dependían de las exportaciones tradicionales o de recursos naturales la crisis resultó aún más devastadora, ya que los precios de

45. SUKTI DASGUPTA Y AJIT SINGH «Will Services be the New Engine of Indian Economic Growth?», *Development and Change* 36:6 (2005).

los productos «tradicionales» se derrumbaron con motivo de la caída de la demanda. También en este caso debemos volver la vista atrás y fijarnos en tendencias a más largo plazo.

A comienzos de la posguerra, la evolución de la agricultura hizo aumentar drásticamente la oferta de alimentos baratos. En primer lugar, en las fábricas de municiones desmanteladas tras la Segunda Guerra Mundial se produjeron fertilizantes sintéticos, lo que hizo posible elevar la productividad de la tierra gracias a nuevas variedades de cultivos de alto rendimiento. En segundo lugar, la mecanización incrementó la productividad del trabajo agrícola. Ambas tecnologías fueron adaptadas a la producción en climas tropicales. Así, casi inmediatamente después de que el campesinado mundial se viera incorporado a los mercados por los elevados precios de los productos agrícolas resultantes del bum provocado por la Guerra de Corea, esos mismos precios comenzaron a descender de forma constante.

En los países de bajo PIB el abandono de la agricultura ya se había puesto en marcha durante la década de 1950. Fue el producto no solo de la diferenciación interna y de la expulsión del campesinado en función de la viabilidad de los mercados, sino también de un enorme incremento de la propia población sustentado por los alimentos baratos y la medicina moderna. El aumento del tamaño de las familias acarrió que las formas tradicionales de herencia pulverizaran las dimensiones de las explotaciones, a la vez que una densidad de población en aumento forzaba al máximo los límites ecológicos como consecuencia de un empleo insostenible de los recursos.⁴⁶ Una vez más, los Programas de Ajuste

46. Esto no quiere decir que el mundo esté superpoblado en relación con la producción de alimentos. Como hemos mostrado, el abandono del campo estuvo relacionado con un aumento enorme de la productividad agrícola. La producción de alimentos por persona ha aumentado de manera constante, aun cuando el crecimiento de la po-

Estructural de las décadas de 1980 y 1990, que obligaron a los países endeudados a poner fin a los subsidios agrícolas, se limitaron a noquear a un campesinado ya fuera de combate.

Por lo tanto, debería estar claro que la desindustrialización no es consecuencia de la industrialización del «tercer mundo». En la actualidad la mayor parte de la clase obrera industrial del planeta vive fuera del «primer mundo», al igual que la mayor parte de la población mundial. En términos absolutos, en los países de PIB bajo hay más trabajadores empleados en la industria, pero no en términos relativos.

El empleo industrial relativo sigue disminuyendo pese a que el empleo rural se está desplomando. Así como la desindustrialización de los países de PIB alto acarrea tanto la expulsión de la industria como la incapacidad de los servicios de ocupar su lugar, también el crecimiento explosivo de las barriadas marginales y del chabolismo en los países de PIB bajo acarrea a la vez la expulsión del campo y la incapacidad de la industria para absorber el excedente rural. Mientras que antes el Banco Mundial solía insinuar que las poblaciones excedentarias cada vez más grandes que había en todo el mundo eran un mero elemento de transición, ahora se ve forzado a reconocer el carácter permanente de esta condición. Hoy en día, más de mil millones de personas malviven migrando sin cesar entre barriadas marginales urbanas y rurales en busca de trabajo temporal e informal allí donde lo encuentren.⁴⁷

blación haya ido reduciéndose a medida que se completa la transición demográfica mundial. Sería todavía mayor si la sobreproducción de cereales no hubiera llevado a subvencionar el maíz para alimentar a los animales destinados a la producción cárnica. El concepto marxiano de las poblaciones excedentarias —excedentarias exclusivamente con respecto a la acumulación de capital— no tiene nada de malthusiano.

47. Véase MIKE DAVIS, *Planet of Slums* (Verso, 2006) [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, trad. Juan María Amoroto Salido (Foca, Madrid, 2007)].

CAPITAL EXCEDENTARIO Y POBLACIONES EXCEDENTARIAS

Hemos descrito cómo la acumulación de capital durante períodos prolongados lleva a sectores antiguos a desprenderse de mano de obra y capital que luego se congregan en sectores nuevos en expansión. Esta es la dinámica del capital, que se convierte a la vez en su límite. Dado que el capital es expulsado independientemente de que encuentre o no oportunidades de inversión productivas, llega un punto en el que el capital «excedentario» comienza a acumularse en el sistema junto a la mano de obra excedentaria que ya no explota. Marx analiza estos fenómenos en una sección del tercer volumen de *El Capital* titulada «exceso de capital con exceso de población».⁴⁸ Durante la mayor parte de este artículo nos hemos centrado en este último fenómeno, en buena medida debido a la escasa atención prestada a esta tendencia entre los lectores de Marx. En esta última sección examinamos algunas manifestaciones recientes del fenómeno anterior, pues la historia del capital excedentario media y distorsiona a la vez la historia de las poblaciones excedentarias. Por

48. «No constituye una contradicción el que esta sobreproducción de capital esté acompañada por una superpoblación relativa más o menos grande. Las mismas circunstancias que han elevado la fuerza productiva del trabajo, aumentado la masa de los productos mercantiles, expandido los mercados, acelerado la acumulación del capital, tanto respecto a su masa como a su valor, y rebajado la tasa de ganancia, las mismas circunstancias han generado una superpoblación relativa y la generan constantemente, una superpoblación de obreros que el capital excedentario no emplea a causa del bajo grado de explotación del trabajo con el cual únicamente podría empleársela, o cuando menos a causa de la baja tasa de ganancia que arrojaría en caso de un grado de explotación dado». MARX, *Capital*, vol. 3 (MECW 37), pp. 254-5 [p. 328 de la ed. cast.].

desgracia, aquí apenas podemos hacer más que tocar este tema de pasada, y nos reservamos para *Endnotes* 3 la ocasión de exponerlo de forma más detallada.

Estados Unidos salió ileso de la Segunda Guerra Mundial como el país capitalista más avanzado con el mayor mercado interno, la población rural más reducida (como porcentaje del empleo total) y las tecnologías industriales más avanzadas. Según algunas estimaciones, era responsable de más de la mitad de la producción mundial.⁴⁹ También emergió de la guerra como el acreedor global por excelencia, dueño de dos tercios de las reservas mundiales de oro y con la mayoría de las potencias aliadas adeudándole enormes sumas de dinero. En estas condiciones, Estados Unidos pudo reconstruir el orden monetario internacional, que estaba en ruinas desde la crisis de 1929, imponiendo sus condiciones. En Bretton Woods se estableció el dólar como la moneda de reserva internacional, la única que estaba directamente respaldada por el oro, y todas las demás monedas fueron vinculadas al dólar, lo que creó un sistema de tipos de cambio fijo que, empero, contemplaba la posibilidad de ajustes periódicos. Por un lado, al ligar sus propias monedas al dólar, las potencias europeas obtuvieron un respiro temporal de tener que equilibrar sus presupuestos durante la reconstrucción. Por otro, Estados Unidos, al facilitar esa reconstrucción, se aseguró mercados para sus exportaciones de capital, lo que a su vez facilitó la compra de mercancías estadounidenses por parte europea. De este modo, los déficits presupuestarios europeos fueron financiados por las exportaciones de capital norteamericanas y un persistente desequilibrio en el

49. DANIEL BRILL, «The Changing Role of the United States in the World Economy» en JOHN RICHARD SARGENT, MATTHIJS VAN DEN ADEL (eds.), *Europe and the Dollar in the World-Wide Disequilibrium* (Brill, 1981) p. 19.

comercio trasatlántico fue incorporado fácticamente a los acuerdos de Bretton Woods. Dicho desequilibrio, sin embargo, no tardó en evaporarse.

A caballo de un influjo de dólares fruto de la inversión extranjera directa —a menudo militar—, los préstamos y el crédito, los países europeos, así como las empresas estadounidenses que operaban en Europa, habían estado importando bienes de capital estadounidenses para ampliar la capacidad productiva europea. El mismo proceso se dio en Japón, donde la Guerra de Corea desempeñó el papel del Plan Marshall (si bien en Japón las filiales norteamericanas brillaban por su ausencia). Todo esto fue alentado por Estados Unidos y facilitó la transferencia de sus tecnologías de producción y distribución en masa a todo el mundo. No obstante, a principios y mediados de la década de 1960, muchos países habían desarrollado su capacidad productiva hasta tal punto que ya no dependían de las importaciones estadounidenses. Es más, algunos de estos países estaban empezando a competir con aquellos productores estadounidenses de los que habían dependido hasta entonces. Esta competencia se desarrolló al principio en mercados de terceros países y luego en el propio mercado interno de Estados Unidos. El revés resultante para la balanza comercial estadounidense a mediados de los años sesenta supuso que la expansión de la capacidad de fabricación mundial se estaba aproximando a su límite. A partir de entonces, la competencia por la cuota de exportación se convertiría en un juego en el que algunos tendrían que perder para que otros ganasen.

Pese a que durante el bum de la posguerra la exportación de dólares mediante la inversión extranjera directa había permitido un crecimiento rápido de los países deficitarios, el cambio de fase acarrió que las exportaciones estadounidenses

de capital se volvieran cada vez más inflacionistas.⁵⁰ Los vertiginosos déficits presupuestarios estadounidenses de la guerra del Vietnam no hicieron más que intensificar el problema de la inflación, a la vez que una devaluación aparentemente inevitable del dólar amenazaba con socavar las reservas —y, por tanto, la balanza de pagos— de todas las naciones, llevando al límite la capacidad del sistema de tipos de cambio fijo.

El resultado fue que, por un lado, muchos bancos centrales comenzaron a cambiar sus dólares por oro (lo que obligó a Estados Unidos a poner fin a la convertibilidad efectiva en 1968), mientras que, por otro, los dólares excedentes acumulados en los mercados de eurodólares comenzaban a ejercer una presión especulativa sobre las monedas de economías basadas en la exportación, que corrían mayor riesgo en caso de devaluación del dólar. Eso incluía tanto a los países en desarrollo que habían vinculado sus monedas al dólar —y que, por ende, corrían el riesgo de ver reducirse el valor de sus principales exportaciones de materias primas en relación con el de los productos manufacturados de importación de los que dependía su desarrollo— como a los países desarrollados cuyos mercados de exportación corrían el riesgo de verse socavados por la revalorización de sus monedas con respecto al dólar.

50. La mayoría de los marxistas atribuye la inflación en este periodo ya sea al espectacular incremento del déficit presupuestario norteamericano —debido en gran parte a la guerra de Vietnam— o a la fuerza cada vez mayor de la clase obrera. Sin embargo, Anwar Shaikh argumenta convincentemente que la oferta restringida en relación con la cual la inflación constituye el índice de una demanda excesiva no es el pleno empleo o la resistencia de los trabajadores, sino más bien el nivel máximo de acumulación o la máxima rentabilidad de las instalaciones, cuya disminución durante este período fue el principal factor causante de la estanflación. ANWAR SHAIKH, «Explaining Inflation and Unemployment», en ANDRIANA VACHLOU, (ed.), *Contemporary Economic Theory* (Macmillan, 1999).

Al abandonar posteriormente los acuerdos de Bretton Woods y su política de «negligencia benigna» del déficit, Estados Unidos empleó esta amenaza de devaluación para imponer un nuevo patrón flexible del dólar como moneda de reserva al resto del mundo, delegando en la práctica la tarea de estabilizar el dólar en los bancos centrales extranjeros, que se iban a ver forzados a gastar sus dólares excedentes en valores estadounidenses con el fin de mantener el valor en dólares de sus propias monedas. A todos los efectos, esto permitió a Estados Unidos prescindir de restricciones presupuestarias, así como incrementar su déficit y emitir dólares a su antojo, a sabiendas de que a las naciones extranjeras no les quedaría otro remedio que volver a reciclarlos en los mercados financieros de Estados Unidos, sobre todo en forma de deuda gubernamental estadounidense, que no tardó en reemplazar al oro como moneda de reserva mundial.⁵¹

El reciclado de dólares excedentes dio un enorme impulso a los mercados financieros mundiales, los cuales se convirtieron en el factor clave en unos mercados de divisas súbitamente volátiles, a la vez como causa de esta volatilidad y como único recurso disponible para asegurarse contra ella. No obstante, los dólares excedentes también transformaron el panorama y determinaron las formas de crecimiento de la economía mundial durante los próximos treinta años. Debido a que era muy superior a la demanda de inversión global, esta «reserva gigante del dinero» se convirtió en la fuente de la expansión de la deuda estatal y de los consumidores, así como de burbujas financieras especulativas. En este último sentido, los dólares excedentes se han convertido en

51. Véase MICHAEL HUDSON, *Super Imperialism: The Origin and Fundamentals of U.S. World Dominance* (Pluto Press, 2003) [ed. cast.: *Superimperialismo*, trad. José Manuel Álvarez Flórez (Dopesa, Barcelona, 1973)].

una especie de fantasma que recorre el planeta acumulando burbujas de activos sin precedentes en cualquier economía nacional que tenga la desgracia de atraer su atención.⁵²

Esta cadena de burbujas y crisis empezó en América Latina a finales de la década de 1970. Un influjo de petrodólares reciclados —estimulado por unos tipos de interés reales por dólar negativos— generó toda una serie de arriesgadas innovaciones financieras —entre ellas, los famosos «préstamos hipotecarios a tipo variable»—, que se vinieron todas abajo cuando el *shock Volcker* hizo subir de nuevo los tipos de interés. Fueron los dólares excedentes reciclados japoneses los que salvaron a la economía estadounidense de la deflación posterior y permitieron a Reagan redoblar sus programas de gasto keynesianos. No obstante, Estados Unidos le dio las gracias a Japón devaluando el dólar en relación con el yen con motivo de los Acuerdos Plaza de 1985, lo que provocó una burbuja de precios de los activos de proporciones aún mayores en la economía japonesa, que finalmente se derrumbó en 1991. A su vez, esto puso en marcha una sucesión de burbujas en las economías de Asia Oriental a las que Japón había exportado su capacidad de producción a fin de sortear los inconvenientes de un yen revalorizado.

Estas economías, así como las latinoamericanas que habían vinculado sus monedas al dólar, se desplomaron luego como efecto retardado de la revalorización del dólar en los Acuerdos Plaza inversos de 1995. Sin embargo, esto solo desplazó la burbuja de nuevo a los Estados Unidos, donde las vacas

52. La siguiente disquisición debe mucho al análisis de Robert Brenner, en particular al prólogo de *Economics of Global Turbulence*: «What is Good For Goldman Sachs is Good For America: the Origins of the Current Crisis» (2009) [ed. cast.: *La economía de la turbulencia global: las economías capitalistas avanzadas de la larga expansión al largo declive, 1945-2005*, trad. Juan María López de Sa y Madariaga (Akal, Madrid, 2009)].

gordas del mercado de valores estadounidense cebadas por la revalorización del dólar dieron paso a la burbuja de *las punto com*. En 2001 esta última se transfirió a una burbuja de la vivienda cuando la demanda corporativa de deuda estadounidense resultó ser un sumidero insuficiente para los dólares excedentes globales. Si las últimas dos burbujas se limitaron en gran medida a Estados Unidos —pese a que los efectos de la burbuja inmobiliaria también afectaran a Europa—, es porque, debido a su tamaño y sus derechos de señoreaje,⁵³ la economía estadounidense era la única capaz de soportar el influxo de estos dólares excedentes durante un periodo de tiempo prolongado.

Si situásemos este fenómeno en el contexto de la historia de la desindustrialización y el estancamiento descrita más arriba, cabría concebirlo como un juego de sillas musicales en el que la difusión de la capacidad productiva por todo el mundo, agravada por una productividad en aumento, agudiza constantemente el exceso de capacidad mundial. Este exceso solo se mantiene en movimiento mediante un proceso en el que continuamente se traslada la carga de una economía inflacionista a otra. Estas últimas únicamente son capaces de absorber el excedente acumulando deuda sobre la base de unos tipos de interés excesivamente reducidos a corto plazo y generando riqueza ficticia, y en cuanto los tipos de interés comienzan a subir y la fiebre especulativa amaina, inevitablemente, todas estas burbujas estallan una tras otra.

Son muchos los que han denominado a este fenómeno «financiarización», término ambiguo que sugiere el creciente predominio del capital financiero sobre el capital industrial o comercial. Ahora bien, los relatos acerca del «auge de las finanzas», en todas sus versiones, ocultan tanto los orígenes

53. NdT: Por señoreaje [*seniorage*] se entiende el hecho de que el derecho a «producir» dinero puede constituir para el emisor —Bancos Centrales u organismos emisores— una fuente de ingresos.

del capital financiero como los motivos de su crecimiento continuado como sector, aun cuando las finanzas encuentran cada vez más difícil mantener su tasa de rentabilidad. En lo tocante a lo primero, debemos fijarnos no solo en la reserva de dólares excedentes que ya hemos descrito, sino también en el hecho de que el estancamiento en los sectores no financieros ha desplazado cada vez más la demanda de inversión hacia las salidas a bolsa, las fusiones y las adquisiciones, que generan honorarios y dividendos para las empresas financieras.

En lo que se refiere a estas últimas, la escasez de oportunidades de inversión productiva, en conjunción con una política monetaria expansiva, mantuvo anormalmente bajos los tipos de interés tanto a corto como a largo plazo, lo que obligó a las finanzas a asumir riesgos cada vez mayores a fin de obtener la misma rentabilidad sobre las inversiones. Este incremento del nivel de riesgo (el baremo del descenso de la rentabilidad de las finanzas) es enmascarado a su vez por «innovaciones financieras» cada vez más complejas que exigen rescates periódicos por parte de los gobiernos de los Estados cuando quiebran.

La debilidad sin precedentes del crecimiento de los países de PIB alto a lo largo del período 1997-2009, el crecimiento cero de los ingresos familiares y el empleo durante todo el ciclo y la dependencia casi total de la construcción y del endeudamiento de los hogares para mantener el PIB son todos ellos fenómenos que atestiguan la incapacidad del capital excedentario, en su forma financiera, de aglutinarse con la mano de obra excedentaria y engendrar patrones dinámicos de reproducción ampliada.⁵⁴ Las burbujas de la Europa de mediados del siglo XIX generaron los sistemas ferroviarios

54. JOSH BIVENS Y JOHN IRONS, «A Feeble Recovery: The fundamental economic weaknesses of the 2001-07 expansion», *EPI Briefing Paper* n.º 214, Economic Policy Institute (2008).

nacionales. Hasta la burbuja japonesa de la década de 1980 dejó tras ella nuevas capacidades productivas que nunca se han utilizado plenamente. Por el contrario, las dos burbujas centradas en Estados Unidos durante las últimas décadas solo han generado una saturación de cables de telecomunicaciones en un mundo cada vez más inalámbrico y vastas extensiones de viviendas económica y ecológicamente insostenibles. El «efecto Greenspan» —la estimulación de «un *boom* dentro de la burbuja»— fue un fracaso. Se limitó a demostrar la rentabilidad decreciente que acarrea inyectar más deuda en un sistema ya sobreendeudado.

... ¿Y CHINA?

Una objeción habitual a la exposición realizada hasta aquí suele consistir en señalar a China como nítida excepción a este panorama de estancamiento global, sobre todo en lo tocante a su relación con tendencias por lo demás mundiales en materia de desindustrialización y subempleo. Por supuesto, a lo largo de estos años, China se ha convertido en una potencia industrial mundial, pero no lo ha hecho a través de la apertura de nuevos mercados o la innovación en nuevas técnicas productivas, sino edificando de forma masiva su capacidad de producción a expensas de otros países.⁵⁵ Todo el mundo da por hecho que esta expansión tiene que haber producido un aumento de proporciones históricas en las dimensiones de la clase obrera industrial china, pero eso es rotundamente falso.

55. Durante la década de 1990 Japón transfirió sus industrias más intensivas en mano de obra a los países asiáticos en vías de desarrollo, primero a los tigres de Asia oriental, luego a los países de la ASEAN y, por último, a China. Sin embargo, la absorción de industrias por parte de China ha socavado la jerarquía de la producción en la región.

Las últimas estadísticas muestran que, en definitiva, entre 1993 y 2006 *China no creó ningún puesto de trabajo nuevo en la industria*, y que el número total de estos trabajadores se sitúa en torno a los 110 millones de personas.⁵⁶ Existen dos razones por las que esto no es tan sorprendente como a primera vista podría parecer.

En primer lugar, durante los últimos treinta años, la industrialización de las nuevas industrias del sur del país, basada inicialmente en el procesamiento de las exportaciones de Hong Kong y Taiwán, siguió el mismo ritmo que el desmantelamiento del viejo norte industrial maoísta. Esto podría explicar en parte por qué en China, a diferencia de Alemania, Japón o Corea (a comienzos del período de la posguerra), no se produjo prácticamente ningún aumento de los salarios reales en el transcurso de décadas de tasas de crecimiento milagrosas. En segundo lugar, el crecimiento de China no se ha basado solo en industrias intensivas en mano de obra. Sus salarios bajos le han permitido competir en un amplio espectro de industrias, que van desde el textil y los juguetes hasta el automóvil y los ordenadores. La asimilación de las innovaciones ahorradoras de trabajo existentes por parte de las empresas de los países en vías de desarrollo, incluida China, ha supuesto que, pese a una expansión geográfica creciente, cada conjunto de países industrializados haya logrado unas cotas más reducidas de empleo en la industria en relación con la fuerza de trabajo total. En otras palabras, China no solo ha perdido puestos de trabajo en sus industrias más antiguas, las nuevas industrias han absorbido cada vez menos mano de obra en relación con el aumento del volumen de producción.

56. ERIN LETT Y JUDITH BANISTER, «Chinese manufacturing employment and compensation costs: 2002-2006», *Monthly Labor Review* n.º 132 (abril de 2009), p. 30.

En el siglo XIX, cuando Inglaterra era el taller del mundo, el noventa y cinco por ciento del universo circundante estaba compuesto por campesinos. Hoy en día, cuando la gran mayoría de la población mundial depende de los mercados mundiales para su supervivencia, la capacidad de un país de producir para todos los demás acarrea la ruina tanto de quienes deben ser mantenidos en la pobreza para mantener los precios de exportación como de las enormes multitudes cuyo trabajo ya no es necesario, pero que tampoco pueden depender ya de sus propios recursos para sobrevivir. En este contexto lo que queda de la población rural del planeta ya no puede actuar como un arma de la modernización, es decir, como reserva de mano de obra y de demanda consumidora de la que poder echar mano para acelerar el ritmo de la industrialización. Se convierte en *excedente puro*. Este es el caso en la India, en el África subsahariana y en China.

CONCLUSIÓN

Hoy en día son muchos los que hablan de una «recuperación sin empleo», pero si la «ley general de la acumulación capitalista» es válida, todas las recuperaciones capitalistas tienden a orientarse en esa dirección. La tendencia de las industrias «maduras» a desprenderse de mano de obra, aunque facilite la reproducción ampliada, también tiende a consolidar la existencia de una población excedentaria que la expansión subsiguiente no consigue absorber plenamente. Esto se debe a la adaptabilidad intersectorial de las tecnologías ahorradoras de trabajo, que supone que la fabricación de productos nuevos tiende a recurrir a los procesos de producción más innovadores.

No obstante, las innovaciones de dichos procesos no tienen fin y se generalizan entre los capitales nuevos y viejos, mientras que la capacidad de las innovaciones de productos para

generar una expansión neta de la producción y el empleo es intrínsecamente limitada. En este caso el problema no consiste únicamente en que las innovaciones de productos tengan que generarse a un ritmo acelerado para absorber el excedente expulsado por las innovaciones de proceso, sino en que la aceleración en la innovación de productos provoca una aceleración de las innovaciones de proceso.⁵⁷

Ahora bien, si la «ley general» se mantuvo en suspenso durante la mayor parte del siglo XX por las razones antes señaladas, la actual masa global creciente de subempleados no puede ser atribuida a su reactivación —al menos no en un sentido simple—, pues la trayectoria del capital excedentario distorsiona la trayectoria de la mano de obra excedentaria descrita por Marx, y no solo de las formas que hemos expuesto. Es más, el capital excedentario acumulado en los mercados monetarios internacionales durante los últimos treinta años ha disimulado algunas de las tendencias al empobrecimiento absoluto mediante un endeudamiento creciente de los hogares de clase obrera. Esta tendencia, que ha evitado que la demanda agregada global se desfondase, ha impedido igualmente cualquier posibilidad de recuperación, la cual solo podría obtenerse mediante el «sacrificio de valores del capital» y la «liberación del trabajo». Pues aunque la deflación de los precios de los activos podría suscitar la posibilidad de un nuevo auge de la inversión, en este contexto la desvalorización de la fuerza de trabajo solo desembocaría en mayores niveles de insolvencia de los consumidores y ulteriores quiebras financieras.⁵⁸ Por tanto, lo que sigue estando

57. Véase nota 37 supra.

58. Véase PAULO DOS SANTOS, «At the Heart of the Matter: Household Debt in Contemporary Banking and the International Crisis», *Research on Money and Finance*, Discussion Paper no. 11 (2009). Desde la óptica del capital, Phelps y Tilman describen una serie de limitaciones a la capacidad de los innovadores de explotar la crisis:

en tela de juicio en la actualidad no solo es su capacidad de generar empleo, sino también la sostenibilidad de la propia reactivación económica.

En las próximas décadas podrían producirse una sucesión de estallidos en el caso de que los Estados no logren lidiar con las presiones deflacionistas mundiales, o puede producirse un declive largo y lento. Si bien no acostumbramos a ser catastrofistas, quisiéramos prevenir en contra de quienes pudieran sentirse tentados a olvidar que a veces la historia se precipita hacia delante de manera impredecible. En cualquier caso, la catástrofe que esperamos no es cosa del futuro, sino de la mera prolongación de las execrables tendencias del presente. Ya hemos sido testigos de décadas de incremento de la pobreza y del desempleo. Aquellos que dicen de los países aún industrializados que las cosas no están tan mal, que la gente apechugará y seguirá tirando del carro —en una palabra, que el proletariado se ha vuelto indiferente a su miseria—, verán su hipótesis puesta a prueba en los años venideros, cuando los niveles de deuda disminuyan y los ingresos familiares mantengan su tendencia a la baja. En cualquier caso, para una enorme franja de la población mundial se ha hecho imposible negar la evidencia de la catástrofe. Cualquier incógnita en torno a la absorción de esta humanidad excedentaria ha sido despejada; esta ya solo existe para ser *gestionada*: segregada en prisiones, marginada en guetos, disciplinada por la policía y aniquilada por la guerra.

EDMUND PHELPS Y LEO TILMAN, «Wanted: A First National Bank of Innovation», *Harvard Business Review* (enero-febrero de 2010).

Notas sobre la nueva cuestión de la vivienda

Propiedad de vivienda, crédito y reproducción en la economía estadounidense de la posguerra

Estamos ante una nueva Gran Depresión. Hoy, al igual que en los años 20 y 30, las hipotecas están en mora. El desempleo está en alza a la par que el coste de vida. La economía fue rescatada en su momento de la parálisis económica y la depresión mediante una reestructuración del Estado y el capital facilitada por la guerra, pero ¿qué la salvará ahora? Vivimos una crisis de reproducción en un nuevo sentido.

Todas las crisis son crisis de acumulación de capital y, por ende, de la reproducción de la vida del trabajador; no obstante, puesto que la vida del trabajador y su reproducción han sido penetradas frenéticamente por el capital, esta crisis se ha desplazado a lo más profundo, a tal punto que se ha convertido en una crisis de la relación de clase en sí misma. El desarrollo de esta crisis profunda será la historia del siglo XXI.⁵⁹ La historia del pasado siglo estuvo caracterizada por la integración creciente de la vida de la clase obrera en el circuito del capital. Algunos caracterizan estas transformaciones como la transición de una era de subsunción formal a un nuevo régimen de acumulación marcado por la subsunción *real* del trabajo bajo el capital. Si bien esta periodización puede ser problemática, la profundización de la integración que describe se hace patente en el propio hogar —tal reino de la reproducción cuya separación de la producción produce las condiciones para la acumulación capitalista—.

En los años inmediatamente previos a la anterior Gran Depresión una burbuja especulativa de la vivienda y el crédito al consumo se infló para luego estallar de tal manera que todo

59. Agradecimientos a Alex Wohnsen por ayudar a editar estas notas.

el sistema bancario estadounidense notó la onda expansiva. Mientras que ambas formas de crédito tuvieron un rol significativo en la prosperidad y el beneficio estadounidense, los años 30 marcaron un giro dramático en los mercados crediticio e hipotecario. Por entonces, los Estados Unidos eran ya una potencia económica en auge cuya productividad —especialmente en la agricultura— conllevaba un aumento real en los salarios y los niveles de vida entre la clase obrera, mientras que la introducción de la línea de montaje y otras innovaciones industriales ofrecieron el potencial para que mercancías previamente lujosas entraran en el consumo de los trabajadores.

Sin embargo, la mera existencia de tal posibilidad no era suficiente, pues a pesar de los aumentos salariales —tales como los «5 dólares al día» de Henry Ford— en algunos sectores, los salarios seguían siendo, en general, demasiado bajos y el crédito demasiado restringido para permitir un verdadero consumo masivo de los nuevos productos que surgían de la segunda revolución industrial. Lo que transformó la situación fue la introducción de un nuevo programa político y económico con intenciones de incrementar la ocupación y el crédito, en lo que hoy conocemos como el *New Deal*.

El *New Deal* es entendido comúnmente como una serie de intervenciones estatales centradas en políticas socialmente progresivas, tales como los esfuerzos notorios aunque controvertidos por crear trabajos, proteger los derechos de los trabajadores, regular los precios, construir infraestructuras pública y proporcionar seguros o ayudas sociales. Contra esta imagen simplista, los historiadores suelen señalar un desplazamiento dentro del *New Deal* desde una fase inicial de «estado de desarrollo» —orientada hacia la igualdad y la justicia social— hasta un «Estado fiscalista» que se caracterizó por la inversión para el relanzamiento económico keynesiano —giro que coincidió con la «recesión de Roosevelt»

de 1937-1938 de cuando los *newdealers*, desesperados por revivir los mercados nacionales, adoptaron tanto una política de gasto deficitario como una fiscal compensatoria—.

Empero, los economistas han contado durante mucho tiempo otra historia, una en la que las iniciativas federales primerizas, que comenzaron en la administración de Hoover y culminaron con la Ley Bancaria del 1935, crearon las precondiciones esenciales para el crecimiento de la posguerra al revolucionar la capacidad del Estado para gestionar la oferta monetaria y subvencionar los mercados crediticios. Más importante, fue durante estos años que el Estado empezó a regular y proporcionar capital a los bancos privados y a la industria de ahorro y préstamo, transformó la Reserva Federal en un organismo regulador federal, asumiendo el control de los tipos de interés. Sobre el 1935 había abolido el patrón oro —asegurando una gran cantidad de prestamistas privados contra las pérdidas— y había ampliado su facultad para comprar y vender valores del Tesoro como medios para suplementar las reservas de los bancos privados, mientras que aumentaba enormemente su capacidad para proveer préstamos de emergencia a los prestamistas institucionales.

Así, a mediados de los años 30, el gobierno federal había establecido los mecanismos para promover un nuevo tipo de crecimiento económico nacional al crear y sostener un mercado muy seguro y flexible para el crédito del consumidor. Dicho de otra manera, el Estado facilitó, en muchos casos sin riesgo alguno, al sector privado prestar y tomar prestado, a la vez que hacía que la moneda nacional fuera más «elástica» para que pudiera satisfacer las necesidades cambiantes de productores y consumidores.⁶⁰ El nuevo sistema

60. Antes del *New Deal* la oferta monetaria nacional era relativamente «inelástica» puesto que las reservas en metálico del Tesoro limitaban la cantidad de dinero nuevo que los bancos podían inyectar en la economía (fuere mediante préstamos o retiros de letras). Tras

proporcionó al Estado un control considerable tanto sobre la creación del dinero como sobre los ciclos de crédito, de forma que pudiera escoger estratégicamente qué industrias y mercados de consumidores subvencionar. Más importante aún, el crédito del Estado se había convertido en el eje para establecer la economía y avivar una expansión económica impulsada por la deuda. Con todo esto, estas primeras intervenciones transformaron fundamentalmente las operaciones de los mercados bancarios y de crédito estadounidenses.

La política del Estado fiscal facilitó una revolución monetaria y de crédito que permitió y promovió activamente un nuevo tipo de crecimiento económico basado en la producción y el consumo en masa de bienes duraderos. El fin de la Segunda Guerra Mundial proporcionó el material para esta revolución, tanto en la forma de los consumidores necesarios que regresan a casa de la guerra, como en la mercancía clave que permitió que el boom tomara forma en su magnitud: la vivienda.

EL MERCADO DE LA VIVIENDA DE LA POSGUERRA IMPULSADO POR EL ESTADO

Las tropas estadounidenses que regresaron de la guerra en 1945 fueron armadas por el gobierno de los EE. UU. con una panoplia de provisiones fiscales que se les incentivó, como buenos patriotas, a desplegar en interés de la economía nacional.

El *GI Bill* era uno de los principales transmisores de estos beneficios, ofreciendo a los veteranos hasta dos años de formación profesional o universitaria, un año de pago por

el abandono del patrón oro y la creación de un polifacético sistema federal de regulación, reservas y seguros, la oferta monetaria se hizo más elástica, lo que permitió a los prestamistas privados ampliar la cantidad de capital líquido proporcionado tanto a las empresas como a los consumidores.

desempleo y, lo más importante, préstamos para crear empresas o comprar viviendas. En la práctica tal ley era notoriamente racista, negando a los veteranos negros el acceso a las provisiones prometidas.

No obstante, los millones de veteranos blancos que sí accedieron a los préstamos para hipotecas se encontraron con una patria con escasez de viviendas disponibles para ellos y sus familias. En vez de responder, como en Europa, mediante la producción de la vivienda social, los EE. UU. optaron por subvencionar la provisión privada de esta necesidad básica.

Súbitamente, se iniciaron proyectos masivos de construcción e infraestructura, proporcionando un suministro de viviendas a la población que regresaba. Así, los índices de propiedad de la vivienda fueron creciendo de forma constante y pronunciada, a excepción de algunos episodios durante la crisis financiera.



Gráfico 2: Tasas de propiedad de viviendas en EE. UU. 1900-2008 (%).
Fuente: Hoover Institution «Facts On Policy: Homeownership Rates» (2008).

Las iniciativas de crédito selectivo que fueron esenciales para que este mercado de la vivienda funcionase eran los programas de seguros hipotecarios de la *Federal Housing Association* (FHA) establecido por el *National Housing Act* en 1934, así como los programas de garantía hipotecaria de la *Veterans Administration* (VA), establecido en 1944.

Al asegurar que los prestamistas privados contra las pérdidas, y popularizando el uso de hipotecas amortizables a largo plazo, la FHA y la VA revivieron y expandieron dramáticamente los mercados de la mejora de la vivienda y de las viviendas de propiedad privada, convirtiendo eventualmente tales mercados en los cimientos de la nueva economía de consumo.

Las autoridades federales proveyeron de personal, diseñaron, promovieron y, finalmente, gestionaron las agencias de crédito trabajando codo con codo con las industrias de la construcción, la financiación de viviendas y el sector inmobiliario. Desde el comienzo, la FHA contrató a organizaciones privadas para recopilar datos de cada región metropolitana sobre modelos de alquiler, valores de la propiedad, permisos de construcción, volumen de ventas de viviendas, tendencias de empleo, nóminas, así como las condiciones financieras de los prestamistas locales. El personal técnico de la FHA organizó conferencias educativas a nivel nacional para introducir el sistema de seguros a empresarios y autoridades municipales con el fin de coordinar los esfuerzos locales de préstamo, mientras que en Washington los administradores de la FHA consultaron con promotores y banqueros para evaluar el impacto del programa, proponer reformas legislativas y presionar a los congresistas para que dieran su aprobación.

En resumen, el Estado no solo revivió y expandió los mercados de la vivienda existentes, ni despertó al capital «que hibernaba», más bien contribuyó a la creación de una nueva oferta, una nueva demanda y una nueva riqueza. Ya en los

años 30, James Moffet, el primer administrador de la FHA, dijo a la audiencia empresarial que la agencia estaba creando «un nuevo mercado anual» para la mejora de la vivienda y «educando a los bancos para llevar a cabo indefinidamente una tremenda cantidad de préstamos», una actividad que «desarrollaría mucho más negocio que en el pasado». Moffet predijo que había miles de millones de dólares que sacar de los programas de seguros hipotecarios y afirmó que nunca se había ofrecido un mercado semejante a la industria.⁶¹

La expansión de la propiedad de la vivienda estimuló la economía por encima de los mercados de la vivienda e hipotecarios propiamente dichos. Con los tipos de interés controlados por la Reserva Federal —mantenidos bajos durante toda la expansión— se pudo invertir en productos que acompañan el crecimiento de la propiedad de la vivienda, tales como coches, lavadoras y otros electrodomésticos caros. La vivienda se convirtió en un nodo concentrado de la creación de nuevas necesidades para la clase obrera estadounidense: un espacio que debía llenarse de mercancías domésticas, que normalmente necesitaba la posesión de un coche y que podía mejorarse y renovarse infinitamente. Finalmente, representaba una inversión, una deuda que debe ser pagada y, por último, un activo; así, producía consistentemente una población trabajadora más obediente.

La propiedad de la vivienda y el acceso al crédito se convirtieron en una fuerza material que representaba y atrinchera las divisiones y desigualdades dentro de la clase obrera. Esto, a su vez, reconfiguró la situación del trabajo respecto al capital y, por ende, el horizonte de la lucha de clases. Estos giros en la relación de clase capitalista se intensificaron conforme la promesa de la propiedad de la vivienda y el crédito

61. KEVIN KRUSE Y THOMAS SUGRUE, *The New Suburban History*. (University of Chicago Press, 2006), p. 20.

se extendía a sectores más y más amplios de la clase obrera, al mismo tiempo que la rentabilidad declinaba y la deuda estaba cada vez más financiarizada.

INTEGRACIÓN DE LA CLASE OBRERA (BLANCA) EN LOS MERCADOS DE LA VIVIENDA Y DEL CRÉDITO

La distribución inicial del parque de viviendas recién construidas en la posguerra entre la clase obrera que regresaba se hizo de forma un tanto *ad hoc*, pues las familias se agitaron por encontrar un techo decente y por volver a las vidas ahora estigmatizadas por la depresión y la guerra. Los estándares eran tan relativamente bajos que las personas de todos los estratos sociales convivían. No obstante, puesto que los veteranos tenían acceso al *GI Bill* —ergo a la propiedad, a las plazas universitarias, a las prestaciones social, al empleo e, incluso para algunos, al capital con el que iniciar un pequeño negocio— se encontraban en una posición de ventaja sustancial. Una nueva estratificación de la población trabajadora fue tomando forma gradualmente, así como una particular concepción estadounidense de la «clase media» creciendo y adheriéndose a sus propias comunidades, cada vez más separadas de las clases bajas usualmente racializadas.

El acceso a las hipotecas y los subsidios proporcionados por el Estado hicieron que para muchos estadounidenses blancos fuera, en el largo plazo, más razonable comprar casas que alquilarlas. Sin embargo, las minorías racializadas estaban entre la espada y la pared al no poder obtener los beneficios de la propiedad de la vivienda, independientemente de su participación crucial en la campaña bélica. Un ejemplo de esta frustración que experimentaban se encuentra en el manual de la FHA de hasta finales de los años 40, en el que existían regulaciones explícitamente racistas en torno a las

hipotecas y los préstamos; pero incluso tras la eliminación de tal contenido tanto la FHA como la VA apoyaron activamente los convenios raciales a nivel local hasta bien entrados los años 60, excluyendo a millones de personas del creciente mercado de la propiedad de la vivienda. Menos del 2% de las viviendas que se construyeron con la ayuda de los 120.000 millones de dólares en préstamos para la vivienda, desde los años 40 hasta principios de los 60, fueron para personas no blancas. No obstante, tal cantidad de dólares representaron casi la mitad de todas las compras de las nuevas viviendas independientes entre 1947 y 1964. Estos préstamos no solo facilitaron la compra de más de 12 millones de viviendas mayoritariamente residenciales, casi exclusivamente para gente blanca, sino que también ayudaron a asegurar la financiación de la deuda de miles de millones de dólares en obras de reparación de viviendas.

La propiedad de bienes permitió a una parte de la clase obrera actuar de forma pseudocapitalista, gestionando las relaciones de capital en sus propias vidas como propietarios de futuros —el valor creciente de su existencia mercantilizada proyectada en el tiempo mediante el crédito—. El crédito proporcionado por el aumento del valor de la vivienda en los tiempos de bonanza permitió a los propietarios adquirir préstamos para la compra de varias mercancías con las que llenar sus viviendas, así como de coches que les llevaran del trabajo a sus cada vez más difusos y distantes barrios residenciales. Si bien las rentas familiar media y mediana se duplicaron entre 1946 y 1970, la relación promedia entre la deuda y la renta aumentó hasta el 20% durante este período, permitiendo un aumento aún mayor del consumo de la clase obrera.

A pesar de que antes de la Segunda Guerra Mundial la reproducción del hogar se complementaba con una variedad de actividades de subsistencia, es en la posguerra que

estas actividades —y la producción de artículos domésticos— fueron reemplazadas gradualmente por mercancías domésticas que se encontraban en el mercado, así como los servicios comprados externamente fueron reemplazados por bienes de autoservicio. Muchos productos que se habían innovado y promocionado sustancialmente en los años 20, pero que sufrieron en sus ventas durante la Gran Depresión, mejoraron sus diseños y ampliaron sus mercados de consumo exponencialmente a finales de los años 40. En 1940 el 60% de los 25 millones de hogares con electricidad en los EE. UU. tenían una lavadora eléctrica producida por una de dos o tres empresas. La mezcla instantánea de pasteles, introducida en los años 20, se convirtió en un fenómeno en los años 40. El congelador y la nevera —también desarrollados en los años 20 y 30— fueron los artículos de primera necesidad en las casas a finales de los años 40 y 50, lo que permitió que los alimentos congelados, considerados anteriormente como artículos de lujo, se convirtieran en algo común y corriente.

He aquí cómo la mercancía, en forma de bienes duraderos, entra en la casa de una forma sin igual, alterando sustancialmente la experiencia de la esfera doméstica (o «reproductiva»). El consumo intensificado de dichos bienes conduce a una transformación en el tipo de trabajo realizado en la esfera doméstica, así como transformaciones en las relaciones entre las personas que conviven en el hogar —la «familia»—, estando aún más impregnadas y mediadas por las mercancías.

LA DESDIFERENCIACIÓN DE LAS ESFERAS REPRODUCTIVA Y PRODUCTIVA

Antes de la manifestación de las relaciones de producción específicamente capitalistas no existía una «esfera doméstica» aislada de la esfera de la producción. La producción de bienes —incluso los producidos para el intercambio— solía realizarse en la «casa» (el lugar donde los trabajadores *vivían*) o en sus alrededores. En los siglos XVII y XVIII, para evadir las regulaciones de los gremios, los mercaderes subcontrataron la producción de una serie de bienes a los hogares rurales. Este «sistema de *putting-out*» (sistema de taller de trabajo) terminó dando paso a la fábrica moderna y, en el curso de la acumulación capitalista, a la separación moderna entre la casa y el lugar de trabajo.

De aquí en adelante, la casa fue el lugar donde el trabajador descansaba y consumía una fracción del producto de su trabajo en forma de bienes salariales; también fue el lugar donde la opresión de las mujeres se osificó con gran intensidad. Expuestas a quedarse en casa y hacer el trabajo de reproducción o a someterse a peores salarios y estándares laborales que los de los trabajadores masculinos, expulsadas de los espacios comunes donde habían mantenido un grado de autonomía y poder colectivo, el acceso de las mujeres a los medios de producción fue bloqueado o restringido a través del patriarcado de la forma-salario. En resumen, el hogar se convirtió en el lugar exclusivo de la reproducción de la fuerza de trabajo, que por primera vez aparecía como claramente *fuera* de las relaciones de producción y, por tanto, también, para muchos, fuera del ámbito del marxismo.

No obstante, a lo largo del período de posguerra en EE. UU., la reproducción de la clase obrera y la reproducción del capital llegaron a solaparse, integrándose cada vez más estrechamente. Más y más personas de la clase obrera se involucraron

en el mercado de la vivienda, lo que significaba que la casa se convirtió no solo en la mercancía que contenía físicamente al resto de mercancías, sino también en el principal activo de un trabajador —la mercancía por la que se vendían todas las demás y, finalmente, la que también compraba todas las demás—.

De tal manera, vemos en el período de posguerra el vaivén tendencial de las separaciones que fueron centrales en el desarrollo del capitalismo. Es en el momento originario de las relaciones sociales capitalistas donde se produce una separación primaria en la que los trabajadores son separados de los medios de producción. En términos espaciales esta separación toma la forma no solo de la oposición reforzada entre la ciudad y el campo, así como de una zonificación de la ciudad en áreas residenciales e industriales, sino también la de la distinción categórica fundamental entre el espacio doméstico o «reproductivo» y el «centro de producción», donde uno y otro extremo se autoimplican. Así, mientras que el capitalismo subordinó inicialmente la reproducción de la fuerza de trabajo separando la reproducción de la producción, tras la guerra encontramos relaciones sociales y formas de vida cotidiana cada vez más subordinadas a las prerrogativas de la propia reproducción del capital mediante una unificación igualmente coercitiva de estas esferas dentro de la lógica del capital.

En este periodo la reunificación o desdiferenciación de la reproducción y producción tomó la forma de un hogar con un garaje doble, una habitación para cada hijo y espacios adicionales para añadir los electrodomésticos adecuados —un paquete completo de mercancías con un precio inicial más elevado, ergo un mayor valor patrimonial sobre el que poder pedir préstamos—. Fue crucial para los propietarios de viviendas que protegieran su propiedad privada y se preservara o aumentara su valor a toda costa. Los propietarios

de viviendas tenían, así, mayores intereses en la perpetuación de la relación de clase capitalista, llegando a creer en el dictamen burgués de que el valor engendra valor y que todas las mercancías pueden ser igualmente capital. Sin embargo, los asalariados, por definición, no acumulan capital, sino que solo valorizan el capital del resto. Y al final del día, el trabajador vuelve a su casa con tan solo su salario con el que pagar un futuro cada vez más en préstamo.

Esta situación de creciente endeudamiento de la clase obrera, combinada con el aumento del coste de vida, significó que las mujeres y la madres fueron forzadas a entrar en el mercado laboral en cantidades masivas. Si bien el «salario familiar» bajo el fordismo implicó que el hombre que gana el pan era capaz de mantener tanto a la esposa como a los hijos, ya en los años 50 las esposas comenzaron a complementar cada vez más los ingresos de sus maridos con sus trabajos. Aun así, mientras que en los 50 la reincorporación de las mujeres como mano de obra indicaba el deseo de mantener un estándar de vida creciente, después de los años 60 el salario de la esposa o de la madre tenía como objetivo principal compensar el descenso de los salarios reales que sufrían los trabajadores masculinos. De tal manera que se creó un ejército de reserva de mujeres trabajadoras, temporal y precariamente conectado al capital, suministrado con mano de obra flexible y prescindible y mantenido en esta posición por las estructuras patriarcales tanto en la práctica empresarial como en el movimiento obrero.

La entrada de las mujeres como fuerza de trabajo fue un doble golpe de suerte para el capital, pues los bienes que podían reemplazar a las varias actividades internas del hogar —y los servicios reproductivos externos a la casa— eran los mismos bienes de consumo duraderos que fueron tan cruciales para el crecimiento durante este período. Tanto la necesidad como la capacidad del hogar para adquirir estos

costosos productos crecieron en proporción directa al grado en que las mujeres abandonaron el hogar. La disminución del tiempo dedicado al trabajo doméstico alimentó la creciente demanda de los bienes de consumo de autoservicio, así como el ahora necesario coche adicional. En tanto que las necesidades de los consumidores crecían de forma absoluta, la capacidad de pagarlas era asegurada por la expansión de la mano de obra suministrada por los hogares. En resumidas cuentas, esta dinámica consistía en un ciclo de reproducción autoperpetuante: las parejas volvían al mercado laboral con el fin de pagar los bienes que habían comprando en préstamo, con tal de reproducirse para ese mismo mercado de trabajo.

La familia también fue transformada sustancialmente en tal proceso. Los niños pasaron de ser miembros productivos del hogar a ser un lastre. La formación de la familia tradicional normalizada, junto con el cuidado del propio hogar, se convirtió en una serie de compras y riesgos sujetos a la lógica de los análisis del coste-beneficio, mientras que la casa se convirtió en un contenedor de ansiedades compartimentadas respecto al futuro de su propia sustentabilidad. La vida del individuo tomó su propia temporalidad generacional determinada por el capital y proyectada mediante el crédito: la envergadura de la hipoteca de treinta años desarrollando la infancia, la adolescencia, los años universitarios, el matrimonio y los hijos; todas las etapas de la vida quedaron completamente ligadas a la reproducción de la relación salarial.

La expansión del mercado de la vivienda y el acceso al crédito vigorizaron la acumulación capitalista frente al retraso de la demanda de los consumidores, pero la creciente integración de la esfera de la reproducción en la de la producción, más que alterar las opresiones construidas en esta división, reforzó las graves separaciones y desigualdades entre la clase obrera.

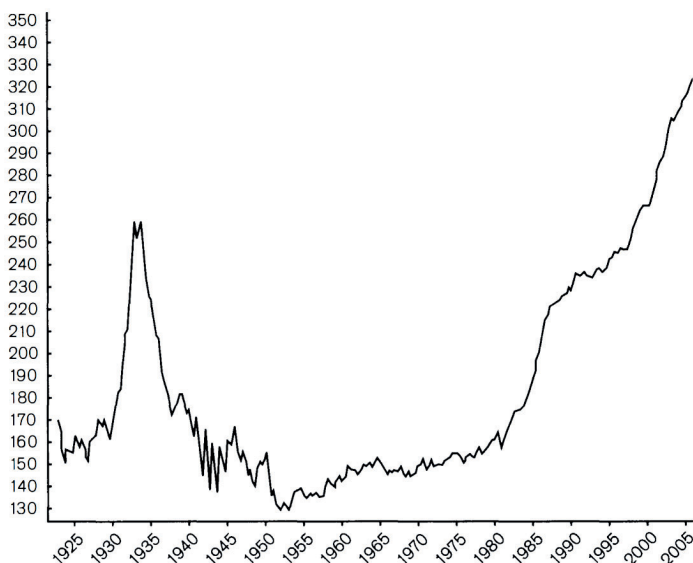


Gráfico 3: Deuda total del mercado crediticio de EE. UU. (% del PIB). Fuentes: Ned Davis Research (2007) y Calculated Risk (2006).

Las barreras raciales y de género para adquirir una vivienda y obtener un crédito, junto con la mercantilización de las relaciones y actividades familiares, lograron un «movimiento general del aislamiento» en medio de una «reintegración controlada de los trabajadores en función de las necesidades planificables de la producción y el consumo».⁶²

A pesar de ello, esto solo podía ser sostenible mientras los salarios aumentaran en proporción a la productividad. Es por eso que, hasta los años 70, la financiación de la deuda de los hogares nunca fue más allá de la remuneración y el valor medio de la vivienda tendía a rondar los salarios medios, con un aumento de las necesidades no muy superior a la capacidad de satisfacerlas. En cierto modo la gente pedía préstamos por

62. DEBORD, *Society of the Spectacle* (Rebel Press, 1992), §172. [ed cast.: *La sociedad del espectáculo* (Pre-Textos, Valencia, 1999)]

encima de sus posibilidades inmediatas, aunque el aumento de sus salarios compensaba en general esta expansión de la deuda. Siempre y cuando la expansión capitalista siguiera progresando, el futuro proyectado de la reproducción de la clase obrera parecía inevitable.

Después de 1975, la deuda de los hogares —que ya era significativa— empezó a descontrolarse. La retirada de fondos hipotecarios comenzó a aumentar en ese mismo año, disparándose en los 80 y creciendo exponencialmente a finales de los 90, hasta el punto de que fue lo único que mantuvo a la economía estadounidense fuera de la recesión en el 2000 y 2001 (ver gráfico 4). Los ratios generales de endeudamiento frente a ingresos, que habían prosperado brevemente a mediados de los años 20 antes de caer en la Gran Depresión, también comienzan a aumentar a finales de los 70, superando el auge de los 30 a finales de los 90, y doblando su máximo (ver gráfico 3).

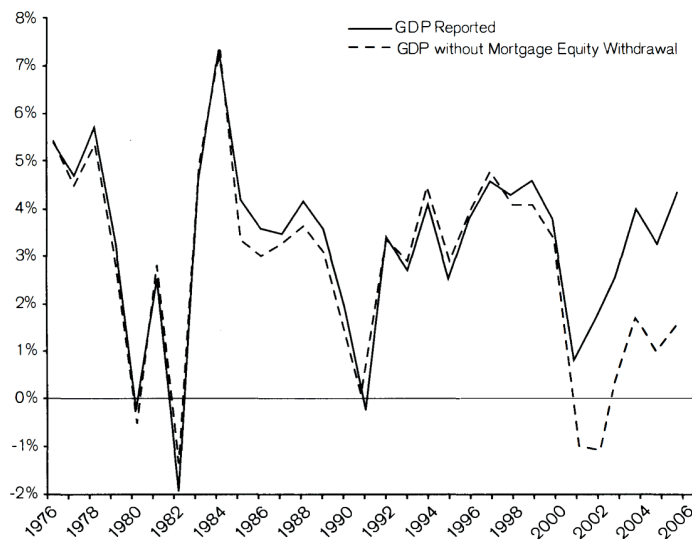


Gráfico 4: Crecimiento del PIB de EE. UU. y retirada del patrimonio hipotecario. Fuente: Calculated Risk (2006)

En torno al 1989 los hogares del 20% de los tramos de ingresos más bajos vieron aumentar su deuda por encima del resto de tramos de ingresos.

Hoy somos testigos de la incapacidad de la clase obrera para reproducirse al nivel al que se habían acostumbrado. En el ciclo inmobiliario de consumo más reciente, la inversión no logró impulsar la producción, que experimentó mínimos históricos desde el fin de la guerra. Al mermar las oportunidades de inversión de capital en el sector productivo, se produjo una sobreinversión en instrumentos hipotecarios y de deuda, creando de tal manera una sobreacumulación del stock de viviendas. Ahora nos enfrentamos ante un dilema similar al sucedido inmediatamente después de la guerra, solo que en su forma perversa: hoy no escasea el suministro de viviendas, sino el dinero y el crédito para pagarlo. El dinero en forma de salarios está limitado por las coacciones de la acumulación de capital, para el cual la vivienda y el dinero fácil ya no pueden proporcionar la base de una renovación.

Comunización y teoría de la forma-valor

INTRODUCCIÓN⁶³

La forma-valor asumida por el producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de producción social y con esto, a la vez, como algo histórico.⁶⁴

En *Endnotes 1* describimos el surgimiento de la teoría de la comunización en Francia en los años que siguieron a mayo del 68. El texto siguiente y los restantes que contiene este número se sitúan dentro de esa perspectiva comunizadora, pero también están inspirados en no poca medida en los avances teóricos en el área de la teoría marxiana de la forma-valor y sobre todo en la tendencia de la «dialéctica sistemática» aparecida en los últimos años.⁶⁵ Marx expresó con claridad que lo que distinguía su enfoque y lo convertía en una crítica de la economía política en lugar de en una prolongación de la misma era su análisis de la forma-valor. En su célebre exposición acerca del «fetichismo de la mercancía y su secreto» escribe:

63. Estamos en deuda con compañeros alemanes por sus valiosos comentarios de cara a la redacción de este artículo, en particular con DD y Felix, de *Kosmoprolet*.

64. MARX, *Capital*, vol.1 (MECW 35), pp. 91-2 (trad. Fowkes).

65. Una lista de ningún modo exhaustiva de estos autores incluiría a Chris Arthur, Werner Bonefeld, Hans George Backhaus, Riccardo Bellofiore, Michael Eldred, Michael Heinrich, Hans Jürgen Krahel, Patrick Murray, Moishe Postone, Helmut Reichelt, Geert Reuten, Ali Shamsavari, Felton Corto, Tony Smith, Michael Williams.

[...] es indudable que la economía política ha analizado, aunque de manera incompleta, el valor y la magnitud de valor y descubierto el contenido oculto en esas formas. Solo que nunca llegó siquiera a plantear la pregunta de por qué ese contenido adopta dicha forma; de por qué, pues, el trabajo se representa en el valor, de a qué se debe que la medida del trabajo conforme a su duración se represente en la magnitud del valor alcanzada por el producto del trabajo. A formas que llevan escrita en la frente su pertenencia a una formación social donde el proceso de producción domina al hombre, en vez de dominar el hombre a ese proceso, la conciencia burguesa de esa economía las tiene por una necesidad natural tan manifiestamente evidente como el trabajo productivo mismo.⁶⁶

A despecho de tales afirmaciones por parte de Marx, el vínculo entre forma-valor y fetichismo —la inversión mediante la que los seres humanos se ven dominados por los resultados de su propia actividad— no desempeñó un papel demasiado relevante en la interpretación de *El Capital* hasta la década de 1960. Al contrario, las explicaciones de la «economía marxista» hacían hincapié en la argumentación aparentemente sencilla de las dos primeras secciones del primer capítulo de *El Capital*, en las que el trabajo es identificado como aquello que subyace al valor de las mercancías. Las dos últimas secciones del capítulo —sobre la forma-valor y el fetichismo— solían interpretarse como una forma más o menos complicada de describir el mercado, y se pasaba sobre ellas rápidamente. Así pues, no se exploraba la forma meticulosa en que Marx distinguió su comprensión de la economía política clásica de Ricardo.⁶⁷

66. MARX, *Capital*, vol.1 (MECW 35), pp. 91-92 (traducción corregida).

67. Al mismo tiempo, el propio Marx parecía reconocer que su análisis de la forma-valor era problemática, lo que le condujo a redactar por lo menos cuatro versiones del argumento. Existen diferencias no-

Cuando los marxistas insistían en la «teoría del valor-trabajo», lo hacían en términos de la cuestión cuantitativa de la sustancia y magnitud del valor en lugar de la cuestión cualitativa de la *forma-valor*. Frente a la revolución neoclásica en la economía burguesa, que repudió la teoría del valor-trabajo, los marxistas tendían a reiterar la posición clásica de que la sustancia del valor es el trabajo y de que el valor es el trabajo incorporado en el producto.

Al igual que los economistas políticos clásicos, no abor-daron la peculiaridad del proceso de reducción social necesario para que tales magnitudes cuantitativas pudieran compararse. Es decir, que ellos tampoco formulaban la pregunta de por qué el trabajo aparece bajo la forma-valor de su producto, y qué clase de trabajo es el que puede aparecer de ese modo.

Ahora bien, y como indica Marx, solo mediante la comprensión de la complejidad de la forma-valor se pueden comprender las formas posteriores del dinero y del capital, o cómo la actividad humana adopta la forma de la acumulación de capital.

tables entre la exposición del desarrollo del valor en los *Grundrisse*, el *Urtext*, la *Contribución*, la primera edición de *El Capital* con su apéndice, y la segunda edición de *El Capital*, y de ninguna manera puede darse por sentado que las versiones posteriores supongan en todos los sentidos una mejora en relación con las anteriores. Es más, las presentaciones posteriores, hechas con cierta voluntad de divulgación, y elaboradas por Marx como respuesta a la dificultad que tenían para comprenderle incluso las personas próximas a él, pierden algunas de las sutilezas dialécticas y se prestan más a la lectura ricardiana de izquierda del argumento de Marx que acabó siendo dominante en el movimiento obrero. Véase HANS-GEORG BACKHAUS, «On the Dialectics of the Value-Form», *Thesis Eleven* 1 (1980); HELMUT REICHEL, «Why Marx Hid his Dialectical Method», en WERNER BONEFELD ET AL., [eds.], *Open Marxism vol. 3* (Pluto Press, 1995).

Para Marx la forma-valor es la expresión del doble carácter del trabajo en el capitalismo: el trabajo concreto, que aparece en el valor de uso de la mercancía, y el trabajo abstracto, que aparece en la forma-valor. Aunque el trabajo abstracto sea algo históricamente específico al capitalismo, la incapacidad de distinguir adecuadamente entre ambos aspectos significa que la forma-valor se considera como la expresión del simple trabajo humano natural como tal. El trabajo como contenido o sustancia del valor se considera entonces como trabajo fisiológico, como algo independiente de su forma social. Aquí la sustancia se toma por algo que reside de manera natural en el objeto, pero para Marx el trabajo abstracto y valor son algo más peculiar.

El valor es una relación o proceso que se despliega y se mantiene a través de diferentes formas —en un determinado momento como dinero, y al siguiente como las mercancías que componen el proceso de trabajo (incluyendo la mercancía fuerza de trabajo), después como el producto-mercancía, y luego otra vez como dinero— a la vez que en su forma-dinero siempre mantiene una relación con su forma mercancía y viceversa. Para Marx, por tanto, el valor no es la encarnación del trabajo en el producto ni una sustancia inmóvil. Es más bien una relación o un proceso que domina a sus portadores: una sustancia que es al mismo tiempo sujeto.

Ahora bien, en la tradición marxista ortodoxa no se reconocía que el «trabajo abstracto» era un formato social e históricamente específico de una parte de la actividad humana que suponía transformar a los seres humanos en un recurso para la expansión ilimitada de esa actividad y su resultado como fin en sí mismo.

Comprender el valor como una mera forma impuesta (por la propiedad privada de los medios de producción) a un contenido que básicamente no plantea problema alguno, iba de la mano con una visión del socialismo como una versión

estatizada de fundamentalmente la misma división industrial del trabajo que organiza el mercado en el capitalismo. Desde esta perspectiva, el trabajo, que se encontraba restringido por las formas de mercado en el capitalismo, se convertiría en el principio organizador consciente de la sociedad bajo el socialismo.

El economista ruso Isaak Rubin fue una excepción importante a la negligencia marxista tradicional de la forma-valor y el fetichismo. En una obra pionera de la década de 1920 reconoció que «la teoría del fetichismo es, *per se*, la base de todo el sistema económico de Marx, y en particular de su teoría del valor»,⁶⁸ y que el trabajo abstracto como contenido del valor no es «algo a lo cual la forma se adhiere desde afuera. Más bien, a través de su desarrollo, el contenido mismo da origen a la forma que ya estaba latente en el contenido».⁶⁹

Sin embargo, la obra de Rubin, retirada de la circulación en Rusia, permaneció más o menos desconocida. Para la ortodoxia —«la economía política marxista»— el hecho de que los críticos burgueses de Marx le considerasen esencialmente como un seguidor de Ricardo no requería refutación. Al contrario, se le defendía *precisamente sobre esa base*, como quien había pulido y corregido el reconocimiento del trabajo como contenido del valor y del tiempo de trabajo como magnitud del mismo por parte de Ricardo, añadiéndole solo una teoría de la explotación más o menos ricardiana de izquierda. Desde este punto de vista el trabajo es algo que existe de forma cuasi-natural en el producto, y la explotación

68. ISAAK RUBIN, *Ensayos sobre la teoría marxista del valor* (Ediciones Dos Cuadrados, Madrid, 2021), p. 12.

69. *Ibid.*, p. 159. Riccardo Bellofiore ha señalado que Rosa Luxemburgo fue otra excepción entre los marxistas tradicionales por el hecho de prestar gran atención a la forma-valor. Véase su introducción a *Rosa Luxemburg and the Critique of Political Economy* (Routledge, 2009), p. 6.

se considera como un problema de distribución de ese producto, y por tanto el «remedio» al capitalismo se ve en que los trabajadores, a través del Estado o por otros medios, cambien la distribución a su favor. Si la explotación es una cuestión de que una clase dominante parasitaria deduzca en su beneficio una parte del producto social, entonces el socialismo no tiene por qué alterar sustancialmente la forma de la producción mercantil; simplemente puede apoderarse de ella, eliminar a la clase parasitaria y distribuir el producto de modo equitativo.

UN TRASFONDO COMÚN

La oclusión de la forma y el fetichismo en la lectura de *El Capital* solo empezó a ser impugnada seriamente a partir de mediados de la década de 1960 —en parte a través del redescubrimiento de Rubin— mediante una serie de enfoques que en alguna u otra ocasión han sido denominados «teorías de la forma-valor». Los debates sobre las sutilezas de la forma-valor, las cuestiones de método, la naturaleza de la relación de Marx con Hegel y así sucesivamente, aparecieron en aquel entonces, en el mismo momento que la teoría de la comunización. Tanto la teoría de la forma-valor como la comunización son la expresión de una insatisfacción ante las interpretaciones heredadas sobre Marx y, por tanto, de un rechazo al marxismo «tradicional» u «ortodoxo».⁷⁰ Para

70. La ortodoxia ha llegado a ser sinónimo de marxismo dogmático. Lukács intentó redimir el sentido de la ortodoxia de un modo interesante diciendo que esta se refería exclusivamente al método. Tal vez debido a la ambigüedad de lo que puede significar la palabra «ortodoxia», los términos «marxismo de cosmovisión» y «marxismo tradicional» han sido utilizados por los marxistas críticos para referirse a las susodichas interpretaciones que aspiran a derrocar. Aquí emplearemos las expresiones «marxismo ortodoxo» y «marxismo tradicional» de forma intercambiable.

nosotros existe una convergencia implícita entre la teoría de la forma-valor y la teoría de la comunización, de modo que cada una de ellas puede contribuir de manera productiva a configurar a la otra. Aquí vamos a examinar los paralelismos históricos y los puntos de convergencia entre ambas tendencias.

Desde mediados de la década de 1960 hasta finales de los 70 el capitalismo se caracterizó a nivel mundial por luchas de clases intensas y movimientos sociales radicales: de los levantamientos urbanos en los Estados Unidos a las huelgas insurreccionales en Polonia, pasando por los movimientos estudiantiles y la «rebelión de la juventud» a la caída de gobiernos electos y no electos como consecuencia del malestar de los trabajadores. Al igual que la familia, el género y la sexualidad, la salud mental y la relación de los seres humanos con la naturaleza, también se impugnaron las relaciones establecidas en el trabajo a través de una rebelión general que recorrió toda la sociedad. Entrelazado con estas luchas, el bum de posguerra terminó en una crisis de acumulación capitalista caracterizada por altas tasas de inflación y el aumento del desempleo. A mucha gente le pareció que la superación revolucionaria del capitalismo y de su pseudoalternativa en los países del Este estaba en el orden del día.

La aparición tanto del marxismo crítico de la teoría de la forma-valor como de la teoría de la comunización tuvo como premisa dichas luchas y las esperanzas revolucionarias que engendraron. Del mismo modo que estas dos tendencias aparecieron en la misma época, también se desvanecieron al mismo tiempo que la oleada de luchas que las había producido. La crisis de acumulación de la década de 1970, en lugar de conducir a la intensificación de las luchas, y a que se estas se desarrollaran en dirección revolucionaria, dio lugar

a una reestructuración radical del capitalismo en la que los movimientos revolucionarios y las expectativas vinculadas a ellos fueron derrotados de forma exhaustiva.

Esa reestructuración condujo al eclipse relativo de estos debates. Así como el debate de la comunización surgió en Francia en los años 70 y desapareció en los años 80 y comienzos de los 90 antes de reaparecer recientemente, el interés actual por la «dialéctica sistemática» supone en muchos sentidos un retorno a los debates sobre la forma-valor de la década de 1970, tras un período en que el debate se había amortiguado relativamente.

COMUNIZACIÓN

No es la unidad de la humanidad viviente y activa con las condiciones naturales e inorgánicas de su intercambio metabólico con la naturaleza, y por tanto su apropiación de la naturaleza, la que exige explicación o es consecuencia de un proceso histórico, sino más bien la separación entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esa existencia activa, separación que solo se postula de forma plena en la relación entre trabajo asalariado y capital.⁷¹

La teoría de la comunización surgió como una crítica de diversas concepciones de la revolución heredadas del marxismo del movimiento obrero tanto de la II como de la III Internacional, así como de sus tendencias disidentes y opositoras. La experiencia del fracaso revolucionario durante la primera mitad del siglo XX parecía haber planteado como cuestión fundamental saber si los trabajadores podían o debían ejercer su poder a través del Partido y del Estado —leninismo, Izquierda Comunista italiana— u organizándose en el lugar de producción —anarcosindicalismo, Izquierda

71. MARX, *Grundrisse*, (MECW 28), p. 413 (traducción de Nicolaus).

Comunista germano-holandesa—. Algunos sostuvieron que fue la ausencia del partido, o del tipo correcto de partido, lo que echó a perder las posibilidades revolucionarias en Alemania, Italia o España, mientras que otros dijeron que fue precisamente el partido, y la concepción «estatista» y «política» de la revolución la que fracasó en Rusia y desempeñó un papel negativo en otras partes.

Quienes desarrollaron la teoría de la comunización rechazaron este planteamiento de la revolución en términos de *formas* de organización, e intentaron, por el contrario, captar la revolución en términos de su *contenido*. La comunización suponía rechazar la visión de la revolución como un acontecimiento mediante el cual los trabajadores toman el poder y al que después le sigue un período de transición; en su lugar, había que considerarla como un movimiento caracterizado por la adopción de medidas comunistas inmediatas —como la distribución gratuita de bienes— no solo por el propio mérito intrínseco de tales medidas, sino también como forma de destruir las bases materiales de la contrarrevolución. Si después de una revolución se expropia a la burguesía, pero los trabajadores siguen siendo trabajadores que producen en empresas separadas y dependen de su relación con su lugar de trabajo para subsistir y seguir intercambiando con otras empresas, entonces importa muy poco que ese intercambio sea «autoorganizado» por los trabajadores o sea dirigido de forma centralizada por un «Estado obrero»: el contenido capitalista seguirá ahí, y tarde o temprano el papel concreto o la función de capitalista se reafirmará. Por el contrario, la revolución como movimiento comunizador destruiría —dejando de constituir y de reproducirlas— todas las categorías capitalistas: el intercambio, dinero, la mercancía, la existencia de empresas separadas, el Estado y, lo más fundamental de todo, el trabajo asalariado y la propia clase obrera.

Así, la teoría de la comunización surgió en parte del reconocimiento de que oponer al modelo leninista del Partido-Estado un conjunto de formas organizativas diferentes —democrática, antiautoritaria, consejos— no iba a la raíz del problema. En parte, esta nueva forma de concebir la revolución surgió de las características y las formas de la lucha de clases que aquella época puso en primer plano (como el sabotaje, el absentismo y otras formas de rechazo del trabajo) y también de movimientos sociales ajenos a los lugares de trabajo, todos los cuales tenían en común el rechazo de la afirmación del trabajo y de la identidad obrera como fundamento de la revolución.

La obra de la Internacional Situacionista (IS), que gracias a su perspectiva de una revolución total arraigada en la transformación de la vida cotidiana había captado y teorizado las nuevas necesidades que estaban expresando las luchas, fue un gran estímulo para el desarrollo de la noción de comunización, y más tarde sería reconocida como el grupo que mejor anticipó y expresó el espíritu de los acontecimientos de 1968 en Francia.

Pero aunque en cierto sentido el concepto de comunización fue un producto de las luchas y de los acontecimientos de la época, la capacidad del medio francés para darle expresión fue inseparable de un retorno a Marx, y en particular del descubrimiento y difusión del «Marx desconocido» presente en textos como los *Grundrisse* y los *Resultados del proceso de producción inmediato (Resultados)*⁷². Antes de que esos textos estuvieran disponibles en los años 60, la IS y otros críticos del marxismo ortodoxo tendieron a inspirarse en el joven Marx de los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844. Incluso en el caso de la IS y de la Escuela de Frankfurt, que también utilizó una teoría del fetichismo y de la cosificación extraída de *El Capital*, este proceso fue mediado a través de

72. NdE: Se trata del célebre «Capítulo sexto inédito» de *El Capital*.

Lukács en lugar de ser el fruto de una apropiación minuciosa de los tres volúmenes de *El Capital*. Así pues, en conjunto la crítica madura de la economía política tendió a dejarse en manos del marxismo tradicional.

Como ya hemos indicado, en el seno de esta interpretación positivista, la relevancia de la descripción que Marx hizo de su obra como una *crítica* de la economía política, así como la importancia de la forma-valor y del fetichismo, se perdieron de forma abrumadora. Los textos recién descubiertos, como los *Grundrisse*, socavaron las lecturas tradicionales y permitieron reconocer la radicalidad de la crítica madura. A través de su relación marginal con el marxismo ortodoxo, quienes se identificaban con las críticas de la izquierda comunista al bolchevismo y a lo que había sucedido en Rusia estaban bien situados para leer los textos de Marx recién disponibles. En el contexto francés Jacques Camatte y la revista *Invariance*, que apareció por primera vez en 1968, desempeñaron un papel muy importante.

Además de expresar la apertura de la herencia de la tradición de la Izquierda «bordiguista» italiana tanto a la experiencia de la izquierda germano-holandesa como a las luchas que se estaban desarrollando en aquella época, *Invariance* fue la sede de una nueva lectura de Marx. El excolaborador de Camatte, Roger Dangeville, tradujo los *Grundrisse* y los *Resultados* al francés, metiendo así un palo en la rueda de la interpretación althusseriana y antihegeliana de Marx predominante entonces en Francia. Camatte publicó un importante comentario sobre estos textos en *Invariance*.⁷³ El texto de Camatte desempeñó un papel similar en los debates

73. JACQUES CAMATTE, *Capital and Community: the Results of the Immediate Process of Production and the Economic Works of Marx* (Unpopular Books, 1998). Originalmente publicado en *Invariance*, serie I, n.º 2 (1968).

franceses posteriores al 68 al que desempeñaría en la misma época *Génesis y estructura de El Capital de Marx* de Rosdolsky para los debates subsiguientes en Alemania.⁷⁴

Ambos recurren en gran medida a las citas para presentar y explorar el significado de textos de Marx en gran parte desconocidos en aquel entonces. Rosdolsky ofrece un estudio exhaustivo de los *Grundrisse*, mientras que la explicación menos sistemática de Camatte se basa en otros borradores de Marx, en particular en los *Resultados*. Si bien Camatte reconoce los méritos del libro de Rosdolsky⁷⁵, una de las diferencias reside en que mientras Rosdolsky reduce en última instancia los *Grundrisse* a una mera preparación para *El Capital*, Camatte está más en sintonía con la forma en que ese texto y los restantes borradores de *El Capital* apuntan más allá de la comprensión que los marxistas habían derivado de esta última obra.

Camatte reconoció que las diferentes formas en que Marx introdujo y desarrolló la categoría de valor en las diferentes versiones de la crítica de la economía política tienen una significación que va más allá de una mejora progresiva de la presentación. Algunos de los tratamientos anteriores sacan a la luz aspectos como la autonomización histórica del valor, la definición del capital como valor en proceso y la importancia de la categoría de subsunción de formas que no resultan tan claras en las versiones publicadas.

74. ROMAN ROSDOLSKY, *Génesis y estructura de El Capital de Marx* (Siglo XXI, 1978). Publicado originalmente en alemán en 1968.

75. Camatte critica sin embargo a Rosdolsky por «no llegar a declarar lo que nosotros consideramos fundamental: el capital es valor en proceso que se antropomorfiza». JACQUES CAMATTE, *Capital and Community* (Unpopular Books, 1998) p. 163.

En la lectura que hace Camatte de los textos recién disponibles encontramos un reconocimiento de que las implicaciones de la crítica de la economía política de Marx eran mucho más radicales de lo que había creído la interpretación marxista positivista de *El Capital*.⁷⁶

En la obra de Camatte se da una ruptura fascinante con los supuestos del marxismo tradicional, y esta sale a relucir de forma muy pronunciada en el contraste entre su comentario original de mediados de los años 60 y las notas que agregó a comienzos de la década de 1970. Así, mientras que el comentario anterior lidia con la teoría marxista clásica de la transición, en las notas posteriores vemos derrocados los supuestos de esta teoría.⁷⁷ Así pues, Camatte concluye sus comentarios de 1972 con un llamamiento a la comunización:

La práctica totalidad de los hombres alzándose contra la totalidad de la sociedad capitalista, la lucha simultánea contra el capital y el trabajo, dos aspectos de una misma realidad: es decir, el proletariado debe luchar contra su propia dominación para ser capaz de destruirse a sí mismo como clase y destruir el capital y las clases. Una vez que la victoria esté asegurada a escala mundial, la clase universal, que en realidad se constituye —formación del partido, según

76. Esta forma de leer los *Grundrisse* fue identificada más tarde con Negri. Es más, se ha sostenido que la obra temprana de este último tiene cierta deuda con Camatte. Es asombroso que en lo fundamental, y sean cuales sean las ambivalencias de la política autonomista, el capítulo «Comunismo y transición» del *Marx más allá de Marx* de Negri (1978) abogue por la comunización.

77. Comentando su idea anterior de una «dominación formal del comunismo», Camatte escribe: «[...] hoy en día la periodización ha dejado de ser válida; además, la rapidez de la realización del comunismo será mayor de lo que se había pensado con anterioridad. Por último, hemos de especificar que el comunismo no es un modo de producción, ni una sociedad...». *Ibid.*, p. 148, n.º 19.

Marx— a largo de un proceso inmenso que precede a la revolución en la lucha contra el capital, que ha sido psicológicamente transformada y que ha transformado la sociedad, desaparecerá, ya que se convierte en la humanidad. No hay grupos fuera de ella. El comunismo se desarrolla entonces libremente. La fase inferior del socialismo ya no existe, y la fase de la dictadura del proletariado se reduce a la lucha por destruir la sociedad capitalista, el poder del capital.⁷⁸

Para la mayoría de los teóricos posteriores de la comunicación los escritos de Marx que hasta entonces no habían estado disponibles se convirtieron en textos fundamentales. La traducción de los *Grundrisse* y de su ahora célebre «Fragmento sobre las máquinas» inspiró directamente al argumento prototípico de Gilles Dauvé a favor de la comunicación.⁷⁹ En este fragmento Marx describe cómo el capital, en su impulso por aumentar el tiempo de trabajo excedente, reduce el tiempo de trabajo necesario al mínimo mediante la aplicación masiva de la ciencia y el conocimiento a la producción.

Esto crea la posibilidad de apropiación por todos de ese sistema enajenado de conocimiento, permitiendo así la reapropiación del tiempo de trabajo excedente como tiempo disponible. El comunismo se entiende, por tanto, no en términos de una nueva distribución de la misma clase de riqueza basada en el tiempo de trabajo, sino como basado en una nueva forma de riqueza medida en tiempo

78. *Ibid.*, p. 165.

79. GILLES DAUVÉ, *Sur L'Ultragauche* (1969) [publicado por primera vez en castellano como *Leninismo y ultraizquierda* (Zero-zyx, 1976) y después en JEAN BARROT (GILLES DAUVÉ) y FRANÇOIS MARTIN, *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista* (Ediciones Espartaco Internacional, 2003), p. 201].

disponible.⁸⁰ El comunismo supone nada menos que una nueva relación con el tiempo, o incluso una forma diferente de tiempo.

Para Dauvé, por medio de este énfasis en el tiempo, Marx insinúa una ruptura radical entre capitalismo y comunismo, que «excluye la hipótesis de un avance gradual hacia el comunismo que pase por la progresiva destrucción de la ley del valor» y por lo tanto demuestra a su vez la inadecuación de la alternativa consejista y democrática al leninismo.⁸¹ Las versiones anteriores también apuntaban hacia un concepto más radical de la revolución en un nivel ontológico más fundamental. Los borradores ponen de manifiesto que para Marx la crítica de la economía política pone en entredicho la división entre subjetividad y objetividad, la noción preexistente de lo que significa ser un individuo, y aquello en lo que consiste o no nuestro mismo ser. Para Marx estas preguntas ontológicas son esencialmente *sociales*. Consideró que los economistas habían tenido más o menos éxito en esclarecer las categorías que captaban las formas sociales de vida bajo el capitalismo. Mientras que la burguesía, sin embargo, tendía a presentarlas como necesidades ahistóricas, Marx las reconoció como formas históricamente específicas de la relación entre los seres humanos y entre estos y la naturaleza.

80. «La verdadera riqueza es la potencia productiva desarrollada de todos los individuos. Ya no es entonces, en modo alguno, el tiempo de trabajo, la medida de la riqueza, sino el tiempo disponible». MARX, *Grundrisse* (MECW 29), p. 94. Resulta interesante comprobar que Moishe Postone, que ha sido muy explícito acerca de las implicaciones políticas radicales de un enfoque basado en la «forma-valor», haga de estos pasajes el fundamento de su reinterpretación de Marx. Véase *Tiempo, trabajo y dominación social* (Marcial Pons, 2006).

81. GILLES DAUVÉ, *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista* (Ediciones Espartaco Internacional, 2003), p. 161.

El hecho de que la actividad humana esté mediada por relaciones sociales entre cosas imprime a la subjetividad humana un carácter atomizado y desobjetivado. La experiencia individual bajo el capitalismo es la de una subjetividad pura, y toda objetividad existe frente a ella en forma de capital:

La separación de propiedad y el trabajo se presenta como ley necesaria de este intercambio entre capital y trabajo. Trabajo puesto como *no-capital* en cuanto tal es: (1) *Trabajo no objetivado, concebido negativamente* [...] trabajo separado de todos los instrumentos de trabajo y objetos de trabajo, separado de su total objetividad. Es el trabajo vivo que existe como abstracción de estos momentos de su existencia real (e igualmente como no-valor); esta completa desnudez, vacía de toda objetividad, pura existencia subjetiva del trabajo. El trabajo como la pobreza absoluta. La pobreza no como privación, sino como exclusión total de la riqueza objetiva. [...] (2) *Trabajo no objetivado, no-valor, concebido positivamente*, o negatividad que se refiera a sí misma; [...]. El trabajo no como objeto, sino como actividad; no como *valor* en sí mismo, sino como la *f fuente viva* del valor. La riqueza general existe en el capital en forma objetiva, como realidad, y el trabajo se manifiesta frente a él como la riqueza en cuanto posibilidad general, que se acredita como tal en la acción. No es, por lo tanto, contradictorio en modo alguno afirmar que el trabajo es, por una parte, la *pobreza absoluta en cuanto objeto*, y por otra, la *posibilidad general de la riqueza* en cuanto sujeto y en cuanto actividad; más bien, las dos partes de esta frase que se contradicen por todos lados, se condicionan recíprocamente, y proceden de la esencia del trabajo tal como es *presupuesto* en cuanto antítesis, en cuanto existencia antitética del capital, y a su vez presupone por su parte al capital.⁸²

82. MARX, *Grundrisse* (MECW 28), pp. 221-2.

Este tipo de consideraciones ontológicas desempeñan un papel importante en la obra de *Théorie Communiste* (TC), grupo que surgió a mediados de la década de 1970 a partir de los debates del medio comunizador post-68. Para TC la revolución comunista entendida como comunización no establece una «república del trabajo» ni ninguna forma nueva de gestión de los medios de producción. Más bien supone la superación de la relación social de producción enajenada que constituye la separación de la subjetividad y la objetividad experimentada bajo el capitalismo. Mediante la superación de la separación de los individuos entre sí y de los medios de producción, la comunización supera la separación de la subjetividad humana del «trabajo objetivado»⁸³, es decir, de la división sujeto/objeto que constituye el fundamento de la realidad social en el capitalismo.

TC concibe esto como una superación de cada una de esas dimensiones descrita por Marx en los *Grundrisse*: el trabajo deja de existir como actividad separada, la producción ya no se distingue de la reproducción ni la domina; las necesidades dejan de estar separadas de las capacidades y los individuos ya no afrontan su condición social vía la mediación del intercambio de sus productos o en la forma del Estado, sino que se vuelven *directamente* sociales. La revolución como comunización disuelve tanto la forma social de las cosas, es decir, su existencia como portadoras de «trabajo objetivado», de valor —vuelven a convertirse en cosas—, y la forma-sujeto atomizada, vacía y separada, del individuo. Por lo tanto para TC, como para el Marx de los *Grundrisse*,⁸⁴ el momento anteriormente «objetivo» de la producción ya no domina

83. Y de la naturaleza, que para el capital es —como los seres humanos— un mero recurso para la expansión de la riqueza abstracta.

84. Ahora bien, TC no dice que el concepto de la revolución que tenía Marx fuera la comunización. Véase la discusión sobre el *programatismo* a continuación.

lo subjetivo, sino que más bien se convierte en «el cuerpo social orgánico dentro del cual los individuos se reproducen como individuos, pero como individuos sociales».⁸⁵

LOS DEBATES ALEMANES

La nueva apropiación de Marx a partir de la que surgió la perspectiva de la comunización formó parte de un proceso mucho más amplio de reapropiación y desarrollo de lecturas radicales de Marx. Tras la revolución húngara de 1956, el comunismo oficial perdió la hegemonía sobre la disidencia y la interpretación de Marx en los países occidentales. Mientras que Marx había dicho «dudad de todo», el marxismo tradicional u ortodoxo tendía a presentarse como una cosmovisión unitaria que tenía respuestas para todas las preguntas. Poseía una filosofía omnímoda («materialismo dialéctico»), una visión mecanicista de la historia («materialismo histórico») y su propia economía («economía política marxista».⁸⁶

Estos pilares de la versión oficial del marxismo se vieron impugnados por un retorno al espíritu crítico de Marx que recordaba muy de cerca al modo en que una generación anterior de marxistas críticos había florecido durante el período inmediatamente posterior a la revolución rusa.⁸⁷

85. MARX, *Grundrisse* (MECW 29), p. 210.

86. Para una interpretación del «marxismo tradicional» como «marxismo de cosmovisión», véase MICHAEL HEINRICH, «Invaders from Marx: On the Uses of Marxian Theory, and the Difficulties of a Contemporary Reading», *Left Curve* 31 (2007) pp. 83-8. Esta forma de caracterizar el «marxismo tradicional» parece haber tenido su origen en el humanista marxista Iring Fetscher, del que fueron alumnos tanto Reichelt como Postone. Véase su *Marx and Marxism* (Herder and Herder, 1971).

87. Las obras destacadas de este período son *Historia y conciencia de clase*, de Lukács, *Marxismo y filosofía*, de Korsch, *Ensayos sobre la teoría del valor de Marx*, de Rubin, y *Teoría general del derecho y el marxismo*,

La resurrección de la teoría marxista en este período —como en la década de 1920— entrañó una ruptura con la visión del marxismo como un sistema positivo de conocimiento, y una renovación del reconocimiento de su dimensión crítica, paso en el que la relación de Marx con Hegel volvió a encontrarse de nuevo sobre el tapete. Hacia mediados de la década de 1960, el rechazo a las interpretaciones heredadas de Marx comenzó a extenderse a su obra fundamental, *El Capital*.

Se hicieron nuevas lecturas inspiradas en borradores anteriores de la crítica de la economía política, y esas lecturas no solo se interesaron por los resultados a los que había llegado Marx, sino también por el método que empleó para llegar a ellos. En Francia *El Capital* se relejó al modo estructuralista, en Italia Tronti y el *operaísmo* lo hicieron «desde el punto de vista de la clase obrera», y en Alemania surgió una *Neue Marx-Lektüre* [«nueva lectura de Marx»].

El idioma alemán dio a la *Neue Marx-Lektüre* una clara ventaja sobre las investigaciones en torno a Marx en otros países. Los nuevos textos del «Marx desconocido» estuvieron generalmente disponibles y fueron conocidos en alemán antes que en cualquier otro idioma, y por supuesto, no había problemas de traducción.⁸⁸ Además, el gran recurso cultural al que Marx había recurrido en la crítica de la economía política —el idealismo clásico alemán— no estaba sujeto a los mismos problemas de recepción del pensamiento hegeliano que en otros países.

de Pasukanis. Una de las características de la nueva etapa fue que se redescubrieron muchos textos de esa época previa y se ahondó en sus problemáticas.

88. Un ejemplo significativo de esto es que, como señala Chris Arthur, casi todas las referencias a al trabajo «incorporado» en *El Capital* son traducciones del término alemán *Darstellung*, que podría ser traducido más correctamente como «representación». Véase su «Reply to Critics», *Historical Materialism* 13.2 (2005), p. 217.

Así, mientras en Italia y Francia las nuevas lecturas de Marx tendían a tener un fuerte sesgo anti-Hegel como reacción frente a modas hegelianas anteriores y contra el «marxismo hegeliano», los debates alemanes lograron esbozar un cuadro más matizado e informado del vínculo Hegel-Marx. Un hecho fundamental fue que vieran que al describir la estructura lógica de la totalidad real de las relaciones sociales capitalistas en *El Capital*, Marx no estaba en deuda tanto con la concepción hegeliana de una dialéctica histórica como con la dialéctica sistemática de la *Lógica*. Por tanto, el nuevo marxismo crítico —a veces despectivamente denominado *Kapitallogik*— tenía menos en común con el marxismo crítico anterior de Lukács y Korsch que con el de Rubin y Pashukanis. La *Neue Marx-Lektüre* no era una escuela homogénea, sino un enfoque crítico que supuso discusiones y desacuerdos serios entre interlocutores que sin embargo compartían cierta dirección común.

El contexto político en el que surgieron los debates alemanes fue el auge de un movimiento estudiantil radical. El movimiento tenía dos polos: uno tradicionalista, a veces ligado al Estado germano oriental y con una orientación «marxista ortodoxa» hacia el movimiento obrero, y otro «antiautoritario», más fuerte, influido por la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, en particular por su dimensión psicoanalítica, que ofrecía una explicación de por qué los trabajadores no parecían interesados en la revolución.⁸⁹ Debido en gran parte a la influencia de la Escuela de Frankfurt, el movimiento estudiantil alemán estableció rápidamente una reputación de sofisticación teórica por sus debates. Esta perspicacia —pero también la inestabilidad y la ambivalencia del polo

89. Lo que abarcó el interés por Freud y Reich aunado con los feroces ataques de Adorno al revisionismo del psicoanálisis contemporáneo, así como a *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional* de Marcuse, y el análisis de la «personalidad autoritaria» que hizo la Escuela.

«antiautoritario»— quedó de manifiesto en la trayectoria de su líder carismático, Rudi Dutschke. En 1966, muy influenciado por Korsch, historizó la «teoría de las dos etapas» de la revolución comunista de Marx como anacrónica y «harto dudosa para nosotros», dado que «pospone la emancipación real de la clase obrera para el futuro y considera la conquista del Estado burgués por el proletariado de primordial importancia para la revolución social».⁹⁰

Ahora bien, también acuñó el eslogan de la «larga marcha a través de las instituciones», que se convirtió en la razón de ser del Partido Verde alemán al que, como ese otro antiautoritario carismático, Daniel Cohn-Bendit, acabó uniéndose. Hoy quien más se identifica con su legado es la muy estatista y reformista *Die Linke* —el partido izquierdista en Alemania—.

Hans Jürgen Karl, que también desempeñó un papel destacado en la SDS —sobre todo después del atentado sufrido por Dutschke— fue una figura más importante desde el punto de vista teórico. Krahle era alumno de Adorno e introdujo en el movimiento muchos de los conceptos clave de la Teoría crítica, pero también era un activista y mantuvo una orientación hacia el proletariado y la lucha de clases.⁹¹ Pese a que la Escuela de Frankfurt, en su giro hacia las cuestiones del psicoanálisis, la cultura y la filosofía, había abandonado en gran medida el estudio de la crítica de la economía política de Marx y la había dejado en manos de los

90. RUDI DUTSCHKE, «Zur Literatur des revolutionären Sozialismus von K. Marx bis in die Gegenwart» *SDS-korrespondenz sondernummer* 1966.

91. Krahle murió en un accidente automovilístico en 1970. La colección póstuma de sus escritos y conferencias, *Konstitution und Klassenkampf*, no ha sido traducida al inglés.

marxistas ortodoxos, fueron Krahel y otros alumnos de Adorno —Hans-George Backhaus, Helmut Reichelt— quienes iniciaron la *Neue Marx-Lektüre*.

Así, mientras que en el caso del medio comunizador fueron sus antecedentes en el comunismo de consejos y otras críticas del bolchevismo de la izquierda comunista las que los llevaron a abrirse a la radicalidad de los nuevos textos de Marx en Alemania —donde esas tendencias habían sido aniquiladas durante el periodo nazi⁹²—, Adorno y la Escuela de Frankfurt desempeñaron un papel más o menos análogo.

Tanto el comunismo de consejos como la Escuela de Frankfurt se habían desarrollado como una reflexión en torno al fracaso de la revolución alemana de 1918-1919. Si bien la relación del comunismo de consejos con la revolución alemana es más directa, Sohn-Rethel, hablando de la Escuela de Frankfurt y de pensadores emparentados con ella como Lukács y Bloch, capta su relación más complejamente mediada con ese período por medio de una formulación paradójica:

Los nuevos desarrollos del pensamiento representados por estos hombres se produjeron paralelamente al desarrollo de la superestructura teórica e ideológica de la frustrada revolución alemana.⁹³

92. Willy Huhn, que influyó sobre algunos miembros de la SDS de Berlín, fue una excepción significativa. Miembro de la «Rote Kämpfer», un reagrupamiento de finales de 1920 de miembros del KAPD, Huhn fue brevemente encarcelado por los nazis en 1933-1934, después de lo cual se volvió hacia una labor teórica que incluyó una importante crítica de la socialdemocracia: *Der Etatismus der Sozialdemokratie: Zur Vorgeschichte des Nazifaschismus*. No obstante, los comunistas consejistas solo fueron redescubiertos y publicados adecuadamente con posterioridad a la culminación del movimiento.

93. Y agrega: «La paradójica condición de este movimiento ideológico tal vez pueda ayudarnos a comprender su casi exclusiva preocupa-

Pese a estar separada de cualquier entorno de clase obrera, la Escuela de Frankfurt había intentado mantener vivo un marxismo crítico y emancipatorio frente a su desarrollo como ideología apologética de la acumulación dirigida por el Estado en Rusia. La afinidad con el comunismo de consejos queda más claramente de manifiesto en textos anteriores, como *Estado autoritario* de Horkheimer, que los estudiantes antiautoritarios publicaron provocando así la desaprobación de un Horkheimer tardío más bien conservador.

No obstante, en el corazón de los textos menos evidentemente políticos de Adorno de las décadas de 1950 y 1960 sigue latiendo una crítica radical de la sociedad capitalista, quizá tal vez precisamente por el hecho de que rehuyan la lógica de la eficacia política inmediata. Mientras que la «ultraizquierda» trató de mantener viva la promesa emancipadora de la teoría marxista frente a la evolución contemporánea del movimiento obrero haciendo hincapié en la autonomía de la clase obrera frente a las instituciones de este y toda forma de representación de la clase obrera, la Escuela de Frankfurt había tratado paradójicamente de cumplir la misma tarea dando la espalda a la lucha de clases inmediata y a las «cuestiones económicas».

Eso supuso que en la Alemania de la década de 1960 la reapropiación radical de Marx adoptara necesariamente la forma tanto de la continuación como de la ruptura con el legado de la Escuela de Frankfurt. La intersección entre una sensibilidad formada por la Escuela de Frankfurt y el giro

ción por las cuestiones superestructurales, y su notable falta de interés en lo relativo a la base material y económica subyacente a ellas». ALFRED SOHN-RETHEL, *Trabajo manual y trabajo intelectual* (El viejo topo, 1979), p. 8. Cf. la primera línea de la *Dialéctica negativa* de Adorno: «La filosofía, que antaño pareció superada, sigue viva porque se dejó el momento de su realización». THEODOR ADORNO, *Dialéctica negativa* (Taurus, 1984), p. 11.

hacia el estudio detallado de la crítica de la economía política que esta rehuía queda de manifiesto en esta anécdota sobre Backhaus.

Según Reichelt, los orígenes del programa de la *Neue Marx-Lektüre* se remontan al momento de 1963 en que Backhaus, que estaba hospedado en un colegio mayor de Frankfurt, se topó accidentalmente con lo que en aquel entonces era una primera edición muy rara de *El Capital*.⁹⁴ Se fijó en que las diferencias con respecto a la segunda edición saltaban a la vista de inmediato, pero también en que eso solo había sido posible porque había escuchado las conferencias de Adorno sobre la teoría dialéctica de la sociedad, pues:

De no haber planteado Adorno en repetidas ocasiones la idea de un «conceptual en la realidad misma», de un verdadero universal que se remonta a la abstracción del intercambio, sin sus preguntas sobre la constitución de las categorías y su relación interna en la economía política, y sin su concepción de una estructura objetiva que se ha vuelto autónoma, este texto habría permanecido en silencio, tal como había sucedido a lo largo de los (¡ya entonces!) cien años de debates sobre la teoría del valor de Marx.⁹⁵

Los debates en torno a la nueva lectura de *El Capital* empezaron a animarse de verdad a partir de 1968. Entre las cuestiones que pasaron a primer plano, y que generalmente solo fueron adoptadas más tarde y a menudo con menos profundidad en los debates en otros idiomas, figuraban: el

94. La primera edición alemana de *El Capital* contenía importantes diferencias —sobre todo en la estructura y el desarrollo del primer capítulo sobre la mercancía y el valor— con respecto a la segunda edición, que fue la base de las ediciones y traducciones posteriores (escasamente alteradas) a otros idiomas.

95. HELMUT REICHELT, *Neue Marx-Lektüre: Zur Kritik sozialwissenschaftlicher Logik* (VSA-Verlag, 2008) p. 11.

carácter del método de Marx y la validez de la comprensión que Engels tenía del mismo, la relación entre el desarrollo dialéctico de las categorías en *El Capital* y la dialéctica hegeliana, la importancia de los aspectos inconclusos de los planes de Marx para su crítica, la importancia del término «crítica» y la diferencia entre la teoría marxista del valor y la de la economía política clásica, y la naturaleza de la abstracción en el concepto de trabajo abstracto de Marx y la crítica de la economía política en general.

Pese a su frecuente carácter filológico y abstracto, los debates en torno a la nueva lectura de *El Capital* tuvieron trascendencia política en la tensión creada entre el polo antiautoritario y el tradicionalista del movimiento estudiantil, dado que este último sostenía que el marco del marxismo ortodoxo solo necesitaba ser modernizado y actualizado.⁹⁶ La *Neue Marx-Lektüre* impugnó este proyecto de renovación de la ortodoxia defendiendo nada menos que una reconstrucción fundamental de la crítica de la economía política.⁹⁷

En aquella época el punto de vista dominante acerca del método empleado en *El Capital* era una variante del punto de vista lógico-histórico propuesto por Engels en textos como su reseña de 1859 de la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx y el Prólogo y Suplemento al volumen

96. Si bien hasta 1968 el polo marxista tradicional de la SDS había sido esencialmente reformista y partidario de una transición legal hacia el socialismo, el polo que figuró en primer plano a partir de 1968 fue el estalinista-maoísta antirrevisionista. Esta fue la época en la que muchos de los «antiautoritarios» anteriores abandonaron su crítica del marxismo de partido y se dedicaron a la formación de «Grupos-K» (Donde «K» significa *Kommunist*).

97. Véase MICHAEL HEINRICH, «Reconstruction or Deconstruction? Methodological Controversies about Value and Capital, and New Insights from the Critical Edition», en RICCARDO BELLOFIORE y ROBERTO FINESCHI [eds.], *Re-Reading Marx: New Perspectives after the Critical Edition* (Palgrave Macmillan, 2009).

III de *El Capital*. Desde ese punto de vista, la progresión de las categorías de *El Capital* sigue de cerca su desarrollo histórico real, de modo que se considera que los primeros capítulos de *El Capital* describen un período precapitalista de «producción mercantil simple» en el que se decía que la «ley del valor» obraba de forma pura. En los debates alemanes, y posteriormente a nivel internacional, la autoridad de Engels, así como la del marxismo tradicional, que dependía de ella, fue puesta ampliamente en entredicho.⁹⁸

La *Neue Marx-Lektüre* argumentó que ni la interpretación de Engels, ni la de ninguna de las propuestas de modificación de la misma⁹⁹ hacían justicia al movimiento subyacente, al orden y el desarrollo de las categorías en *El Capital*. En lugar de un avance desde una etapa anterior no capitalista, un modelo hipotético simplificado de la producción mercantil simple hasta llegar a una etapa posterior o un modelo más complejo de producción capitalista de mercancías, había que captar el movimiento de *El Capital* como una presentación de la totalidad capitalista desde el principio, moviéndose de lo abstracto a lo concreto. En *The Logical Structure of Marx's Concept of Capital* Helmut Reichelt desarrolló una concepción que, de un modo u otro, ahora es fundamental para los teóricos de la dialéctica sistemática: que la «lógica del concepto de capital» como proceso autodeterminado corresponde al ir más allá de sí del concepto de la *Lógica* de Hegel.¹⁰⁰

98. Véase *La contradicción en movimiento*, en este número.

99. Grossman, por ejemplo, sugirió la idea de una aproximación sucesiva, que consideraba que *El Capital* presentaba una serie de modelos analíticos que se volvían cada vez más complejos a medida que se iban añadiendo aspectos ulteriores de la realidad.

100. HELMUT REICHELT, *Zur logischen Struktur des Kapitalbegriffs bei Marx* (Suhrkamp Verlag 1970). Hasta dónde se puede establecer esa correspondencia es un tema arduamente debatido. Vea los debates entre Chris Arthur, Tony Smith y Robert Finelli en *Historical Materialism* (números 11.1, 15.2 y 17.1). En Alemania Michael Heinrich

De acuerdo con este punto de vista el mundo del capital puede considerarse como objetivamente idealista: por ejemplo, la mercancía como un «cosa suprasensible aunque sensible».¹⁰¹ La dialéctica de la forma-valor muestra cómo partiendo de la forma mercancía más simple, los aspectos materiales y concretos del proceso de la vida social están dominados por las formas sociales abstractas e ideales del valor. Para Marx, como dice Reichelt:

El capital se concibe así como un cambio de formas constante, en el que el valor de uso es a la vez integrado y expulsado constantemente. En este proceso también el valor de uso asume la forma de un objeto que se desvanece eternamente. Pero esta desaparición constantemente renovada del objeto es la condición para la perpetuación del valor mismo, pues es a través del cambio siempre reproducido de formas como se conserva la unidad inmediata entre valor y el valor de uso. Lo que así se constituye es un mundo invertido en el que la sensualidad en el sentido más amplio —como valor de uso, trabajo, intercambio con la naturaleza— se degrada a un medio para la autoperpetuación de un proceso abstracto que subyace al mundo objetivo general del cambio constante [...]. Todo el universo sensible de seres humanos que se reproducen mediante la satisfacción de las necesidades y el trabajo es absorbido paso a paso en este proceso, en el que

y Dieter Wolff criticarían de formas muy diferentes la idea de una «homología» entre el capital y el espíritu.

101. Esta es la traducción de Bonefeld, más precisa, de «*sinnlich über-sinnlich*», expresión mal traducida en las ediciones en lengua inglesa de *El Capital*. A estos efectos, véase su *Nota del traductor* a HELMUT REICHELT, «Social Reality as Appearance: Some Notes on Marx's Conception of Reality», en WERNER BONEFELD Y KOSMAS PSYCHOPEDIS [eds.], *Human Dignity. Social Autonomy And The Critique Of Capitalism* (Hart Publishing 2005), p. 31.

todas las actividades son «invertidas en sí mismas». Todas ellas son, en su apariencia evanescente, inmediatamente su propio opuesto, la persistencia de lo general.¹⁰²

Esta es la inversión ontológica, la posesión de la vida material por el espíritu del capital. Es lo que Camatte captó al reconocer la importancia de comprender el capital como valor en proceso y como subsunción. Si en la sociedad capitalista no existe ningún valor de uso si no es en forma de valor, si el valor y el capital constituyen una forma energética y totalizadora de socialización que conforma todos los aspectos de la vida, superarlos no es una mera cuestión de reemplazar los mecanismos de mercado por la manipulación estatal o la autogestión obrera de esas formas, sino que exige una transformación radical de todas las esferas de la vida. Por el contrario, la concepción marxista tradicional derivada de Engels —según la cual la ley del valor preexistía al capitalismo— separaba las teorías del mercado y del valor de las del plusvalor y la explotación, y así dio pie a ideas acerca de una ley socialista del valor, una forma de dinero socialista, un «socialismo de mercado» y así sucesivamente.

¿EL MARX INCOMPLETO?

Parte de la naturaleza dogmática del marxismo ortodoxo consistió en considerar las obras de Marx como un sistema completo al que solo había que agregar análisis históricos de etapas posteriores del capitalismo, como el imperialismo. El descubrimiento de los borradores y planes para la crítica de la economía política demostró que *El Capital* era una obra incompleta, y no solo en el sentido de que Marx no llegó a terminar los volúmenes II y III ni las *Teorías sobre la plusvalía*, o de que estos fueron compilados por Engels y

102. *Ibid.*, p. 46-7.

Kautsky respectivamente,¹⁰³ sino en el sentido de que estos solo constituían el primer volumen de un plan que abarcaba seis libros, junto a otros volúmenes sobre la propiedad de la tierra, el trabajo asalariado, el Estado, el comercio exterior y «El mercado mundial y las crisis».¹⁰⁴

El reconocimiento de que lo que queda del proyecto de Marx no es más que un fragmento tuvo una importancia tremenda, pues implicaba considerar la teoría marxista como un proyecto radicalmente abierto y desarrollar ámbitos de investigación que el propio Marx apenas había mencionado de pasada. El llamado debate de derivación del Estado, y el debate sobre el mercado mundial fueron intentos de desarrollar algunas de esas áreas que el propio Marx no había abordado de forma sistemática en *El Capital*.¹⁰⁵

103. Cuando Moscú reeditó las *Teorías sobre la plusvalía* se pudieron cuestionar las decisiones editoriales de Kautsky, algo que jamás se contempló en lo tocante a los considerables cambios que Engels introdujo en el volumen III. La publicación de los manuscritos originales (en alemán) puso de manifiesto que el trabajo de Engels supuso una importante labor de rescritura y decisiones editoriales discutibles, pero para el marxismo tradicional un cuestionamiento semejante del corpus central del marxismo era anatema. Véase MICHAEL HEINRICH: «Engels Edition of the Third Volume of Capital and Marx's Original Manuscript», en *Science & Society*, vol. 60, n.º 4, 1996, pp. 452-66.

104. Rosdolsky sostiene el polémico punto de vista de que los libros II y III se incorporan a un plan cambiado para *El Capital*, pero incluso si uno estuviera de acuerdo con él en lugar de con los argumentos en sentido contrario de Lebowitz y Shortall, los tres libros restantes siguen siendo claramente una obra inacabada.

105. Acerca del debate sobre la derivación del Estado, véase JOHN HOLLOWAY y SOL PICCIOTTO [eds.], *State and Capital: A Marxist Debate* (University of Texas Press 1978); KARL HELD y AUDREY HILL, *The Democratic State: Critique of Bourgeois Sovereignty* (Gegenstandspunkt, 1993). Entre lo poco que se ha traducido sobre el debate acerca del mercado mundial, véase OLIVER NACHTWEY y TOBIAS TEN

Basándose en la obra pionera de Pashukanis, los participantes en el debate de derivación del Estado captaron la separación entre «lo económico» y «lo político» como elemento propio de la dominación capitalista. Eso implicaba que, lejos de considerarse como el establecimiento de una economía socialista y de un Estado obrero, como preconizaba el marxismo tradicional, la revolución debía entenderse como destrucción tanto de la «economía» como del «Estado».

A pesar del carácter abstracto —y a veces académico— de estos debates, ahora comenzamos a ver cómo en Alemania el retorno crítico a Marx sobre la base de las luchas de finales de los años sesenta tuvo consecuencias concretas (y muy radicales) para la forma en que concebimos la superación del modo de producción capitalista.

Esto es igualmente cierto en lo que se refiere a la categoría marxista central del trabajo abstracto, tal y como queda conceptualizada en los debates alemanes en torno al valor. Mientras que en la ciencia social burguesa y en las formas dominantes del marxismo la abstracción es un acto mental, Marx argumentó que en el capitalismo estaba presente otra clase de abstracción: la «abstracción real» o «abstracción práctica» que las personas llevan a cabo en el intercambio sin saberlo siquiera. Como indica la anécdota de Reichelt sobre Backhaus, fue la idea de Adorno de un carácter objetivamente conceptual de la vida social capitalista la que inspiró el enfoque de la *Neue Marx-Lektüre* acerca de la crítica de la economía política de Marx. Esta idea de Adorno y su noción de «pensamiento identitario» fueron inspirados a su vez por las ideas que Sohn-Rethel le había comunicado en los años treinta.

BRINK, «Lost in Transition: the German World-Market Debate in the 1970s», *Historical Materialism* 16.1 (2008), pp. 37-70.

El debate alemán avanzó gracias a la publicación en 1970 de estas ideas en el libro de Sohn-Rethel *Trabajo manual y trabajo intelectual*.¹⁰⁶ En esta obra Sohn-Rethel identifica la abstracción del uso que se produce en el proceso de intercambio como la raíz no solo de la extraña síntesis social propia de las sociedades productoras de mercancías, sino de la existencia misma del razonamiento abstracto conceptual y la experiencia del intelecto independiente. La tesis de Sohn-Rethel es que el «sujeto trascendental» teorizado explícitamente por Kant no es más que la expresión teórica y a la vez ciega de la unidad u homogeneidad de las cosas constituidas a través del intercambio. Tales ideas, junto con las de Pasukanis sobre cómo el «sujeto de derecho» y la mercancía son coproducidos históricamente, entroncaron con un período de examen crítico en el que todos los aspectos de la vida, incluyendo nuestra propia noción de subjetividad y de conciencia interior, se entendieron como formalmente determinados por el capital y el valor.

Para Marx el ejemplo más asombroso de «abstracción real» es la forma monetaria del valor, y tal vez la contribución más profunda de los debates alemanes reside en su desarrollo de una «teoría monetaria del valor» siguiendo el rumbo ya trazado por Rubin. En un pasaje importante de la primera edición de *El Capital* Marx describe el dinero como una abstracción que adquiere perversamente una existencia real independiente de lo particular: «Es como si junto a y fuera de los leones, tigres, conejos, y todos los demás animales reales [...] existiera también el animal, la encarnación independiente de todo el reino animal».¹⁰⁷ Los productos del trabajo privado han de

106. ALFRED SOHN-RETHEL, *Geistige und körperliche Arbeit. Zur Theorie gesellschaftlicher Synthesis* (Suhrkamp, 1970) [ed. cast.: *Trabajo manual y trabajo intelectual* (El viejo topo, Barcelona, 1979)].

107. MARX, «The Commodity, Chapter One, Volume One of the first edition of Capital», en *Value: Studies by Marx* (traducción A. Dragstedt, New Park, 1976, p. 27).

inter cambiarse por esta representación concreta del trabajo abstracto para que su validez social sea realizada en la práctica. Así, una abstracción —en lugar de un producto del pensamiento— existe en el mundo como un objeto dotado de objetividad social ante el que todos deben inclinarse.

El marxismo tradicional pasó por alto este debate y por lo general siguió a Ricardo y a la economía burguesa a la hora de considerar el dinero simplemente como una herramienta técnica útil para facilitar el intercambio de los valores pre-existentes de las mercancías. Los debates alemanes, por el contrario, percibieron la extraña clase de objetividad que posee el valor —el hecho de que no sea inherente a ninguna mercancía en particular y de que exista únicamente en la relación de equivalencia entre una mercancía y la totalidad de las demás mercancías— y que solo pueda ser suscitada mediante el dinero. Este papel del dinero en una sociedad mercantil generalizada entronca de nuevo con la experiencia del propio trabajo vivo. En la medida en que el trabajo es simplemente una actividad que se efectúa por dinero, el tipo de trabajo realizado es una cuestión de indiferencia y de azar. El vínculo orgánico que existía en sociedades anteriores entre individuos particulares y formas de trabajo específicas se ha quebrado. Se desarrolla así un sujeto capaz de moverse indistintamente entre distintas formas de trabajo:

Aquí, pues, la abstracción de la categoría «trabajo», el «trabajo en general», el trabajo *sans phrase*, que es el punto de partida de la economía moderna, resulta por primera vez prácticamente cierta. De este modo, la abstracción más simple que la economía coloca en el vértice, y que expresa una relación antiquísima y válida para todas las formas de sociedad, se presenta no obstante como prácticamente cierta en este grado de abstracción solo como categoría de la sociedad moderna.¹⁰⁸

108. MARX, *Grundrisse* (MECW 28), p. 41 (Trad. Nicolaus).

El trabajo abstracto, pues, como abstracción *práctica*, es una forma de trabajo fundamentalmente capitalista, un producto de la reducción de todas las actividades a actividad abstracta generadora de dinero. Bajo la perspectiva tradicional la superación del modo de producción capitalista no tiene por qué suponer la abolición del trabajo abstracto: el trabajo abstracto, según esa perspectiva, es una abstracción *genérica*, una verdad general transhistórica que subyace a la aparición de las formas de mercado en el seno del modo capitalista de producción. Bajo el socialismo, una vez eliminado el papel parasitario del capitalista y la organización anárquica y mercantil del trabajo social fuese reemplazada por la planificación (estatal), esa verdad brillaría en todo su esplendor. Desde una perspectiva crítica, el marxismo tradicional había transformado las formas y leyes del capitalismo en leyes generales de la historia: en áreas relativamente atrasadas, como Rusia, donde el marxismo se convirtió en la ideología del desarrollo industrial dirigido por el Estado, *El Capital* se convirtió en un «manual de hágalo usted mismo».

Por el contrario, para los teóricos de la forma-valor la teoría del valor de Marx *qua* teoría monetaria de valor «no es una teoría sobre la distribución de la riqueza social, sino más bien una teoría de la constitución de la totalidad social bajo las condiciones de la producción capitalista de mercancías».¹⁰⁹ La cuestión pasó por tanto de girar en torno a la distribución a hacerlo en torno a la superación de la forma del trabajo, de la riqueza y del propio modo de producción.

En los debates de distintos países, a veces al tanto de los debates alemanes, pero también de forma independiente, y estimulados por textos como los *Grundrisse* y los *Ensayos* de Rubin, se plantearon preguntas similares y se dieron

109. MICHAEL HEINRICH, «Invaders from Marx: On the Uses of Marxian Theory, and the Difficulties of a Contemporary Reading», *Left Curve* 31 (2007).

respuestas parecidas. Por ejemplo, la importancia de la forma-valor fue captada por el entonces seguidor de Althusser Jacques Rancière.

Althusser había captado correctamente el hecho de que Marx había roto completamente con el campo teórico de Ricardo y de la economía política clásica, pero no fue capaz de captar el análisis de la forma-valor como el aspecto clave de dicha ruptura debido a que lo rechazaba en función de su «hegelianismo». Rancière, empero, señaló que «lo que distingue radicalmente a Marx de la teoría económica clásica es el análisis de la forma-valor de la mercancía, o forma mercantil del producto del trabajo».¹¹⁰ Esto también lo reconoció otro antihegeliano, Colletti,¹¹¹ y lo introdujo en un debate italiano sobre el valor que iniciaron él y Napoleoni,¹¹² que llegó a conclusiones semejantes a las de los teóricos de la forma-valor.

En los debates anglófonos, en los que apenas se tradujo casi nada de los debates alemanes hasta finales de la década de 1970, Rubin adquirió una importancia primordial.¹¹³ En la *Conference of Socialist Economists*, un foro central para estos

110. JACQUES RANCIÈRE, «Le Concept de Critique et la Critique de l'Économie Politique des Manuscrits de 1844 au Capital», en ALTHUSSER ET AL, *Lire le Capital* (RUF, 1996) [ed. cast.: *Para leer El Capital*, Barcelona, Planeta 1985], p. 128. Traducción inglesa: «The concept of “critique” and the “critique of political economy”» en *Ideology, Method and Marx*, editado por Ali Rattansi, p. 114.

111. LUCIO COLLETTI, *El marxismo y Hegel* (Grijalbo, México, 1985), p. 281.

112. Véase RICCARDO BELLOFIORE, «The Value of Labour Value: the Italian Debate on Marx, 1968-1976», en la edición especial inglesa de la *Rivista di Politica Economica* IV-4-5V (abril-mayo de 1999).

113. Sin embargo y sorprendentemente, en los debates alemanes se subestimó la importancia de Rubin. Los *Ensayos* solo fueron traducidos al alemán (a partir de la versión inglesa) en 1973, y dejando fuera el primer capítulo sobre el fetichismo. Véase D. D., «Sachliche Vermittlung und soziale Form. I. I. Rubins Rekonstruktion der marxschen

debates, una de las principales discusiones fue la que se suscitó entre una teoría del valor basada en el trabajo social abstracto —inspirada en Rubin— y una teoría tradicionalista del valor-trabajo encarnado.

Quienes se encontraban en el primer bando evolucionaron hacia una teoría monetaria del valor, como había sucedido en los debates alemanes, pero la importancia de la *Lógica* de Hegel para la comprensión de la relación sistemática de las categorías de *El Capital*¹¹⁴ fue mucho menos debatida y apreciada. A falta de una traducción de Reichelt y Backhaus, los pocos anglófonos que siguieron a los alemanes en su deseo de reconstruir *El Capital*¹¹⁵ —la escuela *Konstanz-Sydney*, identificada como una «escuela de la forma-valor»— fueron considerados demasiado extremos por la mayoría de los otros participantes. Una de las características de la dialéctica sistemática, tal y como ha aparecido recientemente, es que tales sugerencias acerca de la necesidad de una reconstrucción más radical constituyen ahora el núcleo de la discusión.

LA ANTIPOLÍTICA DE LA TEORÍA DEL VALOR

La relevancia crítica de la teoría de la forma-valor reside en que pone en entredicho una concepción política basada en la afirmación del proletariado como productor de valor. Reconoce en la obra de Marx una *crítica* esencialmente negativa de la sociedad capitalista. En la reconstrucción de la

Theorie des Warenfetischismus», en *Kritik der politischen Philosophie Eigentum, Gesellschaftsvertrag, Staat II* (2010).

114. Una notable excepción fue el ensayo pionero de JAIRUS BANAJI: «From the Commodity to Capital: Hegel's Dialectic in Marx's Capital», en Diane Elson, ed., *Value: The Representation of Labour in Capitalism* (CSE Books, 1979).

115. Véase MICHAEL ELDRED, *Critique of Competitive Freedom and the Bourgeois-Democratic State: Outline of a Form-Analytic Extension of Marx's Uncompleted System* (Kurasje, 1984).

dialéctica marxista de la forma-valor demuestra cómo el proceso de la vida social queda subsumido bajo —o «determinado formalmente»— por la forma-valor.

Lo que caracteriza a esa «determinación formal» es la prioridad perversa de la forma sobre el contenido. El trabajo no se limita a preexistir a su objetivación en la mercancía capitalista como un territorio positivo a ser liberado por el socialismo o el comunismo mediante la alteración de su expresión formal. Por el contrario, en un sentido fundamental, el valor —como mediación social fundamental— preexiste y por tanto tiene prioridad sobre el trabajo. Como argumenta Chris Arthur:

Al nivel más profundo, el fracaso de la tradición que utiliza el modelo de la «producción mercantil simple», reside en que se centra en el individuo humano como origen de las relaciones de valor en lugar de considerar las actividades humanas como objetivamente inscritas en el marco de la forma-valor [...]. Lo cierto, sin embargo, es que la ley del valor se impone a la gente a través de la efectividad de un sistema que tiene en como núcleo al capital; la finalidad de la valorización es un capital que subordina a la producción de mercancías y es el sujeto real (identificado como tal por Marx) al que nos enfrentamos.¹¹⁶

Si bien parece cierto y políticamente eficaz¹¹⁷ decir que producimos capital mediante nuestro trabajo, en realidad sería más exacto decir (en un mundo que está realmente del revés) que, como sujetos de trabajo, somos producidos por el capi-

116. CHRIS ARTHUR, «Engels, Logic and History» en Riccardo Bellofiori [ed.], *Marxian Economics a Reappraisal: Essays on Volume III of Capital*, vol. 1 (Macmillan, 1998), p. 14.

117. Mike Rooke, por ejemplo, critica a Chris Arthur y al enfoque sistemático de la dialéctica por «cosificar la dialéctica» y perder su significado como una «dialéctica del trabajo». Véase «Marxism, Value and the Dialectic of Labour», *Critique* vol. 37, n.º 2 (mayo de 2009), pp. 201-6.

tal. El tiempo de trabajo socialmente necesario es la medida del valor *solo porque la forma-valor postula el trabajo como su contenido*. En una sociedad que ya no estuviera dominada por formas sociales enajenadas —que ya no estuviera orientada hacia la autoexpansión de la riqueza abstracta— la compulsión al trabajo que caracteriza al modo de producción capitalista desaparecería.¹¹⁸ El trabajo abstracto desaparece como categoría al mismo tiempo que el valor. La reproducción de los individuos y sus necesidades se convierte en un fin en sí mismo. Sin las categorías de valor, trabajo abstracto y salario, el «trabajo» dejaría de desempeñar su función sistémica determinada por la mediación social fundamental: el valor. Por eso la teoría de la forma-valor apunta, en términos de la noción de revolución que se deriva de ella, en la misma dirección que la comunización. La superación de las relaciones sociales capitalistas no puede consistir en una simple «liberación del trabajo»; al contrario, la única «salida» es la supresión del propio valor, de la forma-valor que postula el trabajo abstracto como medida de la riqueza.

La comunización supone la destrucción de la forma mercancía y la creación simultánea de relaciones sociales inmediatas entre individuos. Del valor, entendido como forma total de la mediación social, no es posible deshacerse a medias. El hecho de que pocos teóricos de la forma-valor hayan extraído de forma explícita conclusiones políticas tan radicales de sus investigaciones es irrelevante: para nosotros esas conclusiones políticas —o antipolíticas— tan radicales son el corolario lógico de sus análisis.

118. Fuera de la sociedad de clases del «trabajo», la necesidad humana del intercambio con la naturaleza («el cuerpo inorgánico del hombre [...] con el que debe mantener un intercambio continuo para no morir» [EPM]) no es una coacción externa, sino una expresión de nuestra propia naturaleza. La autodeterminación en el sentido, por ejemplo, de tener que hacer cosas para comer, no es compulsión.

¿UN RETORNO A MARX?

El reconocimiento por parte de los teóricos de la forma-valor del «núcleo oculto» de la crítica de la economía política podría indicar que ya en 1867 Marx había captado el valor como una forma totalizadora de mediación social que tenía que superarse como un todo. Así pues, el marxismo, con su historia de afirmación del trabajo y de identificación con una «acumulación socialista» dirigida por el Estado, podría considerarse como la historia de las interpretaciones erróneas de Marx. Según este punto de vista, la lectura correcta, la que apunta hacia una negación radical del valor, se había perdido de algún modo. Ahora bien, ¿si la teoría de Marx de la forma-valor implica la comunización en el sentido contemporáneo, entonces esa implicación se le escapó claramente al propio Marx!

En efecto, Marx mantuvo una actitud ambivalente con respecto a la importancia de su teoría del valor. Por un lado, insistió en su importancia «científica», pero como reacción ante las dificultades que tenían sus lectores para captar sus sutilezas, se mostró dispuesto a transigir al respecto en aras de la buena acogida del resto de su obra.¹¹⁹ Además de estar dispuesto a «popularizar» su obra y «ocultar su método», permitió que Engels —que, como ya hemos visto, fue una de las personas que tuvo problemas con este aspecto de la obra de su amigo— escribiera varias reseñas que restaron importancia al tratamiento del valor y del dinero para que este no fuese «en detrimento del tema principal». Al parecer, Marx adoptó la posición según la cual la teoría del valor es la condición previa lógica de su teoría de la producción capitalista, pero no es indispensable para comprender lo que

119. Para un debate sobre esta cuestión (inspirado en Backhaus), véase MICHAEL ELDRÉD, *Preface to Critique of Competitive Freedom and the Bourgeois-Democratic State* (Kurasje, 1984), xlv-li.

significa esta última teoría y, sobre todo, cuál es la crítica de la producción capitalista. El debate marxista en los últimos años ha adoptado esta presunta actitud marxiana —compárese esto también con el consejo dado por Marx a la señora Kugelman—¹²⁰ al plantear el problema de si la teoría marxista del valor es necesaria para la teoría marxista de la explotación de clase.¹²¹

Por lo visto, Marx aceptó que una lectura más o menos ricardiana de izquierda de su obra sería suficiente para las necesidades del movimiento obrero. De sus escritos políticos se desprende que una clase obrera poderosa, unida en torno a una identidad obrera cada vez más homogénea, se limitaría a ampliar sus luchas cotidianas a través de sus sindicatos y sus partidos hasta desembocar en el derrocamiento revolucionario de la sociedad capitalista. Es cierto que Marx escribió la mordaz *Crítica del programa de Gotha* contra el marxismo socialdemócrata lasalleano de su época, en la que atacó duramente su afirmación del trabajo y sus incoherentes supuestos político-económicos. Ahora bien, no consideró necesario publicarla. Por otra parte, las ideas que presentó incluso en la *Crítica* —publicada posteriormente por Engels— no están en absoluto desprovistas de problemas. Entre ellas se encuentra una teoría de la transición en la que seguiría prevaleciendo el derecho burgués en materia de distribución mediante el uso de bonos de trabajo, y cuya descripción de la «primera etapa del socialismo» se parece

120. Marx recomendó que, debido a su dificultad, la esposa de su amigo se saltara la primera parte de *El Capital* (sobre el valor y el dinero). Eldred se refiere aquí al hecho de que muchos lectores de Marx —como aquellos a los que convencen Sraffa y Althusser— piensan que esa es la forma correcta de abordar a Marx.

121. MICHAEL ELDRED, *Preface to...*, pp. xlix-l.

mucho más al capitalismo que a la segunda etapa, más atractiva, sin que ofrezca ningún mecanismo determinado para explicar cómo la una dará paso a la otra.¹²²

Sería erróneo insinuar que el debate alemán hizo caso omiso de la disyuntiva entre la postura radical que muchos de ellos estaban derivando o desarrollando a partir de la crítica de Marx y las propias posturas políticas de este. A finales de la década de 1970 una forma importante en la que comenzó a entenderse este problema fue en términos de la distinción entre un «Marx esotérico» que había desarrollado una crítica radical del valor como forma de mediación social totalizadora, y un «Marx exotérico» que estaba en sintonía con los objetivos del movimiento obrero de su tiempo y los apoyó.¹²³

Se consideró que el Marx exotérico se había basado en una interpretación errónea del potencial radical del proletariado decimonónico. En el contexto alemán se desarrolló una marcada tendencia a echar por la borda al «Marx exotérico» en beneficio del «Marx esotérico». Se consideró que la noción de Marx del capital como sujeto automático inconsciente había desplazado la noción, que también parece haber albergado Marx, del proletariado como sujeto de la historia. Este punto de vista no niega la lucha de clases, sino que la considera «inmanente al sistema» —como algo que se mueve en el interior de sus categorías— y busca la abolición de esas categorías en otra parte. Desde esa perspectiva, Marx simplemente se equivocó al identificarse con el movimiento

122. Véase R. N. BERKI, *Insight and Vision: The Problem of Communism in Marx's Thought* (JM Dent, 1984), capítulo 5.

123. A pesar de que muy bien podría derivar de Backhaus, según van der Linden, esa distinción fue acuñada por Stefan Breuer en «Krise der Revolutionstheorie» (1977). MARCEL VAN DER LINDEN, «The Historical Limit of Workers' Protest: Moishe Postone, Crisis and the "Commodity Logic"» *Review of Social History*, vol. 42, n.º 3 (diciembre de 1997), pp. 447-58.

obrero, que retrospectivamente hemos podido constatar que era un movimiento a favor de la emancipación en el seno de la sociedad capitalista, y no un movimiento orientado hacia su abolición. Esta tendencia la ejemplifican los grupos de la «crítica del valor», como *Krisis* y *Exit*. Pese a que no utiliza la distinción esotérico/exotérico, Moishe Postone, que desarrolló sus ideas en Frankfurt a comienzos de la década de 1970, defiende fundamentalmente el mismo tipo de postura. En *Tiempo, trabajo y dominación social* considera que Marx ofrece una «crítica del trabajo en el capitalismo» (el Marx esotérico) en lugar de —como era el caso del marxismo tradicional— una «crítica desde la perspectiva del trabajo» (el Marx exotérico). Resulta curioso que, aparte de este alejamiento de las cuestiones de clase, Postone sea más explícito que la mayoría de los marxistas académicos de la forma-valor cuando se trata de extraer de su teoría conclusiones que en términos políticos lo sitúan en la «ultraizquierda» o incluso sintonizan con las tesis comunizadoras.¹²⁴

No se puede sostener en modo alguno que todas las personas influidas por la *Neue Marx-Lektüre*, ni mucho menos todas las que se sitúan en el ámbito más general de un marxismo crítico orientado hacia la forma-valor, adopten esta perspectiva de distanciamiento ante la lucha de clases. Por

124. Al igual que Dauvé, Postone considera que el «Fragmento sobre las máquinas» socava las concepciones marxistas tradicionales del socialismo; el considera el marxismo tradicional como el marxismo ricardiano que buscaba la autorrealización del proletariado en lugar de —como en Marx— su autoabolición, entiende que la URSS fue capitalista, y al igual que TC subraya la constitución histórica tanto de la objetividad como de la subjetividad. Ahora bien, cuando se trata de tomar postura práctica en la actualidad se orienta hacia las reformas, y señala de forma significativa que su análisis «no quiere decir que sea un ultra». MOISHE POSTONE y TIMOTHY BRENNAN, «Labor and the Logic of Abstraction: an interview», *South Atlantic Quarterly* 108:2 (2009), p. 319.

lo general, en los debates anglófonos la adopción de una teoría «monetaria» del valor o basada en el «trabajo social abstracto» no ha desembocado en el rechazo del análisis de clase, si bien hemos de tener en cuenta que estos debates tampoco han profundizado tanto en la crítica de los supuestos izquierdistas tradicionales como en Alemania. La perspectiva de Werner Bonefeld, por ejemplo, que ha hecho más que la mayoría de esas personas por introducir concepciones críticas derivadas de los debates alemanes en el marxismo de habla inglesa, es resueltamente pro lucha de clases.¹²⁵

No obstante, la mayoría de las versiones de la *Neue Marx-Lektüre* entiende que una de sus principales características es el rechazo a la misión histórica atribuida por Marx al proletariado, y en la izquierda alemana una sensibilidad escéptica ante la lucha de clases ha sido frecuente. Ahora bien, si desde esta perspectiva se rechaza al proletariado como agente revolucionario, la pregunta pasa a ser, claro está: ¿de dónde vendrá la abolición de la sociedad de clases? La respuesta un tanto insatisfactoria que prevalece de diversas formas en los debates alemanes parece ser que es cuestión de estar en posesión de la crítica correcta, es decir, de considerar la revolución como una cuestión de adquisición de la conciencia correcta. En este énfasis sobre la conciencia y la crítica correctas se diría que, irónicamente y por mucho que se cuestione el marxismo tradicional, se mantiene una cierta problemática leninista de separación entre educador y educando. Hemos hecho hincapié en la forma en que la *Neue Marx-Lektüre* supuso una evolución y una mejora en relación con la Escuela de Frankfurt. La teoría dialéctica de la sociedad de Adorno —en términos de su autorreproducción sistémica a espaldas de los individuos, de la inversión

125. Por ejemplo, véase WERNER BONEFELD, «On Postone's Courageous but Unsuccessful Attempt to Banish the Class Antagonism», *Historical Materialism* 12.3 (2004).

sujeto-objeto y de la existencia de la abstracción real— fue derivada de la crítica de la economía política de Marx. Sin embargo, el propio Adorno no realizó un estudio detallado de *El Capital* y de sus borradores, y se basó en gran medida en las investigaciones realizadas por otros.¹²⁶ La *Neue Marx-Lektüre* demostró la exactitud de la comprensión adorniana de la sociedad capitalista, no en el ámbito general de la filosofía y de la teoría social, sino en el terreno predilecto del marxismo tradicional: la interpretación de *El Capital*. Pero tanto Adorno como Horkheimer fueron incapaces de seguir la evolución teórica de sus alumnos.¹²⁷ Tras la muerte de ambos el legado de la Escuela de Frankfurt sufrió una completa involución degenerativa hacia la teoría burguesa bajo Habermas, mientras que la *Neue Marx-Lektüre* alimentó un florecimiento de la teoría crítica marxista.

Existe sin embargo un aspecto en el que cabe decir que los logros de la *Neue Marx-Lektüre* quedan por debajo de Adorno. En los escritos de Backhaus y Reichelt la categoría de clase tiene poca importancia y estos abordan la cuestión de la revolución como algo situado al margen de su especialidad académica; de ahí que irónicamente sea Adorno, a pesar de su idea de la integración del proletariado, quien más tiene que decir acerca de estos temas. El antagonismo como concepto figura de manera destacada en sus escritos y se entiende en un sentido muy ortodoxo como antagonismo de clase. En ensayos como «*Sociedad*» (1965), «*Anotaciones sobre el conflicto social hoy*» (1968) y «*¿Capitalismo tardío o*

126. Además de con la obra de Lukács y de Sohn Rethel, Adorno estaba en deuda con Alfred Schmidt por todas las citas de los *Grundrisse* que utiliza en *Dialéctica negativa*. Véase MICHAEL ELDRED y MIKE ROTH, Translators Introduction to «Dialectics of the Value-Form», en *Thesis Eleven* n.º 1 (1980) p. 96.

127. Véase HELMUT REICHELT, «From the Frankfurt School to Value-Form Analysis», *Thesis Eleven* n.º 4 (1982) p. 166.

sociedad industrial?» (1968)¹²⁸ Adorno pone de manifiesto una inquietud «ortodoxa» (en el buen sentido) por la realidad del antagonismo de clases y de la explotación. En «Anotaciones», escrito en conjunción con Ursula Jaerisch, ataca la noción de conflicto social como una reducción «positivista» del concepto de lucha de clases de Marx, pese a tratarse de una reducción que el desarrollo de la sociedad de clases —la integración— hizo objetivamente posible. Aunque no se diriman de forma consciente, según Adorno, los antagonismos de clase siguen encontrándose en el corazón mismo de la sociedad contemporánea.

Esto queda de manifiesto en las notas de una de sus conferencias, que según reconoce Backhaus, inspiró la *Neue Marx-Lektüre*. Adorno insiste repetidamente en esas notas en que la «relación de intercambio es preformada [*präformiert*] por la relación de clase»; la única razón por la que el trabajador acepta las relaciones establecidas es porque no posee «nada más que su fuerza de trabajo» para vender. A diferencia de los escritos de Backhaus, Adorno hace gran hincapié en el hecho de que, si bien el intercambio no es en modo alguno una mera ilusión, «es en el concepto de plusvalor donde ha de hallarse la apariencia [*Schein*] del proceso de cambio». ¹²⁹ Por tanto, si bien Backhaus y Reichelt profundizaron mucho más en los escritos de Marx, en cierto sentido Adorno fue menos «académico» y más «político», y estuvo más cercano a la preocupación de Marx por la explotación y los antagonismos de clase. Krahel también se distinguió completamente en este aspecto de sus herederos. Como indica el

128. NdE: Todos ellos recogidos en *Escritos sociológicos I* (Akal, Madrid, 2004).

129. Las notas de Backhaus de un seminario impartido por Adorno en 1962 son incluidas como apéndice en *Dialektik der Wertform* (ca. 1997).

título completo de sus escritos póstumamente publicados,¹³⁰ no solo tuvo el mérito de interesarse por la mediación de las categorías del valor y de la lucha de clases, sino también el de adoptar una perspectiva eminentemente histórica, algo que se echa en buena medida en falta en las obras esencialmente filológicas de Reichelt y Backhaus. A partir de Krahel, en la *Neue Marx-Lektüre* cualquier interés por la historia quedó desplazado por la inquietud por la reconstrucción sistémica. Lo que hicieron Backhaus, Reichelt y la siguiente generación de teóricos del valor, como Heinrich, fue expulsar de la obra de Marx todo aquello que oliese a una filosofía de la historia o una teoría de la revolución «acientíficas». No se trata de buscar alguna especie de aplicación mecánica de la teoría, sino de reconocer que los problemas a los que Adorno y Krahel dieron respuestas diferentes no han desaparecido. El sistema debe ser captado de manera histórica y la historia de manera sistemática.

Frente a cualquier vuelta simplista a la postura de Adorno —o, para el caso, a las de los escritos no traducidos de Krahel—, de lo que se trata es de entender la actitud pesimista de Adorno ante las posibilidades de la lucha de clases en su época como el intento de un individuo sincero de hacer frente a las contradicciones y callejones sin salida de su tiempo, en lugar de como un mero defecto personal.

De manera semejante, el repliegue ante las preguntas de Krahel, el escepticismo de los debates alemanes en torno al «marxismo de la lucha de clases», y el intento de fundamentar una teoría revolucionaria de algún otro modo no son meras aberraciones ideológicas. Si bien no parece que hayan llegado a encontrar una alternativa convincente, por lo menos han indicado un problema real. De los antecedentes

130. *Constitution and Class Struggle: On the historical dialectic of bourgeois revolution and proletarian emancipation* (Verlag Neue Kritik, 2008).

históricos no se desprende como una obviedad, sino más bien todo lo contrario, que el movimiento obrero apunte hacia el comunismo entendido como fin del valor, de las clases, del Estado, etc. El argumento de que la lucha de clases es inmanente al sistema capta el carácter «atrapado» de las luchas en el seno del capital.

Por herética que pueda parecer, la noción del Marx esotérico y exotérico —el deseo de desvincular la crítica marxiana de la lucha de clases— parece ofrecer una solución plausible al problema de explicar el incumplimiento por parte de la clase obrera de su «misión histórica» a través de la idea de que el movimiento obrero *nunca* fue realmente revolucionario, y que la perspectiva verdaderamente revolucionaria radicaba exclusivamente en la visión «esotérica» de Marx. Sin embargo, por supuesto, semejante desacoplamiento nos privaría de todo escenario plausible para la realización de esa visión.

En última instancia, está claro que no se pueden separar la teoría del valor y el análisis de clase. Las categorías de valor y clase se presuponen mutuamente. Cuando se entiende que el capital está sujeto a una «dialéctica sistemática»,¹³¹ se puede comprender que la relación de ambas categorías es interna, y que tanto «El intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado, es decir, el poner el trabajo social bajo la forma de la antítesis entre el capital y el trabajo, es el último desarrollo de la relación de valor y de la producción fundada en el valor»¹³² como el hecho de que las relaciones de valor son la consecuencia de la separación del trabajo vivo del trabajo objetivado, es decir de la relación de clase.

No obstante, y aunque en última instancia debe de ser inútil buscar la abolición del valor en otro lugar que en la clase que se ve obligada a producirlo y que se vuelve cada vez

131. Véase *La contradicción en movimiento*, en este número.

132. MARX, *Grundrisse*, (MECW 29), p. 90 (Trad. Nicolaus).

más superflua como consecuencia de esa producción, hay que afrontar las dudas acerca del potencial revolucionario de la clase obrera albergadas por muchos críticos del valor. A nosotros nos parece que *Théorie Communiste* lo logra.

El núcleo de la teoría de TC es el reconocimiento de la relación recíproca o implicación mutua entre el proletariado y el capital. La pregunta fundamental que eso suscita es la de cómo la lucha de una clase que es una clase de la sociedad capitalista puede abolir esa sociedad. Parte de la importancia que tiene la contribución de TC es haber resistido la tentación de responder a esta pregunta atribuyéndole al proletariado una esencia humana revolucionaria que subyacería a su carácter meramente capitalista y de clase, sin perder por ello de vista la centralidad de la contradicción de clase.

Su respuesta consiste más bien en captar el desarrollo histórico de la relación de clase a través de ciclos de lucha que siempre presuponen una relación mutua sistemática. Es importante destacar que para TC la «comunización» no es lo que el comunismo y la revolución «siempre fueron o deberían haber sido en realidad». ¹³³

Al contrario, el concepto de comunización surgió históricamente al final de un ciclo de lucha en el que el comunismo y la revolución se habían presentado como otra cosa. Para TC el movimiento obrero clásico, desde Marx pasando por la II y la III Internacional, formó parte de un ciclo de luchas que ellos denominan programatismo. ¹³⁴ En este período las luchas obreras y la visión de la superación del capitalismo que surgió de ellas se basaban en la autonomía y la positividad que los trabajadores eran capaces de mantener en el seno

133. *THEORIE COMMUNISTE*, «Much Ado About Nothing», *Endnotes* 1 (2008), p. 192 [ed cast: «Mucho ruido y pocas nueces», *Endnotes* 1 (Ediciones Extáticas, 2022), pp. 209-10].

134. Este es el concepto principal en juego en el debate entre Dauvé y TC reproducido en *Endnotes* 1.

de la relación capital-trabajo. La revolución de ese período podría describirse como el intento imposible de suprimir una relación afirmando uno de sus polos. Las tragedias de la socialdemocracia y el estalinismo, así como la experiencia del anarquismo en España, fueron fruto del carácter contradictorio del objetivo y de los métodos adoptados por el movimiento en su época álgida, que a su vez fueron fruto de la configuración de la relación de clase en ese momento, es decir, de la forma en la que el capital y la clase se enfrentaban entre sí. François Danel resume así la situación en el pasaje siguiente:

Dado que el desarrollo de la relación capitalista, es decir, de la lucha de clases, no acarreó inmediatamente la abolición, sino la generalización del trabajo asalariado, el proletariado abstrajo el objetivo final del movimiento y subordinó la revolución —la toma del poder— a la maduración de condiciones tanto objetivas —el desarrollo de las fuerzas productivas— como subjetivas —su voluntad y su conciencia de clase—. Por tanto, planteó el comunismo como programa y su realización plena como el punto de llegada final de una *transición* imposible: la reapropiación y el dominio del proletariado sobre el movimiento del valor, después de lo cual el trabajo asalariado supuestamente se «extinguiría» a partir del momento en que se sustituye el dinero por los bonos de trabajo [...]. Lo que el movimiento obrero puso en tela de juicio, por tanto, no fue el capital como modo de producción, sino únicamente la gestión de la producción por la burguesía. Era cuestión o de que los trabajadores arrebataran el aparato productivo de manos de esa clase parasitaria y destruyeran su Estado para reconstruir otro dirigido por el partido como portador de la conciencia, o de que minaran el poder del Estado burgués organizando la producción de abajo arriba ellos mismos a través del órgano de los sindicatos o los consejos. Pero nunca se suscitó la cuestión de abolir la ley del valor ni intento alguno en ese sentido, a saber, de poner fin a la compulsión a acumular y

por tanto a reproducir la explotación materializada a la vez en la maquinaria, en el capital fijo como capital en sí mismo, y en la necesaria existencia, frente a la clase obrera, de una clase explotadora, burguesa o burocrática, como agente colectivo de esa reproducción.¹³⁵

Tras la Segunda Guerra Mundial, el fracaso determinado de esta revolución programática engendró un capitalismo en el que el movimiento obrero tenía un cierto poder dentro de la sociedad capitalista, pero sin ser ya portador de su aspecto anterior de afirmación revolucionaria autónoma. Fue esta situación a la que tuvo que enfrentarse el desarrollo de una teoría revolucionaria. Las luchas que originaron a continuación la nueva producción teórica de los años 60 y 70 no fueron, al margen de las esperanzas de grupos como la IS, más allá del programatismo.

Al contrario, adquirieron un carácter contradictorio: el utopismo contracultural y el «rechazo al trabajo», los temas de la vida cotidiana, que coincidieron con (y en muchos aspectos dependían de) la fortaleza de un movimiento más programático. Fue en el seno de esta contradicción y de estas luchas donde surgieron la teoría de la comunización y el nuevo marxismo crítico. La resolución de estas luchas a favor del capital puso fin a ese ciclo mediante una reestructuración que suprimió la posibilidad de la autonomía positiva y la afirmación de la clase en el seno del capitalismo.

Para TC es precisamente esa derrota la que crea una nueva configuración de la relación de clase en la que la existencia de la clase ya no se experimenta como una positividad a afirmar, sino como un constreñimiento externo en forma del capital. Y es esta configuración la que requiere tanto una nueva comprensión del comunismo como una nueva lectura

135. FRANÇOIS DANIEL, «Introducción» a *Rupture dans la théorie de la révolution: Textes 1965-75* (Senonevero, 2003).

de Marx. Es posible interpretar este «retorno a Marx» en términos de un flujo y reflujo de la teoría comunista paralelo a los de las oleadas revolucionarias de 1917, 1968, etc. No obstante, así como la perspectiva comunizadora no surgió siquiera entre las tendencias heréticas marginales del período revolucionario anterior, tampoco los marxismos críticos anteriores llegaron tan lejos como los que surgieron en la década de 1960.

Lukács, Rubin y Pasukanis desarrollaron sus concepciones en relación con un movimiento obrero en ascenso que expresaba una cierta configuración de la relación capital-trabajo. La obra de los marxistas críticos anteriores, así como la de Marx —el primer teórico de la forma-valor— contenía contradicciones y limitaciones que la generación posterior, que escribió cuando el programatismo estaba llegando a su fin, pudo superar.¹³⁶ En el período anterior, si bien el proyecto de afirmación proletaria del programatismo estaba necesariamente condenado al fracaso, no solo desde nuestra perspectiva comunizadora, sino también —y esto es importante— en términos de las metas que se fijó, de todos modos ofreció a la contradicción entre capital y trabajo «espacio

136. Por ejemplo, a pesar de la forma en que Rubin se anticipó a o inspiró directamente gran parte de la teoría posterior de la forma-valor, algunas de sus categorías, como la categoría transhistórica de «trabajo fisiológicamente igual» y la de «trabajo socialmente equiparado» como fundamento del socialismo, pueden considerarse como una expresión de la forma en que la revolución se planteaba en aquella época, así como de la posición de planificador estatal en la que se encontró. Si bien la mayoría de los teóricos contemporáneos de la forma-valor no repudian expresamente una concepción programática de la revolución, el distanciamiento ante la afirmación del trabajo es mucho mayor que en el marxismo crítico anterior. Las implicaciones «revolucionarias» de la teoría de la forma-valor solo se extraen cuando el desarrollo de la lucha de clases —es decir, del capitalismo— lo permite.

para moverse». Al final de la década de 1960 ese espacio se estaba agotando. Para los teóricos de la «segunda oleada revolucionaria» del siglo XX una de las cuestiones que estaba claramente en juego era el rechazo a la idea y a la práctica del socialismo concebido como una economía planificada en la que los trabajadores recibirían el verdadero valor de su trabajo.

La lectura crítica de Marx capta la radicalidad de lo que significa la negación revolucionaria del valor: estamos hablando tanto de superarnos a nosotros mismos como de superar algo que está «ahí fuera». La contribución de TC consiste en comprender cómo y por qué la configuración de la contradicción entre capital y trabajo en una época anterior no planteó tal superación. En tiempos de Marx, y durante la época del movimiento obrero histórico, la relación entre capital y proletariado planteó la revolución más en términos de afirmación que de negación del trabajo, del valor y de las clases.

La obra de TC indica que en lugar de ser el fruto de una conciencia ahistórica correcta, de una perspectiva crítica o de un punto de vista científico suspendido libremente en el aire, la «vía de salida» radical a la que apunta la teoría de la forma-valor quizá venga determinada por la evolución histórica de la propia relación capital-trabajo. La perspectiva histórica acerca de la relación de clase complementa la teoría de la forma-valor. Y el análisis sofisticado de las relaciones sociales capitalistas por parte de la dialéctica sistemática y la teoría de la forma-valor pueden precisar la perspectiva de la comunización ofreciendo una explicación detallada de lo que es exactamente esta relación de clase y de cómo las relaciones sociales concretas de la sociedad capitalista están determinadas formalmente como tales.

La dialéctica sistemática y la teoría de la forma-valor nos pueden ayudar a comprender el carácter de la relación de clase capitalista, es decir, qué es exactamente eso que puede tener una historia en la que la revolución se presentó hasta ahora bajo la forma del programatismo y cuyo horizonte de superación adecuado es ahora la comunización. El comunismo exige la abolición de una relación multifacética que ha evolucionado a lo largo del tiempo, pero abolirla significa que simplemente dejemos de constituir el valor y que este deje de constituirnos a nosotros. La radicalidad de nuestra época consiste en que ahora esa es la única forma en la que somos capaces concebir esa abolición.

La contradicción en movimiento

La dialéctica sistemática del capital como una dialéctica de lucha de clases

El capital mismo es la contradicción en movimiento, por el hecho de que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte postula el tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza.¹³⁷

LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y LA LUCHA DE CLASES

La crítica teórica de las relaciones sociales capitalistas parte de la realidad de estas relaciones, es decir, de la relación de explotación entre el capital y el proletariado. Esta teoría es prácticamente reflexiva: se sitúa ella misma dentro de la lucha de clases y es producida por ella.¹³⁸ Como tal, es *inmanentemente crítica*: es la expresión teórica de las contradicciones inmanentes a la totalidad de las relaciones sociales capitalistas.

Las contradicciones internas de la dinámica de la acumulación capitalista se pueden teorizar en distintos planos de abstracción: como contradicciones entre valor de uso y valor, entre trabajo concreto y abstracto, entre trabajo necesario y plusvalor, entre la acumulación de valor y la tendencia de este a tornar superfluo aquello que constituye su fuente y, en el grado máximo de concreción, como contradicciones entre capital y proletariado. Si la totalidad de las relaciones sociales

137. MARX, *Grundrisse* (MECW 29), p. 91 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (Grundrisse) 1857-1858, vol. 2, trad. Pedro Scaron (Siglo XXI, México, 1972) p. 229].

138. Richard Gunn desarrolla la noción de teoría prácticamente reflexiva en «Practical Reflexivity in Marx», *Common Sense* 1, 1987.

capitalistas ha de teorizarse como totalidad compleja y contradictoria, como «contradicción en movimiento», entonces las contradicciones que se dan en planos más sencillos y más abstractos han de captarse como momentos determinados de esa misma totalidad. Cada uno de esos momentos solo puede estar dotado de efectividad en el seno de la totalidad de relaciones que lo constituye; por tanto, la contradicción entre valor de uso y valor de cambio inmanente a la forma-mercancía, por ejemplo, es un momento determinado de la relación de clase capitalista: no existe valor de cambio sin producción generalizada de mercancías, ni producción generalizada de mercancías sin la explotación de un proletariado por el capital.

Así mismo, de eso se desprende que no cabe oponer diametralmente las contradicciones de clase y el curso contradictorio de la acumulación de capital. Las tendencias inmanentes a la acumulación de capital son momentos determinados de la relación de clase. A un cierto nivel de abstracción es posible demostrar que las contradicciones internas de la acumulación capitalista tienden a socavar sus bases. A un nivel más concreto, el curso histórico de la acumulación de capital no es otra cosa que el desarrollo contradictorio de la relación de explotación entre capital y proletariado; su historia es la historia de la lucha de clases.

Paradójicamente, el afán por producir plusvalor es lo que simultáneamente impulsa al capital a explotar a la fuerza de trabajo y también a expulsarla del proceso de producción. El capital se ve llevado por su propia dinámica, mediada por la competencia entre capitales, a reducir el trabajo necesario al mínimo, pese a que este sea el fundamento que le permite acaparar plustrabajo. Para el capital el trabajo necesario siempre es al mismo tiempo demasiado y demasiado poco.

La relación de explotación es intrínsecamente antagónica desde sus orígenes. En esta relación antagónica desde su nacimiento se da una tendencia permanente a que el capital produzca más proletarios de los que puede explotar de forma rentable. A medida que se acumula, el capital tiende a la vez a explotar menos trabajadores, expulsando a la fuerza de trabajo de la producción —tanto de manera relativa como, en última instancia, absoluta— e intentando aumentar la tasa de explotación del contingente laboral reducido relativamente. Los proletarios se ven forzados a oponerse a ambos aspectos de esa tendencia.

Resulta patente, pues, que no es posible hacer abstracción de la lucha de clases para obtener el «proceso de acumulación normal». Del mismo modo, tampoco existe una relación *externa* o causal entre la acumulación de capital y la lucha de clases: la dinámica de la acumulación capitalista es una dinámica de lucha de clases. Proletariado y capital se hallan en una relación de implicación recíproca: cada uno de los polos reproduce al otro, de tal manera que la relación entre los dos se reproduce a ella misma. La relación es, empero, asimétrica, en el sentido de que es el capital quien subsume el trabajo de los proletarios.

El movimiento de las categorías económicas es la expresión cosificada de la relación de clase. De ahí que la fuerza del enfoque de algunos de los teóricos asociados a *Open Marxism*, por ejemplo, resida en su concepción de las categorías económicas —dinero, tipos de interés, etc.— como formas mediadas de la lucha de clases.¹³⁹ Estas categorías económicas semovientes son formas cosificadas de la propia actividad de la clase, que se vuelven autónomas —«se levantan sobre

139. Véanse los tres volúmenes de *Open Marxism* publicados por Pluto Press, así como WERNER BONEFELD y JOHN HOLLOWAY, *Global Capital, National State, and the Politics of Money* (Palgrave Macmillan 1995).

sus patas traseras»— y se constituyen en capital como polo antagonista al proletariado en la relación de implicación recíproca. La acumulación de capital se produce en el marco de la relación de explotación, que *es siempre de antemano* una relación de lucha; y a la inversa, la lucha de clases es siempre de antemano una relación determinada por las exigencias de valorización del capital.

Todo esto apunta a socavar las concepciones dualistas de la acumulación de capital, por un lado, y de la lucha de clases, por otro, que caracterizaron a la mayoría de variedades del marxismo a lo largo del siglo XX.¹⁴⁰ Si captamos la contradicción en movimiento como el movimiento singular de la totalidad de las relaciones sociales capitalistas —la evolución histórica de la relación de explotación entre capital y proletariado como curso histórico simultáneo de la acumulación y de la lucha de clases—, entonces esta contradicción es la que en última instancia determina la acción revolucionaria del proletariado *como polo de dicha contradicción*.¹⁴¹ La abolición de las relaciones sociales capitalistas por parte del proletariado es la superación inmanentemente producida de la relación de explotación. Del mismo modo, no existen «líneas de fuga» ni «éxodo» posible de la relación de clase capitalista. Pese a que la relación de explotación produzca su propia exterioridad por medio de la tendencia a producir capitales y población excedentes, esta profusión cada vez

140. Véase GIACOMO MARRAMAO, «Theory of Crisis and the Problem of Constitution», Telos 26 (invierno de 1975-6) [ed. cast. en *Lo político y las transformaciones: crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años veinte y treinta*, Cuadernos de Pasado y Presente, n.º 95, (Siglo XXI, México, 1981)].

141. Véase el «Epílogo», en *Endnotes* 1, para un resumen de la determinación histórica de la acción revolucionaria del proletariado como comunización.

mayor de proletarios, cuya fuerza de trabajo es excedentaria desde el punto de vista de la acumulación, sigue hallándose *dentro* de la relación de clase capitalista.¹⁴²

Si el capital es la forma cosificada de la actividad del proletariado enfrentada a este en la relación de explotación —su propia actividad *abstraída* de él, apropiada como capital y subsumida en forma de valor que se valoriza a sí mismo—, entonces hasta el ámbito más concreto de la relación de clase se encuentra bajo el dominio de lo abstracto. El modo de producción capitalista se caracteriza por el «reino de las abstracciones».¹⁴³

Por ser valor que se valoriza a sí mismo, el capital es una *abstracción real*. Uno de los polos de la relación de explotación es una abstracción real semoviente. Su automovimiento, por supuesto, está mediado por su relación con el otro polo de la relación, el proletariado, y por los intereses materiales de sus agentes y beneficiarios en forma humana, los portadores de la relación de capital. En el transcurso de su autovalorización el capital adopta sucesivamente las formas de capital-dinero —lo que incluye la plétora de formas del capital financiero—, capital productivo y capital mercantil. Así pues, si en determinados momentos de su recorrido adopta una forma material, sigue siendo en su concepto mismo una abstracción real semoviente, la autoexpansión de la riqueza abstracta. Así, si la crítica inmanente —es decir, *prácticamente situada*— de las relaciones sociales capitalistas arranca de un punto de partida fenomenológico —la caótica experiencia vivida de estas relaciones y de la lucha de clases— y se topa de inmediato con las abstracciones reales que rigen

142. Véase el artículo anterior, *Miseria y deuda*.

143. MARX, *Grundrisse* (MECW 28), p. 101.

estas relaciones. La crítica teórica de la relación de clase capitalista debe, por tanto, reproducir el movimiento de las formas prácticamente abstractas que constituyen esta relación. La forma-mercancía, la forma-dinero y la forma-capital del valor son formas que median las relaciones capitalistas y su crítica es una crítica de *formas sociales*. La crítica inmanente de estas formas vuelve sobre los pasos de su recorrido contradictorio de lo abstracto a lo concreto para reconstituir la compleja totalidad de la relación de clase capitalista: la contradicción en movimiento.

LA ARQUITECTURA DE LA DIALÉCTICA SISTEMÁTICA EN EL CAPITAL

Las observaciones introductorias anteriores eran precisas porque la arquitectura de la dialéctica sistemática del capital se levanta sobre un cimiento muy abstracto en relación con la totalidad de las relaciones sociales capitalistas: el valor de la mercancía. Como veremos, sin embargo, el valor demuestra ser una categoría totalizadora, de tal modo que su movimiento es el movimiento contradictorio de la totalidad de las relaciones sociales capitalistas, es decir, de la relación de clase capitalista.

La reconstrucción de la dialéctica marxiana sistemática del capital que aquí presentamos sigue, en muchos aspectos, a la propuesta por Chris Arthur.¹⁴⁴ En la elaboración de Arthur, el valor es una categoría básica provisional en el marco de una dialéctica que se va concretando y fundamentando progresiva y retroactivamente a sí misma, cuyas contradicciones internas generan el movimiento que lleva de una categoría a la siguiente. Partimos de la superficie de la sociedad capitalista, es decir, de la esfera de la circulación y el intercambio

144. Véase CHRIS ARTHUR, *The New Dialectic and Marx's Capital* (Brill 2002).

de mercancías. Cabe destacar que no es sino hasta el capítulo 7 del tomo primero de *El Capital* cuando Marx desciende a «la oculta sede de la producción» para resolver el misterio del origen del plusvalor. Es más, Arthur sostiene que Marx introduce el trabajo como contenido o sustancia de valor demasiado pronto en la dialéctica; en la reconstrucción de Arthur, la dialéctica de las formas de valor es una dialéctica de formas puras generadas por el intercambio generalizado de mercancías, independientemente del contenido que estas formas adopten en el proceso de producción del capital en su conjunto.¹⁴⁵ A partir del intercambio generalizado de mercancías se engendra una dialéctica del valor, de la riqueza abstracta, que se desarrolla haciendo abstracción del contenido o la sustancia del valor, es decir, haciendo abstracción del trabajo. Esta es la dialéctica de la expansión de la riqueza abstracta. Ahora bien, para fundamentarse, la expansión de la riqueza abstracta tiene que ponerse a sí misma como la verdad del mundo material de la práctica social humana, es decir, tiene que demostrar ser la verdad de ese mundo mediante la subsunción del trabajo por el capital.

La dialéctica de las formas puras surge en la esfera de la circulación a partir del intercambio de mercancías. En términos de la totalidad del proceso de producción del capital como unidad de las esferas de la producción y de la circulación de mercancías, la producción está teleológicamente orientada por el intercambio o, más concretamente, por la valorización del valor. El trabajo está subsumido por la forma-capital del valor; la producción está determinada en su forma como producción capitalista, es decir, como proceso de valorización del capital. Por supuesto, decir que no existe

145. Es posible que Marx se sintiera obligado a afirmar que el contenido del valor es el trabajo desde el comienzo por motivos políticos. Para un debate sobre la dimensión política de la crítica de la economía política de Marx, véase *Comunización y teoría de la forma-valor*.

intercambio sin producción previa es una verdad de perogrullo, pero no puede decirse que el trabajo sea constitutivo de la dialéctica de las formas puras del valor. En la reproducción de las relaciones capitalistas de producción la lógica del capital como forma del valor adquiere prioridad sobre el proceso de trabajo, subsumiendo este proceso y afirmándose como la verdad del mismo. Con la subsunción del trabajo por el capital, el proceso de trabajo resulta determinado formalmente como proceso de producción del capital. La lógica de la acumulación de capital se impone a la producción en función de las necesidades humanas. El capital es el alfa y el omega de este proceso. Se trata de la imposición perversa de su prioridad lógico-ontológica a la actividad productiva, de tal manera que los productores no se reproducen (o no son capaces de reproducirse a sí mismos) como fin en sí.¹⁴⁶

La dialéctica sistemática del capital es la interrelación lógica entre las categorías que determinan formalmente la práctica social en el modo de producción capitalista. El enfoque de Arthur reproduce la prioridad lógico-ontológica del capital como una lógica de formas puras impuesta a la práctica social determinada formalmente por ella. Sin embargo, en la dialéctica sistemática del capital, para hacer valer su pretensión de veracidad —a saber, su pretensión de ser la verdad de la práctica social— el capital no puede limitarse solo a subsumir el trabajo dentro de sí, sino que también ha de reproducir la separación entre capital y fuerza de trabajo, es decir, constituir sus presuposiciones. Sin esta separación previa no existe dialéctica sistemática del capital alguna. La dialéctica sistemática del capital solo es capaz de realizarse a sí misma como proceso autofundamentado —aunque sea

146. En las relaciones sociales capitalistas las formas lógicas, es decir, las formas del valor, poseen categorías ontológicas en cuanto abstracciones reales. A través de la subsunción del trabajo, el capital afirma la primacía de su lógica, de la que puede deducirse su existencia real.

internamente contradictorio y, en última instancia, se socave a sí mismo— cuando el capital establece sus presuposiciones de esta manera. A la hora de articular la crítica inmanente de las relaciones sociales capitalistas, por tanto, la reproducción de la relación de clase —que es intrínsecamente una relación de lucha— adquiere una importancia central como categoría. La lucha de clases es a la vez condición y resultado de la dialéctica sistemática.

Otra forma de destacar esto es decir, como hemos hecho más arriba, que no existe sociedad alguna basada en la producción generalizada de mercancías sin explotación capitalista de los trabajadores. La ley del valor solo puede operar sobre este fundamento. Sin relaciones humanas y prácticas que subsistan en el «modo de ser negado» bajo la forma perversida y fetichista de las categorías económicas, no podría haber categorías económicas: no habría ni valor, ni mercancías, ni dinero, ni capital.¹⁴⁷ Ahora bien, esto no significa que haya que entender que de algún modo el trabajo sea constitutivo del proceso en su conjunto, ni tampoco que haya que entenderlo como algo primordial. La forma correcta de entender y criticar las formas fetichistas del capital es como formas semovientes y pervertidas de la práctica social.

Una vez que las relaciones sociales capitalistas se constituyen como una totalidad —si bien internamente contradictoria— que se reproduce a sí misma mediante la subsunción del trabajo por el capital y la reproducción de la relación de clase, el valor queda plenamente determinado como tiempo de trabajo socialmente necesario o, podríamos decir, como tiempo de *explotación* socialmente necesario. El valor solo se constituye de forma negativa a través de la explotación de trabajadores y no de forma afirmativa a través del poder

147. Utilizamos «perversión» para traducir el *Verrückung* de Marx, que también podría traducirse como «desquiciamiento». El término alemán también tiene connotaciones de la locura.

constituyente del trabajo. Es la forma-capital del valor la que pone el trabajo abstracto, o la explotación abstracta de los trabajadores, como su sustancia o su contenido.

El valor, en este último sentido, lleva inscrito en sí la explotación, o más bien, es la explotación la que se inscribe en su forma. De lo que se trata aquí, sin embargo, es de que la cuestión de la sustancia del valor y de cómo esta sustancia ha de generarse expansivamente supone, desde el punto de vista ideal o lógico del capital, una consideración posterior —una en la que la práctica social tendrá que amoldarse a las exigencias lógicas del capital—.

En resumen, el capital se autofundamenta en la práctica mediante la reproducción de la relación estructuralmente antagónica entre capital y proletariado, que es la condición *sine qua non* de la acumulación capitalista. Cuando el valor se totaliza de esta manera, el punto de partida de la exposición sistemática resulta no ser un mero punto de partida, sino un momento del automovimiento de la totalidad. El valor reclama para sí una prioridad lógica; en cuanto nos elevamos al punto de vista de la totalidad, constatamos que la pretensión de verdad del valor solo está garantizada por la relación estructuralmente «falsa» —es decir, pervertida, dislocada— y, aun así, empíricamente «verdadera» (es decir, real, efectiva) establecida entre el proletariado como (re)productor del capital y el capital como (re)productor del proletariado.

No obstante, tal y como hemos visto, la totalidad misma constituida por la dialéctica sistemática del capital —la práctica social formalmente determinada como práctica orientada por el proceso de valorización del capital —es internamente contradictoria. Son estas contradicciones internas —su evolución histórica— las que amenazan con disolver la totalidad capitalista a través de la acción revolucionaria del proletariado.

LA LÓGICA DEL CAPITAL

La dialéctica sistemática del capital es una dialéctica de las formas de valor, a saber, de la forma-mercancía, de la forma-dinero y de la forma-capital del valor. Esta dialéctica avanza a través de la conexión lógica entre estas formas, con independencia del contenido que adopten. Cada forma engendra a la siguiente por medio de una transición dialéctica. Esta dialéctica de formas puras resulta así constitutiva de una ontología cuasi-ideal. Una lógica de formas puras, cada una de las cuales genera a la siguiente con independencia de todo contenido material: se diría que el capital discurre de manera paralela al reino abstracto de las formas de pensamiento de la lógica hegeliana. Es más, como es bien sabido, Marx comentó que había hojeado la *Lógica* de Hegel antes de redactar un borrador de su crítica de la economía política y que eso le había ayudado a la hora de decidir qué enfoque metodológico adoptar.¹⁴⁸ La reconstrucción de la dialéctica marxiana del capital por parte de Arthur hace explícita esta conexión y demuestra la homología estructural entre *El Capital* y la *Lógica* de Hegel.¹⁴⁹ Según Arthur, de algún modo

148. Véase MARX y ENGELS, *Selected Correspondence* (Progress Publishers, 1975) p. 121. Marx había recibido el ejemplar de la *Lógica* de Hegel de Bakunin como regalo de Freiligrath.

149. En la reconstrucción de Arthur la progresión de las categorías de los seis primeros capítulos del volumen 1 de *El Capital* corresponde a la *Lógica* de Hegel, de manera que el movimiento lógico que lleva del intercambio de mercancías al valor discurre de forma paralela a la «Doctrina del Ser», la «duplicación del dinero y las mercancías» discurre de forma paralela a la «Doctrina de la Esencia» y, finalmente, el capital como «forma absoluta», que plantea su realización en el trabajo y la industria, corresponde al «Concepto» de Hegel. Véase CHRIS ARTHUR, *The New Dialectic and Marx's Capital* (Brill 2002), pp. 79-110.

puede identificarse en ambos casos la lógica de las formas puras: la de las formas de pensamiento en esta última obra y la de las formas del valor en la primera.

La dialéctica sistemática es la articulación de categorías interrelacionadas en el seno de un todo concreto existente —en nuestro caso, el sistema capitalista—. Como tal, la interrelación de estas categorías es *sincrónica*: coexisten en el tiempo o están ligadas de forma simultánea. Ahora bien, la sincronía de la interrelación de las categorías lógicas no quiere decir que sea imposible distinguirlas; más aún, la dialéctica avanza de una categoría a otra mediante conexiones necesarias e intrínsecas, o transiciones. Tanto la dialéctica hegeliana de la *Lógica*, como la de Marx en *El Capital* parten de las categorías más abstractas y más sencillas y se elevan a categorías cada vez más concretas y complejas. Hegel considera que estas transiciones están intrínseca y objetivamente determinadas. Marx también considera que el objetivo es trazar «la relación intrínseca que existe entre las categorías económicas o la estructura oculta del sistema económico burgués [...], penetrar en las conexiones internas, la fisiología, por así decirlo, del sistema burgués».¹⁵⁰

Tanto para Hegel como para Marx la dialéctica sistemática tiene que adecuarse a su objeto, que en ambos casos es un todo concreto caracterizado por un conjunto de relaciones internas. Por tanto, la dialéctica sistemática articula la interrelación de los momentos lógicos de una totalidad, cada uno de los cuales presupone, y está presupuesto por, todos los demás:

150. MARX, *Economic Manuscript of 1861-63* (MECW 31), p. 390. [Hasta la fecha no existe traducción al castellano de estos borradores de Marx].

Una cosa está internamente relacionada con otra si esa otra cosa es una condición necesaria de su naturaleza. Esas mismas relaciones son a su vez momentos de una totalidad, y se reproducen a través de su hacerse efectivo.¹⁵¹

Marx subraya que «en el sistema burgués desarrollado [...] cada relación económica presupone a la otra bajo la forma económico-burguesa, y así cada elemento puesto es al mismo tiempo supuesto: tal es el caso con todo sistema orgánico».¹⁵² Dada esta circularidad de la dialéctica, las relaciones son de doble sentido. En un sentido, la forma-capital del valor presupone la existencia de relaciones monetarias; el dinero, a su vez, presupone la existencia de relaciones mercantilizadas. Ahora bien, la secuencia inversa de las relaciones internas también debe ser igualmente válida: el concepto de valor solo se fundamenta adecuadamente en el plano de la totalidad de las relaciones sociales capitalistas. La circularidad y la doble dirección de la dialéctica sistemática presuponen la sincronía de sus momentos dentro de la totalidad de las relaciones sociales capitalistas.¹⁵³ De ello se desprende, por

151. CHRIS ARTHUR, *The New Dialectic and Marx's Capital* (Brill, 2002), pp. 24-25.

152. MARX, *Grundrisse* (MECW 28), p. 208 (traducción de Nicolaus) [p. 220 de la ed. cast.].

153. En el *Anti-Dühring* y en otros escritos, Engels mezcla las dimensiones sincrónicas y diacrónicas de la dialéctica para desarrollar lo que se conoce como el «método lógico-histórico», según el cual la estructura lógica de *El Capital* refleja las etapas históricas del desarrollo del sistema capitalista. Así, Engels interpreta la sección sobre el intercambio de mercancías en el contexto de una supuesta época histórica de presunta «producción simple de mercancías.» Para una crítica de esta interpretación, véase CHRIS ARTHUR [ed.], *Engels Today: A Centenary Appreciation* (MacMillan, 1996). Los partidarios de la dialéctica sistemática se las han visto y deseado para distinguir su enfoque de cualquier noción de una dialéctica histórica, incluida ahí la llamada dialéctica de las fuerzas y relaciones de producción entre

tanto, que la progresión dialéctica que va de la mercancía al dinero y del dinero al capital no debe entenderse como una progresión temporal. Más aún, lo que caracteriza a la producción de mercancías específicamente *capitalista* es la articulación de esas relaciones desde el primer momento. La dialéctica vuelve sobre los pasos de una sucesión de momentos más *lógica* que temporal.

LA DIALÉCTICA DE LAS FORMAS DEL VALOR

De acuerdo con la reconstrucción de Chris Arthur, la dialéctica es estimulada por el movimiento de autofundamentación del valor. La determinación inicial del valor como pura esencia universal de la mercancía o «mera inmanencia» resulta insuficiente; el valor demuestra ser inmanente no a la mercancía, sino a las relaciones de las mercancías entre sí. Ahora bien, la determinación del valor en las relaciones entre mercancías entra a su vez en contradicción, la cual se resuelve provisionalmente mediante la transición a un equivalente universal: «[e]l valor no puede ser realizado a través de un intercambio accidental, sino que exige la unificación del mundo de las mercancías mediante el establecimiento de un equivalente universal».¹⁵⁴ Así pues, la abstracción del valor implícita en las relaciones mercantiles está basada ahora en una forma que la afirma explícitamente: el dinero. Este movimiento de la forma-mercancía del valor a su forma dineraria puede considerarse, en términos hegelianos, como un movimiento del valor *en sí* al valor *para sí*.

La forma monetaria del valor adolece a su vez de deficiencias estructurales o contradicciones internas. Para ser un valor *para sí*, para «realizar el concepto de valor de manera

distintos modos de producción, así como la problemática, más marxista-hegeliana, de la historia de la enajenación y de su superación.

154. CHRIS ARTHUR, *The New Dialectic and Marx's Capital* (Brill, 2002) p. 31.

autónoma»,¹⁵⁵ la forma dineraria del valor no puede limitarse a mediar en los intercambios entre mercancías. Por otra parte, si se retira de la circulación y se atesora, pierde su condición de valor y se convierte en un mero «depósito de metal». Esta contradicción motiva la aparición de una nueva forma de valor que ya no desempeña el papel subordinado de limitarse a mediar entre mercancías (como en la figura M-D-M), sino que se convierte a *sí misma* en el objeto de su inmersión en la circulación, en la finalidad, el propósito o el *telos* de la circulación, tal como la representa la figura D-M-D'. Esta inversión engendra la forma-capital del valor. En la terminología hegeliana hemos llegado ahora al valor *en sí y para sí*: el valor que se tiene a sí mismo como finalidad propia.

La forma-capital del valor, el valor que se valoriza a sí mismo, sin embargo, es incapaz de realizarse en la esfera de la circulación, donde reina el intercambio de equivalentes; esta contradicción interna la impulsa a exteriorizarse en el mundo material de la producción, donde se puede generar plusvalor mediante la explotación de la fuerza de trabajo. Este movimiento de subsunción de la producción por la forma-valor pone al trabajo (abstracto) como sustancia del valor.

LA TRANSICIÓN ENTRE M-D-M Y D-M-D'

En el enfoque que Marx ofrece de la transición lógica entre M-D-M (el dinero como medio de circulación) y D-M-D' (el dinero como finalidad de la circulación), se hilvanan una serie de argumentos relacionados entre sí. Una de las explicaciones de esta transición la encontramos en la tendencia estructural del circuito M-D-M a descomponerse en sus momentos M-D y D-M, que representan dos transacciones separadas en el tiempo y el espacio. En palabras de Marx:

155. *Ibid.*

El hecho de que los procesos que se contraponen automáticamente configuren una unidad interna, significa asimismo que su unidad interna se mueve en medio de antítesis externas. Si la autonomización externa de aspectos que en lo interno no son autónomos (y no lo son porque se complementan uno a otro) se prolonga hasta cierto punto, la unidad interna se abre paso violentamente, se impone por medio de una crisis.¹⁵⁶

Los momentos M-D y M-C son externamente independientes —cada uno de ellos representa transacciones particulares accidentales sin relación necesaria entre sí— y, sin embargo, juntos forman una unidad interna o están internamente relacionados —es decir, que cada uno de esos momentos presupone la existencia del otro: el vendedor de la primera mercancía tiene que vender para poder comprar la segunda—.

Así pues, cabe decir que la figura M-D-M pone de manifiesto una contradicción interna. Los compradores y vendedores no siempre se encuentran en el mercado con resultados felices. En términos del intercambio mercantil plenamente desarrollado, esta tendencia se manifiesta como tendencia a la crisis, a saber, la crisis de la no-realización del valor debido a interrupciones en la esfera de la circulación.

En la exposición que hace Tony Smith de esta transición la «tendencia estructural» a la separación de los momentos M-D y D-M «genera a su vez una tendencia estructural a superar esta separación».¹⁵⁷ Podríamos decir que la deficiencia interna de la figura M-D-M produce su superación propia en la forma D-M-D’:

156. MARX, *Capital*, vol.1 (MECW 35), p. 123 (traducción Fowkes) [ed. cast.: *El Capital*, vol. 1, trad. Pedro Scaron (Siglo XXI España, 2010), p. 138].

157. TONY SMITH, *The Logic of Marx's Capital* (SUNY Press, 1990), p. 89.

[...] la acumulación de dinero en forma de dinero suministra un principio de unidad que puede superar la tendencia estructural hacia la fragmentación inmanente en el circuito del dinero como medio de circulación.¹⁵⁸

En la inversión entre M-D-M y D-M-D' el valor de cambio ha usurpado la posición del valor de uso como finalidad del proceso de intercambio. El dinero se acumula con el objeto de sortear el problema de que una mercancía haya de venderse antes para que pueda comprarse otra. Así, podemos distinguir tendencias estructurales objetivas que conducen al predominio de la figura D-M-D' sobre la de M-D-M, o del dinero como *finalidad* del intercambio sobre el dinero como medio de circulación. La acumulación de valor de cambio con el objetivo de evitar interrupciones de la circulación corresponde, por tanto, al dominio de la forma *líquida* del valor sobre la forma *solidificada* del valor de uso de la mercancía, que es fundamental para mantener el *flujo* de la circulación de mercancías. Cabe decir que esta inversión es estructuralmente necesaria para la autorreproducción de la totalidad, esto es, del sistema del intercambio capitalista de mercancías.

La inversión dialéctica del dinero como medio de intercambio al dinero como finalidad del intercambio presupone necesariamente la inversión de M-D-M a D-M-D', la *acumulación* del valor de cambio en lugar del simple intercambio que opera en D-M-D. Es decir, una vez establecido el predominio estructural de D-M-D sobre M-D-M —una vez el dinero se ha convertido en finalidad del intercambio— el intercambio carece de todo objeto si no incrementa la cantidad de dinero intercambiado. La única manera de que el valor se conserve como finalidad del intercambio es incrementándose a sí mismo; de lo contrario volverá a convertirse en simple medio de intercambio.

158. *Ibid.*

LA CONTRADICCIÓN ENTRE ESENCIA Y EXISTENCIA EN LA FORMA DINERARIA DEL VALOR

En los *Grundrisse* Marx expone un segundo argumento, relacionado con el anterior, en el sentido de una necesidad estructural immanente o lógica de la transición entre la forma-dinero y la forma-capital del valor. La forma-dinero del valor está desgarrada por una contradicción interna entre esencia y existencia, o entre universalidad y particularidad: la existencia de una cantidad determinada de dinero contradice su esencia, que es la de ser riqueza como tal. Marx escribe:

Ya hemos visto, al estudiar el dinero, que el valor en cuanto tal vuelto autónomo —o la forma general de la riqueza— no es capaz de otro movimiento que no sea el cuantitativo, el de acrecentarse. Es, por definición, el compendio de todos los valores de uso, pero al ser como siempre tan solo una cantidad determinada de dinero (en este caso de capital), su limitación cuantitativa está en contradicción con su calidad. Conforme a su naturaleza, pues, tiende a superar su propia limitación [...]. Por ello, para el valor que se conserva como valor en sí, su aumento coincide con su conservación, ya que tiende continuamente a superar su limitación cuantitativa, la cual contradice su determinación formal, su universalidad intrínseca.¹⁵⁹

Cualquier cantidad particular de valor se ve empujada a valorizarse con el fin de tratar de lograr que su existencia sea acorde con su esencia universal, o a esforzarse por tratar de realizar su concepto, que es ser riqueza como tal, pero este movimiento de autoexpansión también es la única forma de que el valor *para sí* se conserve como tal. La forma-capital

159. MARX, *Grundrisse* (MECW 28), p. 200 [pp. 210-1 de la ed. cast.].

del valor está definida por un impulso estructuralmente determinado hacia la autoexpansión infinita. En términos de la dialéctica de conjunto de la forma valor, que como hemos visto puede ser entendida como un movimiento de autofundamentación del valor, la transición entre la forma dineraria del valor y la forma-capital supera la oposición entre el dinero y las mercancías. Bajo la forma-capital, el valor —como esencia universal— adopta unas veces la forma de mercancías y otras la de dinero, que se convierten en formas de su existencia, y alterna entre ambas sin cesar. El valor es ahora *valor en sí y para sí* y se ha consolidado como la unidad omniabarcante del movimiento entre el dinero y las mercancías.¹⁶⁰

Marx, como vimos anteriormente, describe cómo el valor, en el transcurso de la transición entre D-M-D y D-M-D', se convierte en el «sujeto automático» de un proceso que es su finalidad [*Bestimmung*], a saber, su autovalorización. Lo que constatamos aquí es que el capital está estructural o lógicamente determinado: su movimiento se deriva de una necesidad lógica.

Como valor que se valoriza a sí mismo, el capital se convierte en «sujeto dominante u omniabarcante» [*übergreifendes Subjekt*] del proceso de intercambio mercantil, que se consolida ahora como proceso de su propia valorización.¹⁶¹ Cabe decir, por tanto que, pese a no ser un sujeto consciente, el capital es un *sujeto lógico*.¹⁶²

160. Este movimiento discurre de forma paralela al movimiento de la «Doctrina de la Esencia» a la «Doctrina del Concepto» en la *Lógica* de Hegel.

161. MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 165 (la traducción es nuestra) [p. 188 de la ed. cast.].

162. Moishe Postone desarrolla esta temática equiparando al capital con una versión inconsciente del Geist hegeliano en «Lukács and the dialectical critique of capitalism», en R. ALBRITTON y SIMOULIDIS

EL CONCEPTO DE CAPITAL Y LA TELEOLOGÍA DE D-M-D'

El concepto de capital, D-M-D', lleva una teleología inscrita en él: la autoexpansión del valor. Como ya vimos, la inversión entre M-D-M y D-M-D' es una inversión entre medios y fines: los *medios* de circulación se convierten, en cuanto capital, en la *finalidad* de la circulación. El valor autonomizado se convierte en su propia finalidad. Como fórmula general del capital, D-M-D' representa o recapitula el *telos* del capital.

Sin embargo, se trata de un *telos* peculiar, en el sentido de que solo constituye el punto de partida para un nuevo ciclo de valorización. Así pues, el ciclo D-M-D' se repite incesantemente. Que los medios se conviertan en un fin en sí mismo es algo que tiene extrañas consecuencias, como ya vio Aristóteles antes que Marx. En la teorización que Marx efectúa de la inversión entre M-D-M y D-M-D' en *El Capital* menciona la distinción aristotélica entre la *economía* —que corresponde a M-D-M y favorece al valor de uso— y la *crematística* —que corresponde a D-M-D' y favorece a la forma abstracta e ilimitada de la riqueza—, y cita a Aristóteles como sigue:

La crematística solo se distingue de la economía en que para ella la circulación es la fuente de la riqueza [...]. Y parece girar en torno al dinero, pues el dinero es el principio y el fin de este tipo de intercambio [...]. De ahí que también la riqueza que la crematística trata de alcanzar sea

J., (eds.), *New Dialectics and Political Economy* (Palgrave Macmillan, 2003) [ed. cast.: «Lukács y la crítica dialéctica del capitalismo» en *Marx Reloaded* (Traficantes de Sueños, Madrid, 2007)]. El capital, por supuesto, como objetividad enajenada que adquiere una subjetividad en el transcurso de su propia autovalorización, no es otra cosa que una forma pervertida de relaciones sociales entre individuos.

ilimitada. Así como es ilimitado, en su afán, todo arte cuyo objetivo no es considerado como medio sino como fin último —pues siempre procura aproximarse más a ella, mientras que las artes que solo persiguen medios para un fin no carecen de límites porque su propio fin se los traza—, tampoco existe para dicha crematística ninguna traba que se oponga a su objetivo, pues su objetivo es el enriquecimiento absoluto.¹⁶³

La ausencia de límites que surge de la inversión entre medios y fines, de tal modo que los medios se convierten en fines en sí mismos, Marx la describe como sigue:

La circulación mercantil simple —vender para comprar— sirve, en calidad de medio, a un fin último ubicado al margen de la circulación: la apropiación de valores de uso, la satisfacción de necesidades. La circulación del dinero como capital es, por el contrario, un fin en sí, pues la valorización del valor existe únicamente en el marco de este movimiento renovado sin cesar. El movimiento del capital, por ende, es carente de medida.¹⁶⁴

En contraste con la figura M-D-M, que parte de una mercancía situada en un extremo y, a través de los medios de intercambio, llega a una mercancía distinta que «pasa de la esfera del intercambio mercantil a la del consumo», la ruta de D-M-D' «proviene de la circulación, retorna a ella, se conserva y multiplica en ella, regresa de ella acrecentada y reanuda una y otra vez, siempre, el mismo ciclo».¹⁶⁵

163. ARISTÓTELES, *Republica*, citado por Marx, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 163 [pp. 186-7 de la ed. cast.].

164. *Ibid.* (el subrayado es nuestro) [p. 185 de la ed. cast. —N. del t.].

165. *Ibid.*, p. 165 [p. 189 de la ed. cast.].

Dado que este movimiento se renueva constantemente y que el dinero regresa constantemente a sí mismo, puede caracterizarse a D-M-D', en términos hegelianos, como *infinitud verdadera o real*.¹⁶⁶

Sin embargo, también puede considerarse como una *infinitud falsa* en la medida en que la figura D-M-D' también supone el momento de la valorización, pues como hemos visto, el valor como capital se ve estructuralmente impulsado a rebasar sus propias barreras cuantitativas y a aglomerarse de forma infinita.

Tomados conjuntamente, estos dos aspectos del capital —a saber, el constante retorno del capital a sí mismo como infinitud verdadera y su incesante ir más allá de sí mismo en cuanto infinitud falsa o espuria— lo dotan de una vocación de Sísifo. Como valor *esencialmente* autovalorizante, el capital está condenado a no descansar jamás, al movimiento perpetuo, pues permanecer inmóvil equivale a morir. El peculiar *telos* del capital, entonces, consiste en expandirse *sin cesar*. Como infinitud verdadera, su *telos* es él mismo; es su propia finalidad. Como infinitud falsa, su *telos* consiste en superarse a sí mismo, en incrementarse de forma incesante. Paradójicamente, la acumulación de capital es, pues, una teleología *sin fin*. El capital se afana constantemente en pos de una meta que se desvanece o se aleja constantemente. Tan pronto como alcanza su *telos*, este resulta haber sido un espejismo; apenas ha alcanzado su fin, este vuelve a proyectarse más allá. Así pues, el capital está condenado a la existencia

166. «[...] pasando a otro, algo solo viene a coincidir consigo mismo y esta referencia a sí mismo en el pasar y en lo otro es la verdadera infinitud». Véase HEGEL, *The Encyclopaedia Logic*, §§94-95 (Hackett 1991), pp. 149-52 [ed. cast.: *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, trad. Ramón Valls Plana (Alianza, 2005), p. 197].

de los muertos vivientes, al perpetuo desasosiego de un espectro maligno condenado a vagar por la tierra con el alma en pena.¹⁶⁷ Es un *perpetuum mobile*.

La dialéctica sistemática del capital es, como hemos visto, una relación sincrónica de los momentos lógicos de un todo concreto, el sistema capitalista. Ahora, sin embargo, podemos ver que esta lógica sistemática engendra la dinámica diacrónica del movimiento perpetuo de autorreproducción y autoexpansión del capital. Se trata de algo más que una tendencia secular: es una ley inmanente del modo de producción capitalista.

LA DIALÉCTICA SISTEMÁTICA DEL CAPITAL EN GRADOS MÁS CONCRETOS DE ABSTRACCIÓN

Hasta ahora esta exposición se ha ceñido a un plano muy abstracto. Hemos visto cómo la dialéctica de las formas del valor, al surgir del intercambio generalizado de mercancías, genera un impulso lógico inmanente al movimiento constante de autorreproducción de la autovalorización del valor.

Esta dialéctica de formas puras se desarrolla abstrayéndose tanto del proceso inmediato de producción como de la cuestión de la sustancia del valor. Las formas puras, sin embargo,

167. Como veremos más adelante, el capital es el espíritu que anima el proceso de producción y, para describirlo, Marx recurre a la metáfora del vampiro (los muertos vivientes) que absorbe trabajo vivo como si se tratara de la sangre de la que se nutre. Tal vez otra imagen adecuada sería la del capital como señor de los zombis, el espíritu de los muertos vivientes que dirige desde el exterior la actividad de los trabajadores en cuanto muertos vivientes. Por supuesto, toda esta imagería gótica no debe eclipsar el sentido en que el movimiento del capital también supone el desarrollo integral de necesidades y de capacidades universales, si bien bajo el modo de su negación (es decir, como el universo del valor).

requieren un contenido para que la lógica abstracta de la acumulación capitalista pueda realizarse. Las formas del valor adquieren ese contenido por medio de la subsunción del trabajo por el capital: a través de la subsunción del trabajo por el «concepto» de capital, el proceso de producción se verifica y queda determinado formalmente como proceso de valorización del capital.

Al mismo tiempo, sin embargo, lo que pone al trabajo abstracto como sustancia del valor es el intercambio de mercancías producidas de forma capitalista. Los procesos de producción y circulación se determinan así, por tanto, como momentos de una unidad: el proceso de producción capitalista. Ningún momento aislado de este proceso precede a los demás; cada uno de ellos presupone al resto. No obstante, como hemos visto, a través de la subsunción del trabajo por el capital, este impone su prioridad lógica sobre el proceso de vida social.

La acumulación de capital está basada en la explotación del trabajo asalariado. El curso de la acumulación capitalista es el desarrollo de esta relación de explotación, el desarrollo de la relación entre capital y proletariado. Ya en el plano más abstracto cabe discernir una dinámica direccional que determina el curso de la historia del capitalismo: el perpetuo afán por acumular capital.

El curso de la acumulación capitalista —es decir, el curso de la relación de explotación— está mediado, sin embargo, a través de categorías complejas, algunas de las cuales desarrolla Marx en los tres volúmenes de *El Capital*, y que son determinaciones más concretas del proceso lógicamente predeterminado de la acumulación de capital. Aquí no ofrecemos un resumen completo de la dialéctica sistemática del capital, proyecto que, en cualquier caso, Marx nunca llegó a completar.

Los tres volúmenes publicados de *El Capital* tratan sobre el capital en general en los planos de la universalidad, la particularidad y la singularidad, respectivamente; es decir, en niveles cada vez más concretos de abstracción, o en niveles de mediación más complejos.¹⁶⁸ Es en el plano del capital en general como singularidad, en el tercer volumen de *El Capital*, donde pueden examinarse las tendencias seculares de la acumulación de capital como totalidad, esto es, como unidad de muchos capitales.

Aquí expondremos brevemente por adelantado algunas de estas tendencias seculares. Como indicamos en la introducción de este artículo, la acumulación capitalista tiende a socavar sus propias bases. Esta tendencia se puede expresar de la siguiente manera: la relación de explotación mina su propio fundamento, pues eso que se explota —la fuerza de trabajo— tiende a ser expulsado del proceso de producción a raíz del desarrollo de la productividad del trabajo social. La misma tendencia se expresa en el aumento de la composición orgánica del capital y en la disminución de la tasa de ganancia —a saber, la tendencia a la sobreacumulación de capital, de tal manera que el capital es incapaz de generar en proporción suficiente nuevos ámbitos para explotar productivamente a la fuerza de trabajo— para generar el suficiente plusvalor con el que valorizarse.

Como hemos visto, la relación de explotación es, por definición, una relación contradictoria, una relación de lucha de clases. Las tendencias seculares que hemos comenzado a resumir, pues, son determinaciones de la lucha de clases. Su

168. Véase FELTON SHORTALL, *The Incomplete Marx* (Avebury, 1994), pp. 445-54; y CHRIS ARTHUR, «Capital in General and Marx's *Capital*», en MARTHA CAMPBELL y GEERT REUTEN [eds.], *The Culmination of Capital* (Palgrave, 2002) para una discusión de todo el proyecto.

historia es la historia de una contradicción en movimiento: la de la reproducción, conflictiva y plagada de crisis, de la relación de explotación entre capital y proletariado.

CONCLUSIÓN

La dialéctica sistemática del capital es, de entrada, una dialéctica de formas puras, a saber, una dialéctica de las formas del valor. El valor se fundamenta a sí mismo de manera retroactiva mediante transiciones dialécticas entre las formas contradictorias del valor —la mercancía y el dinero— hasta llegar a la forma-capital del valor, el valor cuya finalidad es generarse a sí mismo como forma totalizadora y absoluta. Para realizarse y arraigar en la realidad, esta forma totalizadora tiene que adoptar un contenido, cosa que hace subsu-
miendo al trabajo y determinando formalmente el proceso de vida social como proceso de producción del capital. En efecto, como hemos visto, el capital no es otra cosa que una forma perversa de las relaciones sociales humanas. Por otra parte, para echar raíces en la realidad, el capital debe imponer sus propios presupuestos: tiene que reproducirse a sí mismo y a su «otro» interno, el proletariado, el polo opuesto de la relación de explotación: tiene que reproducir la propia relación de explotación. En la medida en que la relación de explotación entre capital y proletariado se reproduce a sí misma, cabe decir que la dialéctica sistemática del capital es totalizadora y *cerrada* en su circularidad.

Ahora bien, si la dialéctica sistemática del capital es cerrada en determinado plano de la abstracción, esta clausura queda en entredicho en el plano, más concreto, de la historia real de la relación de clase. La autorreproducción de la relación de explotación a través de la reproducción mutua del capital y el proletariado no puede garantizarse para toda la eternidad. Más aún, en la medida en que existen tendencias seculares intrínsecas a la acumulación capitalista que amenazan con

minar sus propias bases, y en la medida en que la dialéctica sistemática del capital —de la lucha de clases— produce un proletariado susceptible de disolver la propia relación de clase, no se puede decir que esa dialéctica sea cerrada, sino *abierta*.¹⁶⁹

Este carácter abierto de la dialéctica no surge de la contingencia de la lucha de clases en relación con la lógica sistemática de la acumulación capitalista: la lucha de clases no es una «variable exógena». Aquello que a cierto nivel resulta meramente contingente en relación con la lógica de la acumulación del capital —las interacciones materiales y espirituales entre los seres humanos y entre estos y la naturaleza— obedece a su vez a una *lógica*, es decir, queda sometido a la lógica de la forma-capital del valor como consecuencia de la subsunción del trabajo por el capital y la autorreproducción de la relación de implicación recíproca entre capital y proletariado. De ello se deduce que la historia de la relación de clase está determinada por el mismo carácter asimétrico de esta relación, uno de cuyos polos está definido por la lógica abstracta de la autoexpansión del valor y subsume el trabajo del otro. El proletariado se muestra recalcitrante ante las exigencias de la acumulación capitalista, pero el carácter de esta resistencia, —o quizá, mejor dicho, de este antagonismo— está determinado por el hecho de constituir uno de los polos de la contradicción en movimiento. La dialéctica sistemática del capital —como dialéctica de la lucha de

169. La lucha de clases está mediada por muchos planos de determinaciones concretas que no se teorizan en este artículo. Los ciclos de lucha y las formas que adoptan históricamente los movimientos revolucionarios están determinados por las configuraciones cambiantes de la relación de clase y por los cambios producidos en el carácter de la relación del proletariado consigo mismo en el marco de su relación con el capital. Remitimos a los lectores a otros artículos, en este y otros números de *Endnotes*, en los que se evalúan de forma más concreta los perfiles de la lucha de clases y de su historia.

clases— es en última instancia abierta porque amenaza con producir su propia superación inmanente a través de la acción revolucionaria del proletariado, que mediante medidas comunizadoras inmediatas se suprime a sí mismo y al capital y produce el comunismo.

Historia de la subsunción

EL PERÍODO

Este es un período de crisis catastrófica para el capital, pero también es un período en el que los antiguos proyectos programáticos de la clase obrera no se ven por ningún lado. Este hecho ineludible nos obliga a rastrear las discontinuidades entre el pasado y el presente. Comprender lo que distingue a la época actual puede ayudarnos a «enterrar a los muertos» de las revoluciones fallidas del siglo XX y dar eterno reposo a los espíritus errantes que todavía rondan la teoría comunista.

Lo que más está en juego en la periodización es la cuestión de dónde termina el pasado y comienza el presente. Identificar rupturas y discontinuidades históricas nos ayuda a evitar la metafísica implícita en una teoría de la lucha de clases en la que toda especificidad histórica se redujera en definitiva al eterno retorno de *lo mismo*. Sin embargo, las periodizaciones pueden adoptar muy fácilmente el aspecto de imposiciones arbitrarias de esquemas abstractos sobre la densa trama de la historia en lugar del reconocimiento de auténticas rupturas históricas. Por cada línea de ruptura trazada, puede localizarse algún resto o vestigio de otra época histórica que al parecer refute esa periodización.

Entonces, convencidos de que semejantes rupturas proclamadas no pueden poseer una validez *absoluta*, quizá nos parezca justificado echar mano de la cómoda idea de que nada cambia en realidad. Dado que en este caso es la diferencia aquello a lo que puede oponerse el escéptico, la «ipseidad histórica» adquiere la certidumbre por defecto del sentido común. Por el contrario, tal vez exista también la tentación de asumir la ruptura con resignación, de reconocer la miseria del retroceso y de regodearnos en el reconocimiento

melancólico de la muerte de todo lo bueno que hubo en el pasado, a la vez que mantenemos encendida la llama para su posible retorno. En cualquier caso, viene a ser lo mismo: ya sea como presencia o ausencia, el pasado enmascara la especificidad del presente.

Que una ruptura con lo que algunos han llamado «el viejo movimiento obrero» —o con lo que *Théorie Communiste* (TC) llama «programatismo»— tuvo lugar hace unos treinta o cuarenta años se nos presenta como algo evidente. Pero no basta con atenerse a la evidencia inmediata de la ruptura histórica. La cuestión es cómo pensar la ruptura sin caer en un esquematismo dogmático y abstracto o en una apelación igualmente dogmática a la experiencia histórica inmediata. Este problema hay que afrontarlo teóricamente; sin embargo, tal vez deberíamos desconfiar de abandonar la perspectiva parcial del presente, de este lado de la ruptura, de lanzarnos demasiado rápidamente hacia la perspectiva universalizadora de un esquema histórico que pretendiera hacer abstracción de perspectivas particulares.

Para nosotros la periodización de TC ha sido de una importancia central para afrontar el carácter de la relación de clase capitalista tal como existe, no metafísica, sino históricamente. Su división de la historia de la sociedad capitalista en fases de subsunción ha demostrado ser útil para identificar cambios reales en el carácter de la relación de clase capitalista. Y aunque quizá parezca a menudo precisamente el tipo de esquema abstracto que deberíamos tratar de evitar, la periodización de TC es menos una soflama intelectual que hace encajar cada dato histórico en su recipiente taxonómico arbitrario que una declaración partidista de una ruptura histórica por comunistas que la vivieron y que tuvieron que lidiar con dicha ruptura como un problema real.

Si, por tanto, en lo que sigue, criticamos algunas de las categorías fundamentales de la periodización de TC, no lo hacemos con el fin de negar que los cambios que TC identifica con estas categorías se produjeran realmente. Para nosotros —al igual que para TC— la reproducción de la relación de clase capitalista es algo que ha cambiado con el tiempo, al igual que lo ha hecho el carácter de las luchas. Difícilmente podemos dudar de que el movimiento proletario pasó por una etapa programática, etapa que hoy en día ha dejado de existir, o que las luchas de clase ya no sean portadoras del horizonte de un «mundo obrero». Identificar, más allá de esto, cómo ha cambiado exactamente la reproducción es una tarea que no se puede realizar solo a través del despliegue de diferentes categorías o cambiando un esquema abstracto por otro. Tenemos que permanecer atentos a los detalles del movimiento real de la historia, sin rehuir la necesidad de teorizar adecuadamente dicho movimiento.

Durante la década de 1970, en plena ruptura histórica con la época programática de la lucha de clases, el concepto de «subsunción» apareció en el discurso marxista bajo el contexto de un retorno general a Marx y a los borradores de *El Capital* en particular. En un momento de ruptura, la necesidad de periodizar la historia de la relación de clase capitalista era evidente. Dado que la distinción entre la subsunción «formal» y «real» del trabajo bajo el capital —que era un aspecto destacado de textos de Marx que solo entonces empezaron a darse a conocer— parecía identificar algo importante en la profundización histórica de las relaciones capitalistas de producción, se constituyó en un punto de partida obvio para tales periodizaciones. Así, el concepto de la subsunción fue empleado no solo en la periodización de TC, sino también en las de Jacques Camatte y Antonio Negri, periodizaciones que, por lo demás, a menudo se solapan de manera significativa. Aquí vamos a examinar el concepto de subsunción y su empleo en estas periodizaciones, primero excavando en

torno a las raíces filosóficas de este concepto y examinando el papel sistemático que desempeña en la obra de Marx, y a continuación poniendo de relieve algunos problemas que comporta su empleo como categoría histórica.

EL ABSURDO DE LA SUBSUNCIÓN

En su acepción más general «subsunción» es un término filosófico o lógico bastante técnico que se refiere al ordenamiento de una masa de particulares bajo un universal. Como tales, algunas relaciones lógicas u ontológicas fundamentales pueden describirse como relaciones de subsunción: puede decirse que las ballenas o el concepto de «ballena» están subsumidas en la categoría «mamífero». En la filosofía idealista alemana —donde aparece en la obra de Kant, Schelling y, en ocasiones, en la de Hegel— el término se utiliza a menudo en un sentido más dinámico para indicar un *proceso* mediante el cual se relacionan lo universal y lo particular. Es a partir de este hilo conductor que el concepto de la subsunción penetra en la obra de Marx.

Kant considera la relación entre lo «múltiple» y las «categorías del entendimiento» como una relación de subsunción.¹⁷⁰ Esta implica un proceso de abstracción a través del que se obtiene la verdad de lo múltiple. En términos de este proceso, la relación de subsunción tiene aquí alguna semejanza formal a la que Marx encuentra entre los valores de uso particulares y el dinero como equivalente universal: en ambos casos, un «particular» se pone en relación con algún «universal» externo al ser subsumido por él. La homología quizá vaya más allá: preocupado por el problema de cómo un concepto puro del entendimiento podría estar

170. «[...] el uso de un concepto conlleva otra función del juicio mediante la cual un objeto es subsumido bajo ese concepto». KANT, *Crítica de la razón pura* (Taurus, 2005), p. 193.

relacionado con las apariencias que subsume, Kant plantea el esquema trascendental como una «tercera cosa» que une los dos lados,¹⁷¹ al igual que Marx postula el trabajo como la «tercera cosa» que permite comparar dos mercancías.¹⁷²

Para Hegel el proceso de subsunción y abstracción realizado por el entendimiento en Kant es problemático precisamente porque toma un universal abstraído por la verdad de los particulares que subsume y, por tanto, transforma y oscurece la misma cosa que se supone que así conoce:

La subsunción bajo la especie altera lo que es inmediato. Nos despojamos de lo que es sensorial y extraemos lo universal. La alteración en curso aquí la llamamos abstracción. Parece absurdo, si lo que se quiere es conocer los objetos externos, alterar estos objetos externos mediante nuestra propia actividad [abstractiva] sobre ellos [...]. La alteración consiste en el hecho de separar lo que es singular o externo, y sostenemos que la verdad del objeto reside en lo universal en lugar de en lo que es singular o externo.¹⁷³

Una relación de subsunción tiene algo de *absurdo*. Cuando el particular está subsumido bajo un universal, ese universal se presenta como la *verdad* de este particular; es más, es como si el particular se hubiera convertido en nada menos que una instancia del universal que lo subsume. Y no obstante, parece que debería sobrar algo en este proceso, pues el

171. «Queda clara la necesidad de un tercer término que sea homogéneo con la categoría, por una parte, y con el fenómeno, por otra, un término que haga posible aplicar el primer término al segundo. Esta representación mediadora tiene que ser pura —libre de todo elemento empírico— y, a pesar de ello, debe ser *intelectual*, por un lado, y *sensible*, por otro. Tal representación es el *esquema trascendental*». *Ibid.*, p. 128.

172. MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 47 [ed. cast: *El Capital: crítica de la economía política*, trad. Pedro Scaron (Siglo XXI, 1979)].

173. HEGEL, *Lectures on Logic* (University Press, 2008), pp. 12-13.

universal abstracto sigue siendo solo lo que era al principio, mientras que la particularidad que poseía el particular en oposición a lo universal ya ha sido abstraída por completo. La subsunción, por tanto, parece implicar una forma de *dominación* o de violencia hacia lo particular.¹⁷⁴

Hegel, al parecer, quiere ver el movimiento del concepto menos como el proceso de abstracción de la subsunción de los particulares bajo un universal, en el que el universal se considera en última instancia como la verdad de una cosa, que como el hallazgo de un «universal concreto», presente ya en esos particulares, necesariamente mediador y mediado por su relación con esos particulares. En la lectura de Kant que hace Hegel es la exterioridad de lo múltiple a las categorías puras del entendimiento lo que significa que el proceso de conocimiento debe ser un proceso de subsunción, ya que los particulares de alguna manera deben subordinarse a las categorías. Que el mismo Hegel no describa el movimiento del concepto en términos de subsunción puede considerarse como un ejemplo de su intento de ir más allá de la bifurcación epistemológica que caracteriza a la perspectiva de la «reflexión» con la que a menudo identifica la filosofía de Kant y con la que Lukács acabaría identificando el pensamiento burgués *per se*.¹⁷⁵

174. En las traducciones en inglés de Marx el término alemán *subsumtion* suele traducirse como «dominación» en lugar de «subsunción». Si bien esta traducción es problemática en el sentido de que oscurece la relevancia lógica/ontológica de este concepto, es apropiado en la medida en que identifica algo de la violencia implícita aquí.

175. Para un debate sobre estos aspectos de la relación Kant-Hegel-Marx en cuanto a la forma-valor, véase ISAAK RUBIN, *Essays on Marx's Theory of Value* (Black & Red, 1972), p. 117 [ed. cast.: *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, trad. Néstor Míguez (Ediciones Dos Cuadrados, Madrid, 2021), p. 159].

En su *Filosofía del Derecho*, empero, Hegel describe una relación que implica una subsunción de lo particular bajo lo universal tan exterior como la de lo múltiple bajo las categorías en la concepción de Kant. De hecho, esta relación es una relación de dominación política bastante tosca. Se trata de la relación entre la «universalidad» de la decisión del soberano y la «particularidad» de la sociedad civil. En este caso, en lugar de esforzarse por presentar la decisión del soberano como un universal concreto ya inmanente en los particulares, Hegel la presenta como un universal abstracto y externo al que los particulares han de ser subordinados por el poder ejecutivo por medio de la policía y el poder judicial:

La ejecución y aplicación de las decisiones del soberano, y en general la aplicación continuada y el mantenimiento de decisiones anteriores [...], se distinguen de las decisiones mismas. Esta tarea de *subsunción*, en general, pertenece al *poder ejecutivo*, que también incluye a los poderes de la *judicatura* y la *policía*, que tienen una referencia más inmediata con los asuntos particulares de la sociedad civil y que afirman el interés universal dentro de estos extremos [particulares].¹⁷⁶

Podríamos inferir, a partir de la utilización de una categoría que parece asociarse con una relación problemática y externa, que Hegel está siendo crítico con la relación entre el soberano y la sociedad civil, pero no está nada claro que sea ese el caso. Es más, para el joven Marx, como para muchos otros, la *Filosofía del Derecho* representa el momento más conservador de la obra de Hegel, donde este otorga a la dominación política el visto bueno de la filosofía especulativa. En la *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de*

176. HEGEL, *Philosophy of Right* (Cambridge, 1991), §287/p. 328 [ed. cast: *Principios de la filosofía del derecho*, trad. J. L. Vermal Beretta (Edhasa, Barcelona, 2005)].

Hegel Marx critica el uso que hace este del concepto de subsunción como la imputación de una categoría filosófica a procesos sociales objetivos:

La única declaración filosófica que Hegel hace sobre el *ejecutivo* es que «*subsume*» lo individual y lo particular bajo lo general [...]. Hegel se conforma con esto. Por un lado, la categoría de «subsunción» de lo particular [...] tiene que ser actualizada. Luego toma cualquiera de las formas empíricas de la existencia del Estado prusiano o moderno (tal cual es), cualquier cosa que actualice esta categoría frente al resto, a pesar de que esta categoría no exprese su carácter específico. La matemática aplicada también es subsunción [...]. Hegel no pregunta: «¿es este el modo racional y adecuado de subsunción?». Solo toma una categoría y se conforma con encontrar una existente que corresponda a ella. Hegel da a su *Lógica* un cuerpo político; lo que no da es la lógica del cuerpo político.¹⁷⁷

La ironía en este caso es que es precisamente un uso semejante de esta categoría el que el propio Marx acaba desarrollando. A partir del borrador 1861-3 de *El Capital* en adelante, la subsunción es para Marx subsunción de las particularidades del proceso de trabajo bajo la universalidad abstracta del proceso de valorización del capital.¹⁷⁸ La categoría abstracta, al parecer, realmente encuentra para sí un cuerpo. La crítica

177. MARX, *Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Right* (MECW 3), p. 48

178. Si bien la categoría de subsunción se utiliza de manera amplia y asistemática en los *Grundrisse*, es en los borradores 1961-3 y 1963-4 de *El Capital* donde Marx desarrolla un concepto de subsunción del proceso de trabajo en el proceso de valorización del capital. Puede considerarse que la subsunción da forma de manera implícita al segundo tercio del primer volumen de *El Capital* sobre las categorías de plusvalor absoluto y plusvalor relativo, aunque se haga referencia explícita a estas solo en una sección. MARX, *Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 511.

de Marx a la filosofía idealista alemana resulta así análoga a su crítica del capital. Sin embargo, ahora el error no está de parte del filósofo especulativo, pues reside más bien en las propias relaciones sociales capitalistas.

El universal abstracto —el valor—, cuya existencia se manifiesta en la abstracción del intercambio, adquiere una existencia *real* en relación con los trabajos particulares concretos subsumidos por el. La realidad de las abstracciones, que adquieren la capacidad de subsumir el mundo concreto de la producción —y se postulan a sí mismas como la verdad de este mundo—, es para Marx nada menos que una realidad pervertida, encantada y ontológicamente invertida. El absurdo y la violencia que Hegel percibe en una relación de subsunción no solo se aplica al propio sistema de Hegel, sino también a las relaciones sociales de la sociedad capitalista.¹⁷⁹

FORMALIDAD Y REALIDAD DE LA SUBSUNCIÓN

Para Marx el proceso de producción del capital solo puede darse sobre la base de la subsunción del proceso de trabajo bajo el proceso de valorización del capital. A fin de acumular plusvalor, y por tanto para valorizarse como capital, el capital subordina el proceso de trabajo a sus propios fines y, al hacerlo, lo transforma. Las raíces idealistas alemanas del concepto de subsunción son evidentes en la forma en que Marx conceptualiza este proceso: lo particular está subordinado a lo universal abstracto y, por tanto, transformado u ocultado. La distinción entre subsunción formal y real identifica la distinción implícita entre dos momentos que tenemos aquí: el capital debe subordinar el proceso de trabajo a

179. Véase *La contradicción en movimiento*, en este número.

su proceso de valorización —debe subsumirlo *formalmente*— para poder rehacer el proceso a su propia imagen, o subsumirlo *realmente*.

En los *Resultados* Marx asocia las categorías de subsunción formal y real muy estrechamente a las de plusvalor absoluto y relativo.¹⁸⁰ Podemos identificar más concretamente lo que distingue la subsunción real de la subsunción formal en términos de estas dos categorías. La subsunción formal sigue siendo meramente formal precisamente en el sentido de que no implica la transformación de un proceso de trabajo determinado por parte del capital, sino simplemente que tome posesión de él. El capital puede extraer plusvalor del proceso de trabajo simplemente tal como viene dado —con su productividad dada del trabajo—, pero solo puede hacerlo en la medida en que puede ampliar la jornada social de trabajo más allá del tiempo que tiene que invertirse en el trabajo necesario. Es por esta razón que por sí sola la subsunción formal solo podía producir plusvalor absoluto: su carácter *absoluto* reside en el hecho de que su extracción implica una ampliación *absoluta* de la jornada de trabajo social: se trata de una simple cantidad más allá de lo socialmente necesario para que los trabajadores se reproduzcan.

A-----B--C

A-----B-----C

Figura 1. Extracción de plusvalor absoluto sobre la base de la subsunción formal.¹⁸¹

180. «Del mismo modo que se puede considerar la producción de plusvalor absoluto como expresión material de la subsunción formal del trabajo en el capital, la producción de la plusvalor relativo púedese estimar como la de la subsunción real del trabajo en el capital». MARX, *Capítulo VI inédito: Resultados del proceso de producción inmediato*, (Siglo XXI, México, 2001), p. 60.

181. Aquí la parte necesaria de la jornada de trabajo (A-B) es una magnitud dada, de manera que la única posibilidad de aumentar la

La subsunción del proceso de trabajo en el marco del proceso de valorización del capital se convierte en «real» en la medida en que el capital no se limita a mantener el proceso de trabajo como viene dado, sino que da un paso más allá de la posesión formal de ese proceso para transformarlo a su propia imagen. A través de innovaciones tecnológicas y otras alteraciones del proceso de trabajo, el capital es capaz de aumentar la productividad del trabajo. Puesto que una productividad más elevada significa que se requiere menos trabajo para producir los bienes que consume la clase obrera, el capital reduce así la parte de la jornada social de trabajo dedicada al trabajo necesario y aumenta concomitantemente la parte dedicada al trabajo excedente. La *relatividad* de la plusvalor relativo radica en el hecho de que la parte excedente de la jornada social de trabajo puede por tanto ser excedente *en relación a* una parte necesaria decreciente, lo que significa que el capital puede valorizarse sobre la base de una longitud dada de la jornada social de trabajo o, incluso, sobre la base de una que disminuya en términos de extensión absoluta.

A-----B--C

A-----B'--B--C

Figura 2. Extracción de plusvalor relativo sobre la base de la subsunción real.¹⁸²

La producción de plusvalor relativo, junto a la subsunción real a través de la cual tiene lugar, es impulsada por la competencia entre capitales: los capitalistas individuales son

magnitud de la porción excedente (B-C) es ampliando la jornada de trabajo «absolutamente» (A-C).

182. La longitud de la jornada de trabajo (A-C) es una magnitud dada, por lo que la única posibilidad de aumentar la magnitud de la porción excedente (B-C) es disminuyendo la parte necesaria de la jornada de trabajo (A-B). El plusvalor obtenido de esta manera es plusvalor «relativo».

espoledados a tomar la iniciativa por el hecho de que, si bien el valor de las mercancías está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas, si introducen innovaciones tecnológicas que aumentan la productividad del trabajo, podrán vender productos a un precio superior a su «valor individual».¹⁸³

A pesar de su empleo por parte de Marx, en estrecha asociación con categorías sistemáticas como plusvalor absoluto y relativo, y su procedencia filosófica abstracta, hay al menos dos sentidos en los que podemos considerar que las categorías de la subsunción formal y la subsunción real tienen una significación «histórica». En primer lugar, como la simple toma de posesión por parte del capital del proceso de trabajo, la subsunción formal del trabajo bajo el capital puede ser entendida como la transición hacia el modo de producción capitalista: es la subsunción en el capital de «una modalidad laboral desarrollada ya antes de que surgiera la relación capitalista».¹⁸⁴ Marx describe la transformación de las formas de producción esclavistas, campesinas, gremiales y artesanas en producción capitalista —a medida que los productores asociados a estas formas fueron transformados en obreros asalariados— como un proceso de subsunción formal. La subsunción real solo puede tener lugar históricamente sobre la base de esta subsunción formal: la subsunción formal del trabajo bajo el capital es tanto un requisito *lógico-sistemático* como *histórico* para la subsunción *real*.

En segundo lugar, la subsunción real tiene una direccionalidad histórica, ya que implica un proceso de revolución en el proceso de trabajo mediante transformaciones materiales y tecnológicas que aumentan la productividad del trabajo. A partir de estos incrementos de productividad se suceden transformaciones más amplias en el carácter de la sociedad

183. MARX, *Resultados del proceso de producción inmediato*, p. 59.

184. *Ibid.*, p. 56.

en conjunto y en las relaciones de producción entre trabajadores y capitalistas en particular. La subsunción real, como modificación del proceso de trabajo de acuerdo con pautas específicamente capitalistas, queda ejemplificada en el desarrollo histórico de las fuerzas productivas del trabajo social como fuerzas productivas del capital. Esto ocurre a través de la cooperación, la división del trabajo, la manufactura, la maquinaria y la industria a gran escala, que Marx analiza bajo el epígrafe «La producción de plusvalor relativo» en el primer volumen de *El Capital*.

Es por esto que las categorías de subsunción formal y real pueden parecer apropiadas para la periodización de la historia capitalista. Hay, sin duda, una cierta verosimilitud en la esquematización general de la historia del capitalismo en términos de categorías que identifican una primera toma de posesión *extensiva* del proceso de trabajo por parte del capital y un posterior desarrollo *intensivo* de ese proceso en virtud de un desarrollo capitalista dinámico, pues a un nivel abstracto es absolutamente fundamental para el capital que estos dos momentos se den. Semejante empleo de estas categorías también posee la aparente virtud de atenerse al núcleo del análisis sistemático de las relaciones capitalistas del valor por parte de Marx a la vez que capta los momentos clave de su existencia histórica: parecen sugerir la posibilidad de unificar el sistema y la historia. Es, sin duda, por algunos —si no todos— de estos motivos por los que tanto TC como Camatte y Negri formularon periodizaciones de la historia capitalista orientadas en torno al concepto de subsunción.

HISTORIA DE LA SUBSUNCIÓN

Desde su particular interpretación de los *Resultados*, Jacques Camatte esboza una periodización abstracta de la historia del capitalismo sobre la base de la subsunción formal y real del trabajo bajo el capital. Para Camatte lo que distingue a la etapa de la subsunción real de la de la subsunción formal es que bajo la subsunción real, los medios de producción se convierten en medios de extracción de trabajo excedente, el «elemento esencial» en este proceso es el capital fijo.¹⁸⁵ El período de la subsunción real se caracteriza por la aplicación de la ciencia al proceso de producción inmediato, de tal manera que «los medios de producción se convierten en meras sanguijuelas que extraen la máxima cantidad de trabajo vivo posible».¹⁸⁶ Así, para Camatte la subsunción real del trabajo bajo el capital se caracteriza por una inversión: la subsunción real es la etapa en la que los trabajadores son explotados por los propios medios de producción.

Sin embargo, Camatte va más allá cuando habla de una «subsunción total del trabajo bajo el capital» en la que el capital ejerce un dominio absoluto sobre la sociedad y, de hecho, tiende a *convertirse* en la sociedad.¹⁸⁷ Este período se caracteriza por «el devenir del capital como totalidad», en la que el capital se erige en una «comunidad material» que ocupa el lugar de una verdadera comunidad humana.¹⁸⁸ Es como si el capital hubiera llegado a envolver el ser social de la humanidad en su totalidad, como si la subsunción hubiera tenido tal éxito que el capital puede ahora hacerse pasar

185. JACQUES CAMATTE, *Capital and Community* (Unpopular Books 1988), p. 43.

186. MARX, «Results of the Direct Production Process» (MECW 34), p. 397 (traducción Fowkes).

187. JACQUES CAMATTE, *Capital and Community* (Unpopular Books 1988), p. 45.

188. *Ibid.*

no solo por la «verdad» del proceso de trabajo, sino por la de la sociedad humana como un todo. Es fácil ver en esta teoría de la subsunción total y de la «comunidad material» la lógica que impulsaría a Camatte hacia una política que implicaba poco más que la afirmación abstracta de alguna comunidad verdaderamente humana frente a una totalidad capitalista monolítica y la necesidad de «dejar este mundo».¹⁸⁹

Camatte no es el único teórico que ha descrito la última fase del desarrollo capitalista en términos de un cierto tipo de *consumación* de la subsunción capitalista; en efecto, se trata de un denominador común entre tradiciones marxistas divergentes. A pesar de que no utiliza el término «subsunción» como tal, en la refundición marxista que hace Jameson del concepto de posmodernidad, «esos mismos enclaves precapitalistas (la Naturaleza y el Inconsciente), que ofrecían puntos de apoyo extraterritoriales y arquimédicos para la efectividad crítica» están colonizados, de modo que el individuo está sumergido en la lógica omnipresente de una cultura capitalista.¹⁹⁰ Al igual que para Camatte, es como si el éxito mismo de una especie de subsunción capitalista significara que ya no podemos entender aquello que nos subsume como una imposición externa. Bajo la forma de la tesis de la «fábrica social», Tronti presenta una concepción de esta época histórica como la de un tipo de subsunción consumada, pero, en sintonía con el optimismo obrerista, la entiende como la consecuencia de la creatividad y la resistencia esenciales de la clase obrera. En el momento de su victoria total, en el que el capital social ha llegado a dominar el conjunto de la sociedad, el capital se ve obligado por la resistencia de la clase obrera a llevar su dominio más allá de los muros de la fábrica

189. JACQUES CAMATTE, «This world we must leave», en *This World we must Leave and other essays* (Autonomedia, 1995).

190. FREDRIC JAMESON, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* (Paidós, 2008), pp. 48-9.

y extenderlo a toda la sociedad. Haciéndose eco de la tesis de la fábrica social de Tronti, Negri describe una «subsunción total de la sociedad» en el período que comenzó a partir de 1968.¹⁹¹ Esto, argumenta Negri, supone el «fin de la centralidad de la clase obrera fabril como lugar de surgimiento de la subjetividad revolucionaria».¹⁹² En este período el proceso de producción capitalista ha alcanzado un grado de desarrollo tan alto como para abarcar hasta la menor fracción de la producción social. La producción capitalista no se limita a la esfera de la producción industrial, sino que es difusa y se produce en la sociedad en su conjunto. El modo de producción contemporáneo «es esta subsunción».¹⁹³

A pesar de que con frecuencia emplea las categorías de subsunción históricamente, Negri advierte en contra de «constituir una historia natural de la subsunción progresiva del trabajo bajo el capital e ilustrar la forma-valor en el [...] proceso de perfeccionamiento de sus mecanismos».¹⁹⁴ Pretendiendo realizar una especie de «giro copernicano» autonomista en el seno de la periodización de la subsunción, Negri describe composiciones de clase y modelos de lucha específicos correspondientes a cada etapa de la historia capitalista. A la primera fase de la gran industria le correspondería la fase «apropiativa» del movimiento obrero (1848-1914) y el «obrero profesional» o «trabajador cualificado», la segunda representaría la «fase alternativa del movimiento revolucionario» (1917-68) y una composición de clase basada en la hegemonía del «obrero masa» y, por último, la fase actual del desarrollo capitalista estaría ligada al «obrero social» [*operaio*

191. ANTONIO NEGRI, «Twenty Theses on Marx, Interpretation of the Class Situation Today», en S. Makdisi, C. Casarino y R. Karl., eds., *Marxism beyond Marxism* (Routledge, 1996) [ed. cast. *Marx más allá de Marx* (Akal, Madrid, 2001)].

192. *Ibid.*, p. 149.

193. *Ibid.*

194. *Ibid.*, p. 151.

social]) y al modelo «constituyente» de «autovalorización proletaria». De forma parecida, para TC las etapas de una historia de la subsunción no solo identifican la historia del propio capital, sino también la de ciclos específicos de lucha. Ahora bien, en lugar de ser el resultado de un «giro copernicano» hacia la positividad de la clase obrera, para TC esto se debe a que las categorías de la subsunción periodizan el desarrollo de la *relación* entre capital y proletariado.

TC sigue a Marx al establecer una relación entre las categorías de subsunción formal y real y las de plusvalor absoluto y relativo. La clave de la periodización histórica de TC reside en su interpretación de esta interrelación sistemática de las categorías. Para TC los plusvalores absoluto y relativo son determinaciones *conceptuales* del capital, mientras que las subsunciones formal y real son configuraciones *históricas* del capital. Así, mientras la subsunción formal del trabajo bajo el capital tiene lugar sobre la base del plusvalor absoluto, el plusvalor relativo es a la vez el principio fundador y la dinámica de la subsunción real; es «el principio que dota de estructura y, a continuación, derroca la primera fase de [la subsunción real]». ¹⁹⁵ Así, el plusvalor relativo es a la vez el principio que unifica las dos fases en que TC divide la subsunción real y el que permite explicar la transformación de la subsunción real (y su consiguiente división en fases): «la subsunción real tiene una historia porque contiene un principio dinámico que la constituye, hace que evolucione, plantea ciertas formas del proceso de valorización o de circulación como trabas y las transforma». ¹⁹⁶

TC plantea una distinción conceptual entre subsunción formal y subsunción real en términos de su extensión. La subsunción formal solo afecta al proceso de trabajo inmediato,

195. THÉORIE COMMUNISTE, «Réponse à Aufheben», en *Théorie Communiste* 19 (2004), p. 108.

196. *Ibid.*

mientras que la subsunción real se extiende más allá de la esfera de la producción a la sociedad en su conjunto, al igual que en el caso de Camatte y Negri.

Por tanto, la subsunción formal de TC corresponde a la configuración del capital basada en la extracción de plusvalor absoluto, que se limita por definición al proceso de trabajo inmediato: el capital se apodera de un proceso de trabajo existente y lo intensifica o prolonga la jornada laboral.

No obstante, la relación entre subsunción real y plusvalor relativo es más compleja. El aumento de la productividad del trabajo que resulta de las transformaciones del proceso de trabajo solo puede aumentar el plusvalor relativo en la medida en que este aumento de la productividad reduce el valor de las mercancías que forman parte del consumo de la clase obrera. Como tal, la subsunción real convierte la reproducción del proletariado en un factor de la reproducción del capital, en la medida en que el salario se convierte en una variable afectada por la productividad del trabajo en las industrias que producen bienes salariales. La subsunción real, pues, establece una interrelación sistemática e histórica entre la reproducción del proletariado y la reproducción del capital:

La extracción de plusvalor relativo afecta a todas las combinaciones sociales, desde el proceso de trabajo a las formas políticas de representación de los trabajadores, pasando por la integración de la reproducción de la fuerza de trabajo en el ciclo del capital, el papel del sistema de crédito, la constitución de un mercado mundial específicamente capitalista [...], la subordinación de la ciencia [...], la subsunción real es una transformación de la sociedad y no solo del proceso de trabajo.¹⁹⁷

197. *Ibid.*, p. 109.

La reproducción del proletariado y la reproducción del capital se entrelazan cada vez más a través de la subsunción real; esta integra los dos circuitos —el de la reproducción de la fuerza de trabajo y el de la reproducción del capital— como autorreproducción (y autopresuposición) de la propia relación de clase. Así, TC define la subsunción real del trabajo bajo el capital como «el capital convirtiéndose en *sociedad capitalista*, es decir, creando los presupuestos de su evolución y de la de sus órganos».¹⁹⁸

El criterio para el predominio de la subsunción real, definida a su vez en términos de transformaciones del proceso de trabajo, debe buscarse, por consiguiente, fuera del proceso de trabajo, en las modalidades —tanto políticas como socioeconómicas— de la reproducción de la fuerza de trabajo que la acompañan y que en cierta medida están determinadas por las transformaciones materiales realizadas en el proceso de trabajo. Entre los ejemplos de estas modalidades pueden incluirse los sistemas de seguridad social, la «invención de la categoría de los desempleados» y la importancia del sindicalismo. Todos ellos ayudan a «asegurar (y confirmar) que la fuerza de trabajo ya no tiene ninguna posible “escapatoria” de su intercambio con el capital en el marco del proceso de trabajo específicamente capitalista». Son estas modalidades de la reproducción de la fuerza de trabajo las que quedaron fundamentalmente modificadas por la reestructuración de la relación de clase capitalista que comenzó durante la década de 1970. Y es sobre esta base que TC sostiene que «las grandes fases de la transformación a nivel de las modalidades de reproducción general del proletariado» deben servir como «criterios para la periodización de la subsunción real».¹⁹⁹

198. THÉORIE COMMUNISTE, «Théorie Communiste», en *Théorie Communiste* 14 (1997), p. 50.

199. THÉORIE COMMUNISTE, «Réponse à Aufheben», pp. 127-8.

La periodización de TC está en íntima relación con la propuesta por Negri. Para TC la fase de la subsunción formal del trabajo bajo el capital, hasta el cambio de siglo o en torno a la Primera Guerra Mundial, se caracteriza por la relación positiva del proletariado consigo mismo como polo de la relación de clase. En este período el proletariado se afirma como la clase del trabajo productivo frente al capital, que es una «restricción externa de la cual el proletariado tiene que liberarse».²⁰⁰ La autoafirmación proletaria jamás puede engendrar la autonegación del proletariado y la negación del capital; por ello, en esta etapa, la revolución comunista era imposible, o más bien la revolución comunista como afirmación/emancipación del trabajo llevaba en su seno la contrarrevolución. El período de transición al comunismo demostró no ser otra cosa que la reanudación de la acumulación capitalista, y fue determinado como tal por la propia configuración de la relación de clase y el movimiento (contra)revolucionario que esta configuración de la relación de clase produjo.

En la posterior «primera fase de la subsunción real del trabajo bajo el capital» —desde la Primera Guerra Mundial hasta el final de la década de 1960— la relación entre el capital y el proletariado se vuelve cada vez más interna, hasta el punto de que «la afirmación autónoma de la clase entra en contradicción con su empoderamiento dentro del capitalismo, en la medida en que este es cada vez más el automovimiento de la reproducción del propio capital».²⁰¹ En la transición de la subsunción formal a la subsunción real la relación de clase experimenta una transformación cualitativa, en el sentido de que la reproducción del proletariado está ahora cada vez más integrada en el circuito de reproducción del capital, a través de determinadas mediaciones. Estas incluyen las formas

200. THÉORIE COMMUNISTE, «Théorie Communiste», p. 57.

201. *Ibid.*, p. 49.

institucionales del movimiento obrero, los sindicatos, la negociación colectiva y los pactos de productividad, el keynesianismo y el Estado de Bienestar, la división geopolítica del mercado mundial en áreas nacionales específicas de acumulación y —a un nivel superior— en zonas de acumulación (Este y Oeste).

La subsunción formal y la primera fase de la subsunción real del trabajo bajo el capital se caracterizan por la autoafirmación programática del proletariado; la primera fase de la subsunción real resulta ser cada vez más, sin embargo, la «descomposición» de esta autoafirmación programática proletaria, a pesar de que el proletariado es cada vez más poderoso dentro de la relación de clase. Con la reestructuración capitalista posterior a 1968-73 —que debe entenderse como una reestructuración de la relación entre el capital y el proletariado— todas estas mediaciones son disueltas, o al menos esa es la tendencia.

El nuevo período de la «segunda fase de la subsunción real del trabajo bajo el capital» se caracteriza por una relación más *inmediatamente* interna entre capital y proletariado, y la contradicción entre ambos se sitúa inmediatamente a nivel de su reproducción como clases. La autoafirmación programática proletaria está muerta y enterrada; no obstante, el antagonismo de clases es tan agudo como nunca. La única perspectiva revolucionaria que ofrece el ciclo actual de luchas es el de la autonegación del proletariado, con la consiguiente abolición del capital mediante la comunización de las relaciones entre individuos.

CRÍTICA DE LA HISTORIA DE LA SUBSUNCIÓN

Las periodizaciones propuestas por Camatte, Negri y TC tienen una relevancia que va más allá del proceso de producción inmediato. Camatte y Negri sostienen que la subsunción real se extiende a la sociedad, mientras que, para TC, podría decirse que la subsunción formal y real caracterizan la *relación* fundamental entre capital y trabajo en un sentido que no es reducible al proceso de producción inmediato. Puede parecer que hay cierta base en Marx para semejante uso de estas categorías, ya que Marx se refiere a transformaciones en la *relación social* real entre capitalista y trabajador —más allá de la producción— que surgen *con o como resultado* de la subsunción real:

Con la subsunción real del trabajo en el capital se efectúa una revolución total en el modo de producción mismo, en la productividad del trabajo y en la relación —dentro de la producción— entre el capitalista y el obrero, *así como en la relación social entre ellos*.²⁰²

Es evidente que, con la constante revolución en la producción que se da en la subsunción real, el mundo situado más allá del proceso de producción inmediato queda él mismo transformado de forma espectacular. Aquí el matiz importante, sin embargo, es que estas transformaciones se producen *con* —o *como resultado de*— la subsunción real del proceso de trabajo en el marco del proceso de valorización: no constituyen necesariamente un aspecto de la propia subsunción real,

202. MARX, *Economic Manuscript of 1861-63* (MECW 34), p. 107-8 (énfasis añadido). Un pasaje similar aparece también en los *Resultados*, con la salvedad de que esta revolución es «completa (que se prosigue y repite continuamente)». MARX, *Resultados del proceso de producción inmediato*, pp. 72-3.

ni tampoco la definen, y hasta podrían considerarse como meros efectos de la subsunción real. A pesar de que cambios masivamente relevantes de la sociedad en conjunto —y en la relación entre el capitalista y el trabajador— pueden surgir de la subsunción real del proceso de trabajo en el capital, de eso no se deduce que estos cambios puedan teorizarse en términos de los conceptos de la subsunción.

Como hemos visto, la subsunción tiene un carácter específicamente *ontológico*. La violencia ejercida por una categoría que subsume reside en el hecho de que es capaz de hacerse pasar por la verdad de la cosa misma que subsume, de transformar ese particular en una mera instancia de un universal. Cuando el proceso de trabajo está subsumido por el proceso de valorización, se convierte en el proceso de producción inmediato del propio capital. Como sostiene Camatte:

Subsunción significa algo más que la mera sumisión. *Subsumir en* significa en realidad «incluir en algo», «subordinar», «implicar», de modo que parece que Marx quería indicar que el capital hace del trabajo su propia sustancia, que el capital incorpora el trabajo dentro de sí y lo convierte en capital.²⁰³

El proceso de trabajo, tanto en la subsunción formal como en la subsunción real, *es* el proceso de producción inmediato del capital. Nada comparable se puede decir de todo lo que se encuentra más allá del proceso de producción, pues el capital solo reclama directamente como propia la producción. Si bien es cierto que el proceso de valorización del capital en su totalidad es la unidad de los procesos de producción y de circulación, y a pesar de que el capital provoca transformaciones en el mundo situado más allá de su propio proceso de producción inmediato, por definición estas transformaciones

203. JACQUES CAMATTE, *Capital and Community* (Unpopular Books 1988), p. 72.

no pueden ser captadas en los mismos términos que las que ocurren *dentro* de ese proceso como consecuencia de la subsunción real. Nada exterior al proceso de producción inmediato *se convierte* realmente en capital ni, en sentido estricto, se encuentra subsumido bajo el capital.

Incluso si aceptáramos la noción de una extensión de la subsunción real más allá del proceso de producción inmediato, la viabilidad de la subsunción como categoría para la periodización es dudosa. Dado que la subsunción formal es un requisito previo lógico de la subsunción real, además de histórico, no caracteriza solo a una época histórica, sino a la totalidad de la historia capitalista. A mayores, según Marx, a pesar de que la subsunción formal pueda preceder a la subsunción real, la subsunción real en una rama también puede ser la base de una subsunción formal ulterior en otras áreas.

Si de algún modo las categorías de subsunción son aplicables a la historia, solo pueden serlo de un modo «no lineal»: no se pueden aplicar de manera simplista o unidireccional a la evolución histórica de la relación de clase. Si bien podría decirse plausiblemente que a nivel de la totalidad, en cualquier etapa dada del desarrollo de esta relación, el proceso de trabajo está «más» o «menos» subsumido *realmente* en el proceso de valorización que en cualquier otro momento, esta solo puede ser una afirmación débil y ambigua y difícilmente puede constituir una base sistemática para ninguna explicación de la evolución histórica real. El trabajo de ciertos teóricos del área de la teoría de la forma-valor o de la dialéctica sistemática, como Patrick Murray y Chris Arthur, pone todavía más en entredicho una periodización semejante. Para Arthur, pese a que la subsunción formal pueda muy bien preceder a la subsunción real temporalmente en el caso de un capital dado, la subsunción real es inherente al concepto de capital

desde el principio.²⁰⁴ Si la subsunción real es siempre algo implícito que solo se *actualiza* en el transcurso de la historia capitalista, entonces eso socavaría aún más todo intento de delimitación de un período específico de la subsunción real. Murray sostiene que los términos «subsunción formal» y «subsunción real» se refieren ante todo a *conceptos* de subsunción y solo en segundo lugar, si acaso, a *etapas históricas*. Según Murray, Marx considera la posibilidad de una etapa histórica específica de subsunción *meramente* formal, pero no encuentra indicios de la existencia de ninguna.²⁰⁵

Si la subsunción no se puede aplicar con rigor a épocas históricas *per se*, ni a nada que esté situado más allá del proceso de producción inmediato, debemos concluir que en última instancia no es una categoría viable para la periodización de la historia capitalista. Necesitamos otras categorías con las que captar el desarrollo de la totalidad de la relación de clase capitalista y de una manera que no se limite solo al proceso de producción. Ahora bien, lo que está en juego es mucho más que la posesión del conjunto correcto de categorías. Que tantas periodizaciones, al margen de su marco categorial, converjan en torno a las mismas fechas²⁰⁶ —reconociendo, en particular, que alguna ruptura fundamental tuvo lugar entre finales de la década de 1960 y mediados de la de 1970— es un indicio poderoso de que en la periodización hay algo más que una proliferación afásica de términos, fases y constelaciones arbitrarias de datos. Estas periodizaciones —y en particular la de TC— son convincentes porque nos

204. CHRIS ARTHUR, *The New Dialectic and Marx's Capital* (Brill, 2002) p. 76.

205. PATRICK MURRAY «The Social and Material Transformation of Production by Capital: Formal and Real Subsumption in Capital, Volume I», en R. BELLOFIORE Y N. TAYLOR [eds.], *The Constitution of Capital* (Palgrave Macmillan, 2004) p. 252.

206. A los ya mencionados cabría añadir la Escuela de la regulación, la Escuela de la estructura social de la acumulación y la Escuela de Uno.

dicen algo plausible sobre el carácter de la relación de clase tal como existe hoy en día. Sin embargo, ni que decir tiene, los marcos categoriales no son neutros, y una categoría fundamental problemática tendrá consecuencias para el resto de una teoría. La fase de la subsunción formal de TC tiene mucho en común con el concepto de la Escuela de la Regulación de una fase de acumulación extensiva y, de hecho, ambas localizan una transición a partir de esas fases respectivas en torno a la Primera Guerra Mundial.

Para TC la subsunción real solo comienza entonces, porque es entonces cuando el aumento de la productividad del trabajo comienza a abaratar los bienes de consumo y por tanto a implicar mutuamente la reproducción de la clase obrera y del capital. De manera semejante para los regulacionistas, antes del desarrollo del consumo de masas propiamente dicho, la acumulación ha de ser fundamentalmente extensiva. En ambos casos se considera que, antes del pleno desarrollo del «modo de producción específicamente capitalista» y del desplazamiento del eje del Este hacia el plusvalor relativo, hubo un período basado fundamentalmente en la extracción de plusvalor absoluto. No obstante, esta noción de un período de acumulación extensiva presenta problemas significativos, como Brenner y Glick han sostenido convincentemente.²⁰⁷ La producción capitalista tiende a convertir en mercancía y abaratar los bienes de consumo desde el principio y la agricultura no es algo que se capitaliza de forma tardía, excepto tal vez en casos particulares como el de Francia, cuyo universo rural siguió dominado durante todo el siglo XIX por los pequeños campesinos propietarios. Sería tentador suponer que el aparente «encaje» del caso francés en el concepto de una etapa histórica de subsunción formal

207. ROBERT BRENNER y GLICK MARCOS, «The Regulation Approach: Theory and History», *New Left Review* 1/188 (julio-agosto de 1991), pp. 45-119.

es la base real para este aspecto de la periodización de TC. Pero de ser este el caso, la viabilidad de al menos este aspecto de la periodización para la historia de la relación de clase capitalista en general se vería gravemente comprometida.

Ahora bien, nuestras críticas a la historia de la subsunción de TC no tienen por qué llevarnos a rechazar de plano todo la teoría que esta contiene. Tendremos que reflexionar, por supuesto, acerca de las consecuencias para esta teoría de eliminar la acepción histórica de la subsunción. Pero es en el concepto de programatismo, y en el análisis del período posterior hasta llegar al presente, donde se encuentra el corazón de la teoría. Dicho concepto identifica dimensiones importantes de la lucha de clases tal y como se dio durante gran parte del siglo XX y, por ende, nos ayuda a comprender la forma en la que el mundo ha cambiado. Tal vez debido a este reconocimiento de la ruptura, TC no ha rehuído enfrentarse al carácter de las luchas de hoy, ni tampoco a seguir planteando la pregunta fundamental de la teoría comunista:

¿Cómo puede el proletariado, actuando estrictamente como una clase de este modo de producción en su contradicción con el capital en el seno del modo de producción capitalista, abolir las clases y, por tanto, abolirse a sí mismo; es decir, producir el comunismo?²⁰⁸

208. THÉORIE COMMUNISTE, «Théorie Communiste», p. 48.

Encuesta a un obrero somnoliento²⁰⁹

Esta mañana, navegando el estado de letargo entre lo onírico y lo consciente, donde aún se puede percibir el contenido de los sueños inmediatamente antes de despertar, me di cuenta de que, una vez más, estaba soñando en código. Esto ha ido ocurriendo de forma discontinua durante las últimas semanas —de hecho, la mayoría de las veces he reparado en que el contenido de las divagaciones inconscientes de mi mente radica en un algo conectado abstractamente a mi trabajo—. Recuerdo escuchar el sonido de la centralita en la que trabajaba mientras entraba y salía del sueño, las historias de amigos sobre hacer turnos extras entre el dormir y el despertar o el pitido recurrente de la caja registradora de un supermercado en medio de la noche. No obstante, soñar *sobre* tu trabajo es una cosa; soñar *dentro de la lógica* de tu trabajo es otra muy distinta. Por supuesto que es inoportuno si tu mente inconsciente no puede encontrar nada mejor que hacer que volver a un trabajo mundano y seguir trabajando, o si los sentidos propios parecen estar marcados con la huella persistente de un día de trabajo. Pero en el tipo de sueño que he estado teniendo, el movimiento mismo de mi mente se transforma: se ha convertido en el de mi trabajo. Es como si los patrones de pensamiento habituales y repetitivos y la lógica particular que empleo cuando trabajo se volvieran innatos, como si se convirtieran en la lógica *predeterminada* con la que pienso. En cierto sentido, es algo inquietante.

209. NdE: El título original (*Sleep workers' enquiry*) es una referencia a la «encuesta obrera», un método de investigación militante empleado por primera vez por Marx en 1880 para aprender más acerca del proceso de trabajo y, al mismo tiempo, contribuir a la autoconciencia del proletariado a través de preguntas sobre sus condiciones de vida. Véase KARSUNKE, WALLRAFF Y MARX, *Encuestas a los trabajadores* (Miguel Castellote Editor, Madrid, 1973).

Lo más cercano que se me ocurre a esta experiencia es la de alguien que rápidamente se familiariza con un nuevo idioma hasta el punto en el que los sueños y los pensamientos inconexos de la mente semiconsciente ocurren en ese lenguaje. He aquí un nuevo tipo de «lógica» que la mente está asumiendo: la de las estructuras y patrones de un lenguaje; también aquí la mente es capaz de examinar a través de su propio proceso con una pseudoobjetividad y de determinar la naturaleza de su lógica como algo particular —algo que aún no posee toda la mente, pero que la habita y toma control de sus recursos—. Uno nunca obtiene este tipo de perspectiva sobre los pensamientos en su propio lenguaje, uno normalmente no suele desarrollar una conciencia de lo particular de su propio pensamiento. Sin embargo, ahora lo experimento como una clara división: aquella entre el yo-laboral-lógico y el espectador en ese yo.

Trabajo en el sector informático. En concreto, soy un desarrollador de páginas web, es decir, que escribo potencialmente todo el código original que va en un sitio web: *markup*²¹⁰ como HTML y XML, el estilo visual, la «lógica» operativa que ocurre en segundo plano y en tu navegador web y los *scripts* (secuencias de comandos) que mantienen un servidor web en funcionamiento. Soy el principal desarrollador web de una pequeña empresa en la que trabajo codo con codo con el encargado del aspecto gráfico. Mi supervisor es el administrador informático, quien, a parte de programar, organiza cómo se llevan a cabo nuestros

210. NdT: *markup*, o lenguaje de marcado, es una forma de codificar un documento que, junto con el texto, incorpora etiquetas o marcas que contienen información adicional acerca de la estructura del texto o su presentación.

proyectos. Por encima de él se encuentran los CEO (directores ejecutivos), quienes son un puñado de excéntricos cristianos conversos con una férrea ética del trabajo. Durante la entrevista noté como un escalofrío recorría mi cuerpo cuando me preguntaron sobre mi religión. Mi respuesta fue que no veía la religión como una mera superstición, a la manera típica del «ateísmo banal», sino como una expresión real de una situación de la vida particular, con su propio contenido significativo. Podría haber añadido que es el «corazón de un mundo desalmado», pero en aquel momento me pareció haberles convencido de que era una buena persona y hasta uno de ellos.

Al tiempo de trabajar aquí las anécdotas empezaron a sucederse: uno de los CEO aseguró ser un exgángster al que le reveló súbitamente el «Dios viviente» justo cuando estaba barajando una nueva estafa que implicaba establecer una religión falsa; la otra fue la de una exitosa mujer de negocios alrededor de la *Burbuja punto com* (periodo de crecimiento en los valores económicos de empresas vinculadas a Internet), quien cayó en una crisis cuando el padre de su hija la abandonó, de la cual salió convertida por su nueva pareja —el otro CEO—.

En el ebrio divagar de las fiestas de Navidad hablaron emotivamente sobre «el Dios viviente» con la habitual fórmula de «estaba cegado, pero ahora puedo ver» que es el sello de los recién conversos. Solían tratar de poner a todo el personal nuevo en «El Curso Alfa» —un proyecto interconfesional y lleno de carisma que tenía el objetivo de convertir a la gente al cristianismo y organizar mensualmente los «días de Dios» en los que toda la plantilla libraría para tomar té con un pastor—. Como cabía esperar, muchos miembros de la plantilla evitaron estos días, prefiriendo trabajar antes que ir a una especie de intento de conversión.

Para cuando empecé la cosa ya se había relajado un poco —al parecer, alguien les dijo que estaban en riesgo legal si continuaban usando su negocio como una organización misionera—. Pero Dios sigue viniendo regularmente al trabajo: a intervenir para convertir el pronóstico anual de negocios en una profecía o para fusionar la fortuna de la empresa con la providencia. El ejemplo más notable para mí es cuando arreglé un problema con la velocidad de nuestras páginas web. La empresa se había visto entorpecida durante un tiempo debido al terriblemente lento rendimiento en cada una de las tantas pequeñas páginas web que gestiona, lo que hizo que se empezara a buscar una solución. Mientras el rendimiento fuera tan malo, solo seríamos capaces de lidiar con un volumen muy limitado de tráfico y, por lo tanto, con un número similarmente limitado de clientes potenciales. Cuando descubrí la solución, mis jefes estaban visiblemente contentos: de repente, la cantidad de clientes potenciales que podíamos atender se multiplicó por treinta. Sin embargo, en vez de darme las gracias directamente a mí, la mujer CEO simplemente dijo que no podía llevarme todo el mérito y parte le correspondía a Dios porque ella había estado rezando para mejorar el rendimiento de la web. Mi respuesta a esto fue un tartamudeo de sorpresa ridículo y precipitado que apenas llegó a murmullo insignificante.

En un sentido cotidiano, probablemente la peor parte de este trabajo es el tener que lidiar con la paranoia de saber que tus jefes están tan chalados hasta el punto de que quizás no siempre actúan por el interés de la empresa: al menos con un capitalista, que actúa con la racionalidad directa de su propio interés calculado, sabes a qué atenerte. Cuando el «Dios viviente» toma prioridad en decidir la política de la empresa y cuando abundan las historias de despidos aleatorios e imprudentes —como el de un empleado despedido porque su mujer no estaba de acuerdo con la actitud de los CEO respecto a la homosexualidad—, la sensación de

que una guillotina pende sobre tu cuello nunca se va. Mi supervisor es un extraño bipolar que un día revolotea por la oficina como una mariposa desenfadada y al siguiente se comporta como el instructor de *La chaqueta metálica*. No obstante, es bastante decente y fácil de manejar una vez que conoces el ciclo.

Una de las características más notables de la «política» de este tipo de trabajo es otra clase de bipolaridad, la de la separación y el antagonismo entre dos extremos: el del empresario y el del técnico. Los técnicos sienten que los empresarios toman decisiones arbitrarias basadas en el conocimiento insuficiente sobre cómo *las cosas funcionan en realidad*; tales cosas pueden hacerse mucho mejor si tan solo a *aquellos que entendemos* nos dejaran hacerlo. Los empresarios sienten que los técnicos son insistentes, pedantes e innecesaria y patológicamente obstinados.

Mientras que los empresarios desean poder volar hacia el éter y librarse de la testarudez de su personal técnico, estos últimos desean que dichos empresarios los dejaran hacer su trabajo en paz: tal obstinación es la del mundo real y sus demandas. De alguna manera, esto facilita el trato con los compañeros de trabajo: ya que el contacto con el polo empresarial se supone debe estar mediado por un «director de proyecto» específico, mi interacción se limita a los que están en mi lado de la gran división, por lo que no es raro desarrollar una cierta actitud de «nosotros contra ellos» con mi supervisor y esconderme detrás de las mediaciones formales cuando estallan los problemas.

En este lado de la división vivimos parcialmente en la cosmovisión del capital productivo: los negocios y sus necesidades aparecen como externalidad parasitaria impuesta sobre

el funcionamiento real de nuestra gran empresa productora del valor de uso. En este lado de la división también estamos extrañamente ligados a una cierta normatividad; no solo la de hacer el trabajo bien en un sentido *técnico*, sino también la de pensar en términos de provisión de servicios reales, de experiencias de los usuarios y de fomentar el libre flujo de información.

Esto a veces desemboca en un conflicto abierto con los empresarios: donde estos abogan la tortura del lenguaje y la verdad para tratar de presentar «el producto», los técnicos tratan de equilibrar la balanza hacia la honestidad, la decencia y la transparencia. «Quien siembra vientos, cosecha tempestades» parece ser más o menos la actitud predominante en el mundo del desarrollo de páginas web en la era después de la «Web 2.0»: proveer los servicios gratis o baratos, dar la información, abrirlo todo, ser decente y *esperar* que de alguna manera el dinero fluya. Si las empresas actúan con la mentalidad del capital-dinero, topándose con el mundo recalcitrante de cuya fricción anhela liberarse, y si de eso se dedujera una tendencia a intentar vender gato por liebre, en el extraño mundo donde el orgullo técnico se opone al capital como el propio superego desarrollado del mismo, el valor de uso gobierna con prístina conciencia, todas las cosas portan su propio «comprobante de cordura» (usando la terminología de mi jefe) y la agregación del valor aparece como un fenómeno accidental.

No me hago ilusiones de que el antagonismo que habita en esta compañía proporcione un terreno de románticas esperanzas revolucionarias. La solidaridad que desarrollamos contra las empresas, además de darnos un respiro y refugio de victimización individualizada, supone un «comprobante de cordura» para la propia empresa. En efecto, la empresa es muy consciente de esta situación, y esto es más o menos reconocido en la creación de un puesto de «director de

proyecto» que está explícitamente destinado a la gestión de las relaciones entre ambos bandos. La contradicción entre el personal técnico y la empresa es productiva para el capital: el imperativo de valorización impide a los técnicos ir demasiado lejos en sus preocupaciones esotéricas, mientras que la necesidad pragmática es impuesta recíprocamente a la empresa por parte de los técnicos al insistir en la necesidad de una forma más o menos «científica» de trabajar.

En tal relación resta poco espacio para un «rechazo del trabajo» voluntario: con el carácter técnico, individualizado y *proyecto-céntrico* del puesto, el absentismo equivaldría a un autocastigo en el que el trabajo que no se realiza debe terminarse a posteriori, solo que bajo mayor estrés. Aparte de eso, el rol asumido conlleva una presión interpersonal adicional: puesto que la mayoría del trabajo es «colaborativo» en un sentido amplio, la lentitud deliberada en el trabajo o el absentismo implican necesariamente un sentimiento de culpa para todos los trabajadores técnicos. Pese a que antes consideraba que el trabajo era un sitio asqueroso al que había que ir con resaca, recientemente me he dado cuenta de que debo moderar mi vida social para no convertir la vida laboral en una miseria.

El sabotaje tampoco es una opción, no por el presunto «orgullo» que supone ser un trabajador cualificado, sino por la naturaleza del producto que proporciono: mientras que el sabotaje en una línea de producción puede resultar una técnica racional, en el trabajo que se asemeja más al del artesano sabotear significaría complicarse a uno mismo la vida. Uno escucha comentarios de autónomos y contratistas que escriben intencionadamente un «código espagueti» imposible de mantener y de gestionar para poder conservar sus empleos. Esta técnica puede tener cierto sentido cuando todo el peso de los puestos de trabajo recae sobre determinados individuos, pero cuando se trabaja en un equipo de desarrollo

contemporáneo típico que emplea metodologías de gestión informática centradas en el grupo y en el *feedback*, como la programación «ágil» y «extrema», donde la «propiedad» de un proyecto es siempre colectiva, el código que sea de alta calidad y fácil de leer tendrá una prioridad *normativa* que va más allá de los simples sentimientos que uno pueda tener por hacer bien su trabajo.

Por supuesto, está ese nivel banal en el que me arrastro a regañadientes fuera de la cama, marchó tan pronto como puedo y tiento a la suerte con la puntualidad; en el que intento hacer que el tiempo de trabajo sea «mi tiempo» en la medida de lo posible, ya sea escuchando música con mi iPod mientras trabajo, colando fragmentos de tiempo de lectura en mi jornada laboral o manteniendo conversaciones discretas con amigos por internet. Esta clase de cosas son el *verdadero* fuelle del trabajo de investigador. Pero la contumacia no va más allá de esto. Es un tipo de obstinación similar al que experimenta el cuerpo humano frente a la presión laboral: el capital nunca se ha acercado siquiera a conseguir que la gente trabaje un día completo, por no hablar de que la gente siempre pondrá a prueba los límites permisibles de su propia jornada laboral. Tal es la lógica fundamental de la relación capital-trabajo, que no necesita de la pseudosociología de una encuesta obrera para ser descubierta. Estas acciones solo suceden en el marco de lo que es permisible en un trabajo concreto y, en efecto, están definidas por este marco. La aparente insubordinación de mis frecuentes tardanzas pronto sería agua de borrajas si amenazara mi sustento. Y las presiones sociales que van asociadas a este trabajo son tales que el tiempo que puedo «reclamar para mí» con un comportamiento perezoso se compensa con creces cuando se acerca la fecha límite de un proyecto, donde acabo trabajando horas extra no remuneradas hasta que oscurece o arreglando servidores en mitad de la noche cuando nadie los está utilizando.

Tan solo cuando la enfermedad me visita para incapacitarme involuntariamente de trabajar recupero realmente algo de tiempo libre «para mí». Es extraño regocijarse por el auge de la gripe pensando que, en la neblina de la convalecencia, uno puede al fin ponerse al día con aquellas cosas que han sido dejadas de lado por el trabajo. He aquí que aparece la enfermedad como «arma», mas una que libra su propia batalla, no empuñada por el antiguo agresor. No obstante, a veces me pregunto si la propia enfermedad puede considerarse meramente patológica, una contingencia impuesta al cuerpo desde fuera. La enfermedad venidera se siente a veces verdadera voluntad —unas vacaciones que el cuerpo exige para sí mismo—. Quizás haya una continuidad entre la enfermedad «genuina» y la «gripe humana» de la que una vez me acusó una patrona de la ETT cuando me escabullí voluntariamente del trabajo durante una semana alegando una terrible enfermedad. En este sentido, si la enfermedad es todo lo que tenemos, hay poca esperanza de una «resistencia» significativa.

Entonces, si la encuesta obrera trata de desenterrar una historia secreta de microrebeliones, exponiendo las posibilidades de luchar en la detallada experiencia vivida y, en el proceso, tomando conciencia de esto tanto uno mismo como el resto de trabajadores, es una investigación en el sentido más cínico de la palabra. «Resistimos». Somos recalcitrantes. Pero en cuanto *técnicos contra las empresas*, nuestra lucha y nuestra reacidad son integrales al movimiento del capital, y como *trabajadores contra el capital*, nuestra lucha *no* tiene absolutamente ningún horizonte y, de hecho, apenas puede ser una lucha. Nuestro interés cotidiano como trabajadores está, en su mayoría, *prácticamente alineado* con el de este capital particular. Si los programadores son una vanguardia en la consagración del valor de uso, del libertarismo tecnológico, del trabajo colaborativo, de las «mejores prácticas» moralistas y de la libertad de información es porque todas ellas se

postulan como necesarias en el movimiento del capital. La normatividad sistemática por la que nuestra práctica laboral está atravesada no es sino una mera universalización de la propia lógica del capital.

Al igual que el capital social plantea su propia restricción en la forma del Estado para no destruirse a sí mismo a través del rapaz interés propio de cada capital individual, tras un primer período de horrenda programación, debido a la fragmentación de internet en una babel de diferentes plataformas, navegadores y lenguajes, se formó un consenso en el mundo del desarrollo en torno a la importancia de los «estándares». En el centro de dichos estándares está la idea del universalismo: cualquier cosa que se adhiera a ellos debería funcionar y ser soportada. Si no te adhieres a estos estándares, te estás buscando problemas, y es tu culpa si acabas desperdiciando tu capital en un callejón tecnológico sin salida. Microsoft se convirtió en un paria debido a su continuo desprecio por estos estándares y a su inclinación por desarrollar anexos privativos en el gran espacio público de internet. Los desarrolladores empezaron a lucir con orgullo las insignias de los estándares web en sus páginas personales y a convertirse en defensores a ultranza de tecnologías como Mozilla Firefox que, aparte del hecho de que utiliza «código abierto», siempre supera a Internet Explorer en términos de cumplimiento de estándares. Los estándares pasaron a formar parte del universo moral del desarrollador, incluso por encima del código abierto. Adherirse a los estándares es adoptar el punto de vista de un absoluto moral, mientras que desviarse de ellos es una caída en desgracia dentro de los intereses particularistas de grupos específicos. La universalidad de las prácticas de trabajo se convirtió en el imperativo particular del capital informativo, un deber para con la «iglesia invisible» de internet.

Aunque algunos de estos rasgos que conlleva el carácter particularmente colectivo del trabajo no se dan de la misma manera en el caso de los *freelancers*, «ser tu propio jefe» tiende a equivaler literalmente a imponerse a uno mismo lo que de otro modo puede dejarse en manos de otros. He trabajado un poco como *freelancer* antes, así como en mi tiempo libre mientras hacía este trabajo, y la sola idea de tal trabajo ahora hace que mi alma se marchite un poco. En el *freelancing* uno puede acabar fácilmente trabajando incontables horas, trasteando con los proyectos en su «propio» tiempo, con el trabajo colonizando la vida en general debido a la inevitable tendencia a no reforzar la separación entre trabajo y vida que, aun con todo, al menos nos garantiza una fugaz escapada de la experiencia vivida del trabajo enajenado. Por lo menos, cuando salgo de la oficina, entro en el mundo del no-trabajo.

De hecho, la dura separación trabajo/vida del obrero de lunes a viernes de nueve de la mañana a cinco de la tarde se cierne cada vez más sobre la totalidad de mi experiencia. Si bien es cierto que el domingo es considerado como un hundimiento gradual en el áspero saber de que la vuelta al trabajo se aproxima, a veces arrastrando los posos del fin de semana hasta las tantas de la madrugada, la tarde del viernes es la apertura de un abismo de deseo insaciable, la persecución desesperada de la satisfacción cuya lógica última es a su vez la de la autoaniquilación de la borrachera. Cada vez con más fuerza me convierto en una caricatura hedonista de mí mismo, que vitupera contra los demás para que salgan de fiesta con más intensidad y durante más tiempo, que desperdicia gran parte de sus horas libres en un estado fracturado y resacoso. Esta es la condición deseante del *rock'n'roller* a la vieja usanza: el más allá del trabajo como estado de puro deseo y consumo trascendente, la nada de un puro placer abstracto que supera la mera reproducción de la fuerza de

trabajo. El rechazo a la mera reproducción como trabajadores unido al deseo de aniquilación como humanos. Esto es a lo que se referían los Stooges en «1970».²¹¹

Pero cuando estoy apalancado en la conciencia astillada de la madrugada posterior a una noche de fiesta, entrando y saliendo del jardín de la duermevela, y mientras el fugaz intento de liberación de la pasada noche recula, suelo encontrarme a mí mismo soñando en código. Puede ser con cualquiera de los lenguajes de código con los que trabajo: una secuencia surge en mi cabeza y se agita, desdoblándose sobre la marcha, como un fragmento de melodía o de conversación que se repite en mis oídos. La mayoría de las veces, si estuviera lo suficientemente consciente como para reexaminarla, lo más seguro es que careciera de sentido; si ya de por sí me cuesta bastante lidiar con estas cosas cuando estoy despierto, sospecho que a mi inconsciente no le iría mucho mejor. Pero a veces es significativo. Hace un tiempo desperté una mañana con el pensamiento de que había escrito un *bug* en uno de mis códigos —un *bug* del que no me había percatado en su momento—. Mi mente dormida había estado examinando el trabajo de hace una semana, observando y topándose con una incoherencia. Dado que soy un trabajador intelectual, y puesto que la identificación y solución de tales problemas es el aspecto principal de mi trabajo, no es tan fantástico decir que he estado realizando un trabajo *real* mientras dormía. Esto no va de la fecundidad mágica de una especie de poder creativo generalizado que de alguna manera produce social y masivamente el «valor», más allá y ontológicamente anterior al proceso laboral. Se trata de un trabajo real *para el capital*, de carácter indistinguible al que realizo en mi jornada laboral, pero ocurriendo en mi mente dormida. De repente,

211. NdE: Se trata de la conocida canción del grupo de rock encabezado por Iggy Pop: *Till I blow away / All night / Till I blow away / I feel alright, I feel alright*.

la idea horripilante de un nuevo tipo de subsunción —que implica una transformación de las propias estructuras de la conciencia— empieza a cobrar sentido.

Efectivamente, descubro que los caminos del pensamiento estándar parecen estar cada vez más grabados a fuego en mi mente: el reconocimiento momentáneo de que hay un problema con algo provoca una consideración efímera de en qué parte del código se encuentra ese problema, antes de sacudir conscientemente mi mente fuera del mundo del código y caer en la cuenta de que el *bugfixing* no resuelve todos los problemas. Si bien puede sonar cómico, hay algo aterrador en esto. Más allá de la *sintaxis* específica de un lenguaje, ¿no es una *lógica* particular, o una forma de operar, la que se pone en juego cuando se piensa de esta manera?

Sospecho que dicha lógica no es neutral: es la lógica abstracta e instrumental del capitalismo de alta tecnología. Una lógica de procesos discretos, de operaciones, de recursos. Una lógica ligada a determinadas «ontologías»: los objetos, las categorías y los ejemplos de la «programación orientada a objetos», entidades de lenguaje de marcado como el HTML. Tal es la lógica que habita cada vez más en mi pensamiento. Y cuando el pensamiento se convierte en un modo de actividad que es productivo *para el capital* —el trabajo por el que se *paga*—, cuando ese modo de actividad se convierte en un hábito mental que se pone en marcha «como fruto de un apasionamiento», independientemente del esfuerzo excesivo intencional y voluntario de uno, ¿no nos asalta la pregunta de si el trabajador es aquí el sujeto burgués que el capital siempre convocó al mercado, si el sujeto de este proceso laboral es el individuo que se pondría a hacer su propio mundo de no ser por el poder alienante y abstrayente del valor? Cuando me observo a mí mismo trabajando en sueños, me observo actuando de forma enajenada, pensando de una manera que me es ajena, trabajando fuera del

proceso laboral formal a través del mero acto espontáneo del pensamiento. ¿Quién puede decir que la superación de esta «alienación» no consistirá en que ese lenguaje ocupe su lugar como lengua materna y que tal alienación no se tragará por completo aquello que aliena?

Si el lugar de trabajo es aquí el sitio desamparado, no ya de la exterioridad del trabajador al proceso de producción desde la que es posible cometer actos cotidianos de insubordinación o desarrollar el sentido de una «autonomía» latente, sino de un antagonismo productivo en el que los trabajadores técnicos entregan al capital el «comprobante de cordura» y en el que la testarudez no es más que la de la corporeidad de esos materiales por los que fluye el capital; y si el trabajo se convierte en un mero hábito del pensamiento que puede ponerse a funcionar en cualquier momento —incluso durante el sueño—, ¿qué esperanza hay aquí para la superación revolucionaria del capitalismo? ¿Qué aspecto tiene nuestro horizonte revolucionario? Sin duda parece insensato depositar cualquier esperanza —al menos en un sentido inmediato— en la naturaleza de este trabajo mental y sus productos, en internet o en el «trabajo inmaterial».

Índice

CRISIS DE LA RELACIÓN DE CLASE	3
¡Sí, habrá crecimiento en primavera!	3
La reproducción de la relación	5
La totalidad	8
El horizonte	10
Tendencias de la relación de clase: la ganancia	14
Tendencias de la relación de clase: población excedente	18
MISERIA Y DEUDA	25
Reproducción simple y ampliada	27
La crisis de la reproducción	36
De la reindustrialización a la desindustrialización	43
Las poblaciones excedentarias bajo la desindustrialización: el sector servicios y las barriadas marginales	48
Capital excedentario y poblaciones excedentarias	56
... ¿Y China?	64
Conclusión	66
NOTAS SOBRE LA NUEVA	
CUESTIÓN DE LA VIVIENDA	69
El mercado de la vivienda de la posguerra impulsado por el estado	72
Integración de la clase obrera (blanca) en los mercados de la vivienda y del crédito	76
La desdiferenciación de las esferas reproductiva y productiva	79
COMUNIZACIÓN Y TEORÍA	
DE LA FORMA-VALOR	87
Introducción	87
Un trasfondo común	92
Comunización	94
Los debates alemanes	104
¿El Marx incompleto?	114
La antipolítica de la teoría del valor	121

¿Un retorno a Marx?	124
LA CONTRADICCIÓN EN MOVIMIENTO	139
La acumulación de capital y la lucha de clases	139
La arquitectura de la dialéctica sistemática en el capital	144
La lógica del capital	149
La dialéctica de las formas del valor	152
La transición entre M-D-M y D-M-D'	153
La contradicción entre esencia y existencia en la forma dineraria del valor	156
El concepto de capital y la teleología de D-M-D'	158
La dialéctica sistemática del capital en grados más concretos de abstracción	161
Conclusión	164
HISTORIA DE LA SUBSUNCIÓN	167
El período	167
El absurdo de la subsunción	170
Formalidad y realidad de la subsunción	175
Historia de la subsunción	180
Crítica de la historia de la subsunción	188
ENCUESTA A UN OBRERO SOMNOLIENTO	195

